

NORVINS

HISTORI

DE

APOLO

1

OMO III

DC203

N67

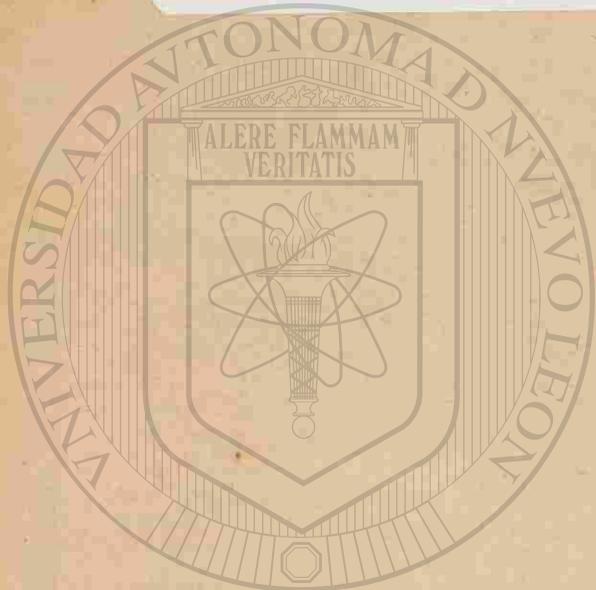
v. 1

t. 3

R. C.



1080012286

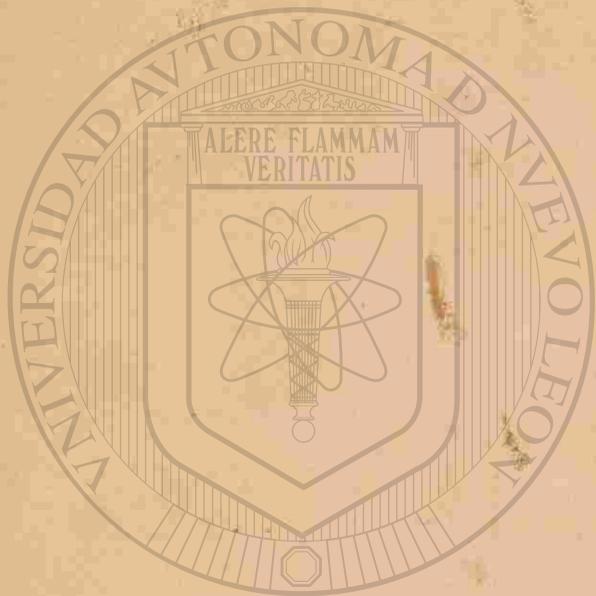


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





HISTORIA

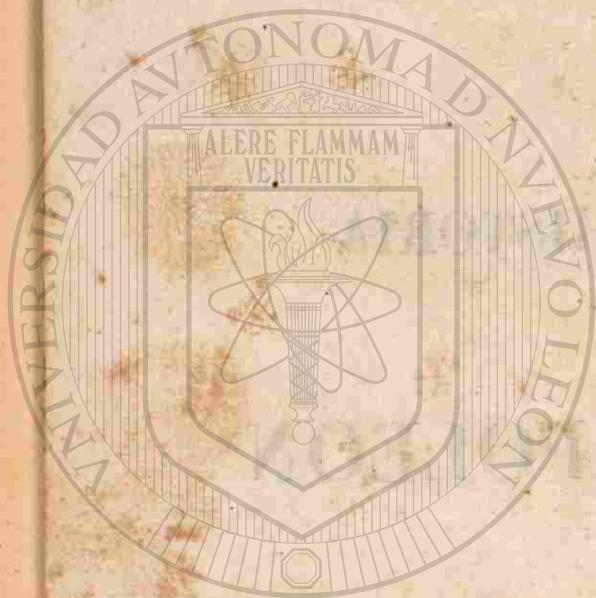
DE

NAPOLEON

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





HISTORIA

DE

NAPOLEON

POR

M. DE NORVINS.

TOMO TERCERO.

PRIMERA PARTE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS PARIS

PARIS. — IMPRENTA DE J. TASTU,
CALLE VAUGIRARD, N. 36.

DUREY, LIBRERO-EDITOR,

CALLE DE SAVOIE, N. 14;

LIBRERIA AMERICANA,

CALLE DEL TEMPLE, N. 69.

1829

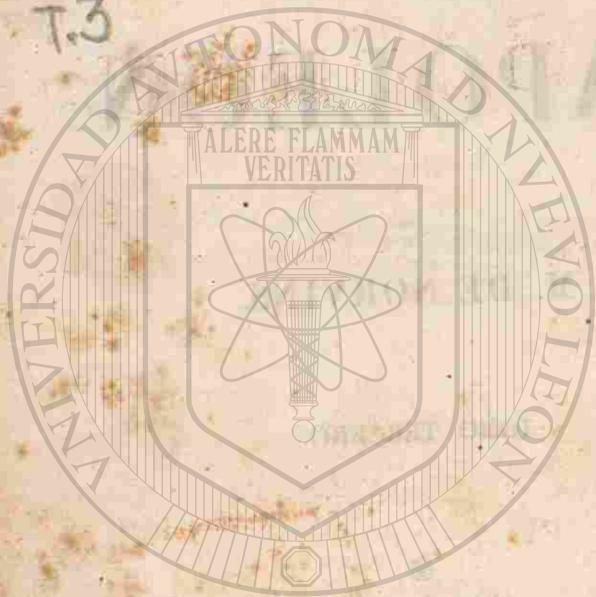


DC203

N67

V.1

T.3



FONDO HISTORICO
R. GARCIA GOVARRUBIAS
156548

HISTORIA

DE

NAPOLEON.

SIGUE EL LIBRO NONO.

CAPITULO TERCERO.

ACONTECIMIENTOS EN CONSTANTINOPLA. — BATALLA DE EYLAU. — LOS INGLESES DELANTE DE CONSTANTINOPLA. — GUERRA DE LA PUERTA CON LA INGLATERRA. — TOMA DE DANTZICK. — BATALLA DE FRIEDLAND. — PAZ DE TILSIT. — EL REY DE SAJONIA GRAN DUQUE DE VARSOVIA. — GERONIMO REY DE WESTFALIA.

(1807)

El mismo Mortier estaba encargado de apoderarse de las plazas de Pomerania y el príncipe Gerónimo de las de Silesia. Una de las capitales de esta última provincia habia capitulado ya; la otra, Breslau, despues de un sitio

TOMO III.

I

en regla, abrió sus puertas al cabo de veinte y tres dias. Los tres arrabales habian sido quemados por el gobernador desde los primeros dias del sitio, la guarnicion de cinco mil hombres desfiló delante del hermano de Napoleon. La única capital que quedaba al rey de Prusia era Koenisberg. Cerca de allí estaba el campo de batalla donde debia decidirse, entre la Rusia y la Francia, la cuestion de la existencia de la corona de Federico Guillermo, que habia ido á buscar su último asilo en la pequeña ciudad de Memel, sobre el mar Báltico, á treinta leguas al norte de Koenisberg. Las otras plazas de Silesia, Brieg, Neesse, Schwednitz y Kossel estaban cercadas por las tropas del príncipe Gerónimo.

En Turquía toda la poblacion se estaba preparando á repeler la agresion de los Rusos. El Gran Señor, en su manifiesto del 5 de enero, habia llamado á la venganza á todos los sectarios del Islamismo. Entonces reinaba Selim con su visir Mustafá Barayctar, famosos entrambos por su muerte desgraciada, y que parecian destinados á obrar juntos la reformation política y militar del imperio Otomano. La alianza, ó por mejor decir la amistad de Na-

oleon, presidia desde lejos á esta gran revolucion, que, veinte años mas tarde, se ha intentado bajo unos auspicios menos felices y cuando Constantinopla era mas que nunca un objeto de execracion para los cristianos.

Entretanto las tropas musulmanas estaban andando bajo las órdenes de Barayctar. Quince mil hombres estaban ya sobre las fronteras de Valaquia y de Moldavia. El general Dolgorouki mandaba el ejército ruso. El manifiesto del Gran Señor redactado con mucha moderacion, hubiera honrado á los gabinetes europeos; acababa así: « Las hostilidades de la » Rusia siendo notorias y evidentes, cada mu- » sulman se halla obligado por la religion y » por la ley civil, á sacar venganza de este per- » fido enemigo..... La sublime Puerta ha » declarado la guerra, porque su moderacion » extremada ha servido únicamente para au- » mentar la audacia y la violencia de la Ru- » sia..... La corte de Rusia queda responsa- » ble de la sangre que va á derramarse y de » las desgracias que van á agoviar á la huma- » nidad; y hasta que esta corte respete á los » tratados y á las alianzas. Es una verdad » incontrastable que ninguna potencia que

» tenga sentimientos de justicia y de moderación no puede entenderse con ella.» En efecto, además de la violación de los territorios de Choczim y de Bender, que fueron ocupados de improviso por el general Michelson, M. Reinhart, cónsul general de Francia en Moldavia, fue llevado en clase de prisionero á Rusia, aun que tuviese un pasaporte del general Dolgorouki. Esta perfidia, como se verá en el discurso de esta historia, no fue la sola de su clase de parte de los enemigos de la Francia.

Ochenta y nueve piezas de cañon cogidas á los Rusos desde el principio de la campaña, estaban colocadas enfrente del palacio de la república habitado por Napoleon en Varsovia. El ejército de Alejandro habia perdido ya veinte y cinco á treinta mil hombres muertos ó prisioneros, en varios encuentros. El príncipe de Pontecorvo dueño de la ciudad de Elbing, marchó sobre Mohrunge contra doce mil Rusos que se acercaban; los destrozó enteramente, rechazándolos hasta mas allá del Pasarge; pero la acción habia sido reñidísima, y en la confusión del combate, el águila del 9º de infantería ligera habia desaparecido. Este valiente regimiento no pudo aguantar esta

vergüenza; se abalanzó á los batallones rusos, los arrolló al primer choque y recobró el depósito precioso confiado á su valor.

Segun las noticias que habian venido del imperio Otomano, las tropas que habian llegado á Rudschutk formaban un cuerpo de sesenta mil hombres cuya vanguardia de veinte y cinco mil hombres mas, se hallaba entre Widdin y Bucharest donde los Rusos tenían quince mil hombres. El príncipe Ipsilanti hospodar de Valaquia, del partido ruso, habia sido declarado traidor. Napoleon estaba profundamente preocupado por el miedo de ver á Alejandro conquistar la Turquía, y dejó traslucir sus ideas sobre el particular en su mensaje al senado del 29 de enero, en que decia: «¿Quién podra calcular la duración de
» la guerra, y el número de campañas que
» habrian de hacerse algun dia, para remediar
» los males que resultarían de la destrucción
» del imperio de Constantinopla, si el amor
» á un descanso cobarde y á las delicias de la
» gran ciudad nos hacían olvidarnos de los
» consejos de la prudencia? Dejariamos á nues-
» tros herederos una serie de desgracias. La
» tiara griega triunfante desde el Báltico hasta

» el Mediterráneo, veríamos en nuestros días
 » nuestras provincias invadidas por una nube
 » de fanáticos y de bárbaros, y si en esta lu-
 » cha demasiado tardía, la Europa civilizada
 » pereciere, nuestra indiferencia criminal ex-
 » citaria justamente las quejas de la posteri-
 » dad, y sería un título de oprobrio en la his-
 » toria.» Napoleon estaba muy ageno de adi-
 vinar la santa alianza y de preveer la generosa
 insurreccion de la Grecia.

Acababa de dar otra vez la hora de una guerra tremenda. Napoleon habiendo salido de Varsovia y levantado los cuarteles de invierno, empezó esta terrible campaña con el encuentro de Mohrungen que puso á todo el ejército en movimiento el 1° de febrero. Desde el 3 al 6 del mismo mes, los combates de Bergfried, de Waltersdorf, Dappen, de Hoff, y, sobre todo, la toma de la altura y de la ciudad de Preussich-Eylau defendida con encarnizamiento por los Rusos, desde la mañana del 7 hasta las diez de la noche, indicaron que una accion general no podía tardar en empeñarse. En efecto, el 8, los dos ejércitos se hallaron enfrente uno de otro á medio tiro de cañon. Al amanecer, los Rusos, en número de ochenta

mil hombres, ocupaban las alturas cubiertas de artillería; los Franceses inferiores en número, y situados de un modo menos ventajoso, no podian desembocar y desenvolver su línea sino debajo de las baterías enemigas. Benning-sen habia formado dos columnas con las tropas del centro de su línea, y, con las de su reserva, empezó la accion con un gran fuego de artillería dirigido contra Eylau, haciendo ademán de querer tomar la ciudad. Napoleon que se hallaba en el puesto mas peligroso, segun acostumbraba hacerlo en las circunstancias en que su presencia le parecia necesaria, mandó avanzar cuarenta cañones de la guardia para resistir al enemigo. Este cañoneo mortífero, para ambos partidos, fue sostenido con una constancia admirable por los Rusos y por los Franceses. El objeto que se proponia el Emperador, era envolver el ala izquierda del enemigo que se apoyaba sobre las aldeas de Serpallen y de Sausgasten. Por su lado, Benning-sen, contando con su numerosa artillería, intentó maniobrar sobre su derecha y apoderarse de la ciudad de Eylau; pero nuestras tropas se desplegaron con la mayor audacia bajo los fuegos de la artillería, y luego nues-

tra izquierda quedó desembarazada por el mariscal Augereau y por el movimiento del general Saint-Hilaire sobre su derecha, para sostener al mariscal Davoust. En aquel momento, el horizonte se halló obscurecido repentinamente por una nube espesa, que dando á la cara á los Franceses, hizo perder el punto de direccion á las columnas del mariscal Augereau que se encontraron, sin saberlo, en medio del ala derecha de los Rusos mandada por el general Tischakow, y del centro y de la reserva del general Doctorow; Augereau herido gravemente tuvo que abandonar el campo de batalla, pero luego que Napoleon advirtió las consecuencias de un accidente tan imprevisto como inevitable, mandó al mariscal Bessieres y al gran duque de Berg atacar al centro del enemigo con setenta escuadrones de caballería, y habiendo arrollado á los Rusos con el choque de esta masa, la infantería francesa cargó con furia y desbarató dos líneas rusas que tuvieron que abandonar su artillería, con una pérdida inmensa. Los enemigos volvieron á formarse sobre su tercera línea y, desplegándose, atacaron de nuevo una columna de cuatro mil Rusos de esta tercera línea que, durante

la obscuridad causada por la caída de la nieve, se habia acercado demasiado al cementerio de Eylau y se halló acometida á la vez por un batallon de la guardia, por el escuadron de servicio de Napoleon y por el gran duque de Berg; pereció casi entera. Durante esta lucha que llamaba toda la atencion de Benningsen, el mariscal Davoust, habiendo maniobrado para envolver la izquierda del enemigo, logró, despues de un combate muy reñido, ocupar las alturas del lugar de Klein-Sausgarten. La accion no fue menos viva delante de Serpallen entre los Rusos y la division del general Morand sostenida por el general Saint-Hilaire que acometia por el flanco. Los Rusos en fin, atacados y atacando alternativamente, se retiraron, dando lugar al mariscal Davoust para ejecutar los movimientos determinados por el Emperador, con el fin de envolver y arrollar el ala derecha del enemigo, con lo que se decidió la batalla. Con todo, Benningsen se mantuvo en su posicion enfrente de Eylau; pero los progresos del ala derecha de los Franceses le iban comprometiendo tanto mas, cuanto habia empleado todas sus reservas, mientras Napoleon tenia las suyas sin ha-

ber disparado aun un solo tiro. Los enemigos procuraban únicamente asegurar su retirada, cuando el cuerpo prusiano del general Lestocq, que habia sido detenido por el mariscal Ney hasta las cuatro de la tarde, vino á unirse con su derecha é impedir su ruina, pero no su desgracia, supuesto que el nuevo combate á que dió lugar este socorro, solo sirvió para mostrar el valor y la constancia de los Rusos, así como la superioridad de los Franceses. A las ocho de la noche, Napoleon mandó encender sobre toda la línea de los bivaques unas hogueras que parecieron como la prueba evidente de su victoria. El general Benningsen hizo un último esfuerzo para sostenerse y desempeñar su ala derecha envuelta por el mariscal Ney, pero esta misma ala, habiendo sido arrollada por una carga á bayoneta calada, le obligó á aprovecharse de la obscuridad, para ocultar su propia retirada. Napoleon dueño del campo de batalla, donde diez mil hombres y seis mil caballos muertos, la nieve teñida en sangre, las balas de cañon y una porcion de armas de toda clase esparcidas en el suelo, un número inmenso de heridos, la mayor parte Rusos, formaban el mas horrendo espectáculo, se es-

meró en disminuir, con todos los socorros que pudo suministrar á los soldados de ambas naciones, el horror del tributo ofrecido en aquel momento al genio fatal de la destruccion de los hombres. Con todo, ni sus cuidados, ni su victoria bien positiva, aunque comprada á costa de tanta sangre preciosa, no fueron bastantes para minorar la impresion profunda de dolor producida por el boletin de la batalla de Eylau, cuya relacion tenia algo de salvaje que parecia hacer dar un paso retrógrado de algunos siglos á la civilizacion. A pesar de la retirada, consecuencia inevitable de las manobras de Napoleon, y de los sucesos del ejército frances sobre todos los puntos, los Rusos se atrevieron á cantar el *Te Deum*. Napoleon solo tenia este derecho; pero ¿cómo era posible tributar homenajes á la divinidad por unos laureles regados con tanta sangre! El hermoso talento del pintor Gros se resignó en transmitir á la posteridad el cuadro de esta grande escena de destruccion sangrienta, que los Franceses no quieren contar entre sus triunfos, y felizmente los nombres de Murat, de Lannes, de Soult, etc., han quedado ilustrados por hazañas de una gloria menos fatal; el ge-

neral d'Haupoult, que, á la cabeza de sus coraceros, ejecutó *esta famosa carga que atravesó todo el ejército ruso*, fue herido mortalmente en Eylau; Napoleon decretó que se le levantara una estatua en la plaza de las Victorias en Paris, con el bronce de los cañones cogidos en Eylau. En esta terrible jornada, el Emperador acometió de intento los mayores peligros; envano el príncipe Berthier quiso impedirle el que quedase expuesto constantemente al fuego mas violento de las baterías enemigas; allí se quedó sin dar la menor señal de alteracion en medio del susto continuo que daba á sus generales con su atrevimiento.

La segunda capital de Prusia, la gran ciudad de la Alemania septentrional, Kœnisberg estaba todavía por conquistar; pero Benningsen la evacuó despues del desastre del 9. Con todo, el orgullo de los Rusos no podia conformarse con su mala suerte y proporcionaron á Napoleon, con sus movimientos, la ocasion de desplegar las combinaciones mas sublimes del arte de la guerra. Los soldados tomaron algun descanso en los acantonamientos que acababan de conquistar; en cuanto á Napoleon nunca descansaba.

Las operaciones iban adelantando en Silesia; las plazas de Brieg y de Schwednitz capitularon, y, en Pomerania, el mariscal Mortier cercó á Stralsund cuyo arrabal fue quemado por el gobernador. El mariscal Lefebvre se apoderó de Marienwerder sobre el Vistula, marchó hácia Dantzick, cuyo sitio le fue encargado, y entretanto que llegase la artillería de las plazas de Silesia que se habian entregado al príncipe Gerónimo, mandó empezar las obras de circunvalacion. El 16, el general Savary ganó la batalla de Ostrolenka, sobre el general Essen cuya resistencia fue muy vigorosa, y recibió en premio la gran banda de la legion de honor y una pension de 20,000 francos. El 26 en Brunsberg, el general Dupont atacó á diez mil Rusos á bayoneta calada, los echó fuera del pueblo y cogió á dos mil hombres con diez y seis cañones; con estos combates de puestos avanzados, Napoleon queria asegurar la tranquilidad de sus tropas en sus acantonamientos, donde su solicitud, verdaderamente paternal estaba vigilando incessantemente sobre las necesidades de los soldados, y sobre los hospitales, procurando proporcionarles cuantos alivios podian ha-

llarse. Napoleon en las batallas exponia, sin duda alguna, la vida de sus compañeros de armas, pero tambien nunca se olvidaba, despues de haber vencido, de los que le habian proporcionado la victoria. En sus cuarteles generales, conquistados por la victoria, primero cuidaba de reclutar, entre los soldados beneméritos, los oficiales muertos ó inhabilitados, y de conceder grados y condecoraciones á todos los valientes que se habian distinguido. Su justicia pronta y perspicaz cubria de este modo la política rigurosa de la guerra que ha de llenar incesantemente los vacíos hechos por la muerte en las filas. Todas las pérdidas, desde la jornada de Jena, quedaron reparadas con las promociones decretadas en los cuarteles generales de Berlin, Posen, Varsovia, Pultusk, Preussich-Eylau, Liebstadt, Osterode, y Finkenstein y de otras residencias guerreras en donde Napoleon repartia con tanta generosidad las recompensas á los defensores de la patria; salian tambien otros decretos que debian asegurar la prosperidad y la disciplina interior.

Entretanto que Napoleon aguardaba en Finkenstein el momento de volver á tomar

en persona la conducta de las operaciones militares, Constantinopla habia sido el teatro de grandes acontecimientos que ilustraron la embajada del general Sebastiani; la violacion del territorio otomano por el general ruso Michelson, y la sorpresa de las ciudades de Choczim y de Bender enmedio de la paz, como lo hemos dicho antes, eran una verdadera felonía ejecutada á insinuacion de la política inglesa representada en Constantinopla, por lord Arburtnot.

La Rusia habia pedido al Divan el restablecimiento de los hospodares de Valaquia y Moldavia, destituidos por la Puerta. Las amenazas de la Inglaterra apoyaron esta pretension, y el sultan Selim, necesitando de la paz para ejecutar el proyecto, concebido de acuerdo con Mustafá Barayctar, de hacer la revolucion que en el dia está ensangrentando al trono de Mahmoud, restableció á los dos hospodares. A pesar de esta condescendencia de parte de la Puerta, el general Michelson entró inopinadamente sobre el territorio de Choczim y de Bender, y obligó á los Turcos propietarios en la Moldavia á vender sus haciendas y á evacuar el principado. El ejército de Michelson

destinado á unas operaciones mas importantes, iba á recibir refuerzos que estaban ya andando, cuando la toma de Varsovia por los Franceses, llamando de repente sobre el Vistula á los batallones rusos del Don y del Danubio, obligó al mismo Michelson, abandonado á sus solas fuerzas, á detenerse en Bucharest donde la vanguardia bastó para cerrarle el paso. Entonces el embajador ingles intervino, pero en vano; no habiendo podido contestar de un modo satisfactorio á las reacciones del Divan contra la invasion moscovita.

La guerra fue declarada á la Rusia con la mayor solemnidad; se desplegó el estandarte de Mahoma, y el Mufti expidió un fetfa en presencia de todo el sacro colegio otomano. El embajador Sebastiani se valió con lealtad del influjo de la Francia en Constantinopla, para lograr que se respetase el derecho de gentes con el embajador ruso Italinsky que tuvo licencia de retirarse de Constantinopla con algunos centenares de personas que se pusieron bajo su proteccion; conducta notable de parte de un sultan ultrajado á mano armada en medio de la paz y derogando á la costumbre adoptada en las guerras ordinarias de encer-

rar en las siete torres á los representantes de las potencias enemigas. Este es el modo con que el general Sebastiani vengó al largo cautiverio que habia padecido en esta misma cárcel el encargado de negocios Rufin, cuando la Rusia y la Inglaterra dominaban al Divan. Algunos dias despues de la salida de M. Italinsky, lord Arburnot pasó al Divan una declaracion en que decia: « Las Cortes de Rusia y de Inglaterra han convenido en que » la primera invadiria por la parte de tierra » al territorio musulmano, mientras que la » segunda enviaria su escuadra á la capital » del imperio otomano. Si la sublime Puerta » consiente inmediatamente en renovar su » alianza con dichas córtes de Inglaterra y de » Rusia sobre el pie antiguo y si echa de la » Corte imperial al embajador de Francia Sebastiani, la guerra cesará al instante; pero » de otro modo es inevitable el rompimiento » con la Inglaterra. »

Inmediatamente despues de esta declaracion, lord Arburnot se embarcó á bordo de la fragata *el Endimion* encomendando al general Sebastiani los Ingleses y sus propiedades, y fué á Tenedos donde estaba la esca-

dra inglesa mandada por el almirante Duckworth. Semejante huida está sin ejemplar en los fastos diplomáticos. El embajador de Francia determinó al Divan, que se hallaba aterrado con la idea de una guerra marítima con la Inglaterra, á hacer cara á la tempestad y á poner Constantinopla en estado de resistir á los enemigos. El coronel Lascours, su edecan, tomó á su cargo la defensa de Sestos y de Abydos, pero la desidia del ministro turco que dirigia las obras todo lo inutilizó. En efecto, en el mes de febrero el almirante inglés apareció en las Dardanelas con siete navíos de línea y unas bombardas, pasó el estrecho á pesar del fuego de los castillos, y quemó en Gallipoli á un navío turco y á cinco fragatas, mientras que las tripulaciones estaban en la mezquita. Este incendio visto desde Constantinopla aterrorizó á la poblacion. El 20, la escuadra hechó la ancla delante del Serallo. Duckworth podia hacerse dueño de Constantinopla con haber atacado, pero el ministro inglés embarcado en un esquife, ofreció parlamentar. El Kiaja Bey vino á bordo del almirante que tuvo bastante atrevimiento para proponerle:

1º De entregar á los Ingleses el castillo de las Dardanelas. 2º De entregar, para ser conducidos á Malta, quinze navíos de guerra, con las municiones navales que se hallaban en los arsenales. 3º Que la Puerta declarese la guerra á la Francia y echase al embajador Sebastiani. 4º Que la Valaquia y la Moldavia fuesen cedidas á la Rusia con la plaza de Ismaíl, y las del Danubio. Era preciso admitir estas proposiciones ó sufrir un bombardeo.

El caballero mayor del Sultan vino á declarar al embajador de Francia que su amo se veía precisado á admitir estas condiciones. « Decid á vuestro poderoso monarca, contestó » Sebastiani, que no querrá bajar del rango » donde le han colocado sus gloriosos antecesoros, entregando á unos pocos navíos » ingleses una ciudad de novecientos mil habitantes que tienen armas, víveres y municiones. »

El 25, lord Arburnot pidió que se le señalase un punto donde pudiese desembarcar para conferenciar con los ministros de la Puerta. Se le contestó que, en el seno del Serallo, toda la autoridad del mismo Sultan no bastaria á proteger á un Ingles contra el furor

de los Musulmanes. Entonces los Ingleses consintieron en relajarse en parte de sus pretensiones; pero Selim se resolvió en no tratar mientras los Ingleses estuviesen acá de las Dardanelas.

El 26, el almirante dirigió otra nota en la que no se trataba ya de entregar los castillos y los navíos y decia ademas que el tratado público no hablaria de echar al embajador de Francia, reservando este punto para un artículo secreto. De manera que el general Sebastiani, con haber infundido valor en los ánimos de los Turcos y particularmente del Sultan, estaba considerado por la Inglaterra, y con razon, como un enemigo cuya retirada formaba la condicion necesaria del tratado. El Sultan se mantuvo firme y, el 3 de marzo, dijo á Sebastiani: « Los Ingleses quieren obligarme á echar al embajador de Francia y á declarar la guerra á mi mejor amigo. Escribe al Emperador que ayer he recibido todavía una carta suya y que puede contar conmigo como yo cuento con él. »

El Serallo, las cuestras de Europa y de Asia, así como las Dardanelas se cubrieron de baterías formidables en número de veinte y nueve,

armadas con ciento y nueve morteros y con quinientos cañones. Diez navíos de guerra siguieron á la escuadra inglesa en su retirada hasta las Dardanelas.

Los Ingleses no tuvieron mejor fortuna en Egipto, el dia 3o de marzo, en que desembarcaron para conquistar aquel pais; atacaron á Rozeta donde fueron rechazados con mucha pérdida hasta Alejandria que estaban ocupando. Volvieron á atacar en el mes de abril siguiente, pero fueron batidos por los Mamelucos. Así quedaron frustrados los designios de la Inglaterra en esta parte.

Napoleon, á pesar de las esperanzas fundadas que le daban los principios brillantes de la guerra, su posicion en el pais enemigo, y el ardor particular de su ejército, no descuidaba de nada y hacia nuevos preparativos para la campaña que iba á abrirse, y para proteger las costas de la patria. En consecuencia, un senado-consulto llamó á la conscripcion del año 1808, que fue dividida en cinco legiones mandadas cada una por un senador y destinadas á la defensa del territorio. Un decreto declaró á las plazas de Brest y de Amberes en estado de sitio. Dos navíos de 74, el *Carlo-Magno* y

el *Comercio de Leon*, construidos en este último puerto, indicaban con sus nombres toda la política de Napoleon cuyo imperio tenia por bases la fuerza de las armas y de las instituciones y la industria comercial.

Entretanto, el emperador de Rusia, el gran duque Constantino y el rey de Prusia habian llegado á Bartenstein, con el fin de salvar á Dantzick; se decidió que los socorros á la ciudad se dirigirian por el mar; pero Napoleon adivinó cual era el proyecto de ambos soberanos. Encargó al mariscal Lannes, que mandaba la reserva del ejército grande, ir á Mariembourg, antigua capital de la órden Teutónica, para reforzar al ejército de sitio del mariscal Lefebvre. En efecto, un ejército ruso y prusiano desembarcó el 12 de mayo debajo del fuerte de Weischselmunde desde donde se puso en movimiento el 15, para marchar hácia la ciudad; pero el terreno que lo separaba del fuerte estaba ocupado por nuestras tropas, y los aliados fueron rechazados sobre las empalizadas en Weichselmunde, y el 20, despues de cincuenta y un dias de trinchera abierta, el general Kalkreuth, cuyo antiguo valor habia defendido con la mayor constancia lo que

quedaba de la Prusia guerrera de Federico, capituló y entregó al mariscal Lefebvre el gran puerto militar del mar Báltico. Ocho-cientos cañones y quinientos mil quintales de trigo cayeron en nuestro poder; el segundo fruto de esta conquista fue cubrir á la izquierda de nuestro ejército, así como Thorn cubria al centro y Praga á la derecha; Lefebvre fue nombrado duque de Dantzick.

Varios encuentros, en que los enemigos perdieron mas de treinta mil hombres, sirvieron de prelude á la batalla inmortal dada el 14 de junio, aniversario de Marengo, y que recibió de Napoleon el nombre de Friedland. La accion no empezó verdaderamente hasta las cinco de la tarde; Ney mandaba la derecha; Lannes el centro, y Mortier la izquierda. Los generales Grouchy, Latour-Maubourg y L'houssaye mandaban la caballería de estos tres cuerpos y tuvieron mucha parte en la victoria. Napoleon se complació, en esta jornada, en desplegar toda la fuerza de su genio militar; tranquilo en medio de veinte mil hombres de su guardia á quienes tuvo inmóviles así como á dos divisiones de reserva del primer cuerpo, hizo destruir la valerosa guardia,

el ejército grande del emperador Alejandro y los últimos restos del ejército prusiano por los batallones de la línea, sostenidos por la caballería francesa y sajona, en presencia de dos soberanos que se lisongeaban de vengarse, el uno de Austerlitz, el otro de Jena. Mas de cincuenta á sesenta mil hombres, muertos, heridos ó prisioneros, veinte y cinco generales, ochenta cañones y setenta banderas fueron los resultados de la derrota de los aliados. El día siguiente los enemigos estaban huyendo hácia Rusia dirigiéndose por Kœnisberg y Tilsitt, y perseguidos por el ejército victorioso cuyo camino se hallaba señalado por los destrozos de bagages, artillería, etc., esparcidos en la carrera. El mariscal Soult entró el 16 en Kœnisberg en donde halló á veinte mil heridos rusos y prusianos, riquezas inmensas de toda clase, y ciento y sesenta mil fusiles ingleses que estaban todavía en los navíos que los habian traído. Napoleon persiguió á los soberanos por Druckheim y Sheisgirren, y, el 19, llegó solo á Tilsitt, donde le habian precedido por la mañana las tropas ligeras que habian entrado mientras estaba quemando todavía el puente por donde los príncipes se habian es-

capado. La escolta de Napoleon no pudo correr bastante para seguirle hasta mas allá de una pequeña capilla que domina á Tilsitt donde se aventuró solo, confiado en su gloria, en las llanuras que rodean á la última ciudad prusiana atravesada por el enemigo en la misma mañana. Al otro lado del Niemen empieza el imperio ruso, Napoleon le vió y paró.

El orgullo del nombre moscovita aniquilado por nuestras armas bajo los ojos de Alejandro y de los grandes duques, y á pesar de los esfuerzos de los mejores generales rusos, ensalzó, el 14 de junio 1807, la gloria de Napoleon y el poder de la Francia al mas alto grado de elevacion política y militar que ningun pueblo y ningun conquistador hayan alcanzado jamás. Entonces, y sobre el campo de batalla de Friedland donde nuestra victoria abrió al mariscal Soult las puertas de Kœnisberg y que fue seguido inmediatamente de la conquista de toda la Silesia; entonces solamente Napoleon, segun su misma expresion, tan en vano reproducida despues, podia dividir el mundo en dos partes. En Tilsitt, cuyo tratado no fue para él otra cosa que un pleito que perdió en Moscou; en Tilsitt, el

vencedor de Austerlitz, de Jena y de Friedland, podia proclamar la division de la Europa y acaso de la tierra en dos imperios. Allí podia, y hizo mas que pensarlo, renovar con Alejandro el tratado concluido con Pablo 1º para la destruccion del imperio europeo de la mediana y la conquista del imperio asiático de la Inglaterra; allí podia reparar la falta del tratado de Presbourg, y, realizando una grande idea europea, formar con la Polonia entera y con unos vastos pedazos de la Prusia, una inmensa monarquía que hubiera separado para siempre la Rusia de las fronteras gérmanicas de la Francia y relegar de este modo mas allá del Caucasio á estas poblaciones belicosas, á estos Escitas de la Europa que obedecen á los czares y á los sultanes. Allí fundaba un imperio griego amigo de la Francia; el delito de estado el mas odioso entre los que la historia ha señalado, el abandono de la Grecia cristiana pereciendo debajo de la cimitarra de los Turcos de Europa, de Asia y Africa, no hubiera manchado la política de todos los gabinetes cristianos, y, de diez y ocho años á esta parte, la lengua griega, madre de toda civilizacion, hubiera vuelto á tomar su rango

entre los idiomas legisladores del mundo.

El Niemen iba á dar su nombre á una grande escena; el 25, una almadía recibió al Emperador vencedor y al Emperador vencido que se dieron la mano; la mitad de Tilsitt fue declarada neutral: Alejandro vino el dia siguiente; detras de Alejandro, estaba un rey en actitud suplicante á quien Tilsitt pertenecia la víspera y que solo poseia todavía á Memel, sobre la frontera rusa; no tenia mas aliados, y, con tan débil corona, andaba siguiendo á los dos Emperadores; queria confundirse, sin poderlo lograr, entre los generales de Napoleon que habian sabido vencerle, pero que sabian respetarle. Sin embargo, Alejandro, fiel á la alianza transformada por el infortunio en una generosa amistad, no perdió de vista al príncipe de quien era la salva-guardia, y logró presentar á su aliado, al soberano provocado con tanta injusticia. Seis años despues, en las orillas del mismo rio, y en medio de la desgracia de aquel que iba á perdonar á la Prusia la traicion de un general prusiano, la generosidad de Napoleon no fue imitada. Pero Napoleon estaba muy ageno de todo sentimiento de adversidad posible, y se consideraba superior á toda

gratitud y á todo temor. Se complacia en conceder á Alejandro la amnistía de Federico-Guillermo y firmó el tratado de Tilsitt. El rey de Prusia, recobrando la mitad de sus Estados, volvió á ocupar su asiento entre los monarcas. Esta magnanimidad no era prudente, porque no podia ser perdonado por el mismo donatario que no quiso acordarse sino de la alta proteccion que le proporcionaba esta restitucion precaria. Sin duda, Napoleon conoció que el rey de Prusia seria siempre un falso amigo ó un enemigo oculto; pero Napoleon nunca se aprovechó de sus sucesos sino cuando tuvo las armas en la mano. Luego que las dejaba, se olvidaba en los tratados de los derechos adquiridos en los campos de batalla. Si hubiera sabido, como debia saberlo, continuar la victoria cuando estaba otorgando la paz, la guerra europea hubiera tenido su término con el tratado de Presbourg.

Alejandro reconoció las coronas de Luis, de José y de Gerónimo á favor de quien un reino, con el título de reino de Westfalia, se formó de improviso con los Estados de Hesse-Cassel, parte de los de Prusia, con los de Brunswick, de Paderborn, de Fulda y parte del electo-

rado de Hanover. Hubo mas debilidad que vanidad en la elevacion de los hermanos de Napoleon. Este hombre tan terrible contra los reyes armados, sometió su política y su carácter á lo que llamaba deberes de familia. En fin, sus hermanos fueron reyes con anuencia de Alejandro que hizo mas aun, reconociendo al rey de Sajonia como gran duque de Varsovia y á Napoleon como protector de la confederacion del Rhin. Alejandro y Napoleon se estaban equivocando sobre su política y sobre el lazo de su alianza cuyo objeto mas importante era el bloqueo continental.

La Polonia volvió á renacer despedazada y vasalla de tres coronas. Su rango en Europa fue la perspectiva de indemnizacion para un tratado futuro, y la puerta del Norte quedó abierta. La Prusia quedó prisionera del tratado, la Europa entera, menos la Inglaterra, quedando humillada y encadenada por el bloqueo continental y con la espada de Brenno colgando sobre su cabeza.



LIBRO DÉCIMO.

ASUNTOS DE LA PENINSULA.

CAPITULO PRIMERO.

LA SUECIA CONTRA LA FRANCIA.—TOMA DE STRALSUND Y DE LA ISLA DE RUGEN.—BOMBARDEO DE COPENHAGUE POR LOS INGLESES.—TRATADO DE FONTAINEBLEAU ENTRE LA FRANCIA Y LA ESPAÑA.—CONQUISTA DEL PORTUGAL.—LA FAMILIA DE BRAGANZA SALE PARA EL BRASIL.—CONSPIRACION DEL ESCORIAL.—ARRESTO DEL PRINGIPE DE ASTURIAS.—NAPOLEON SALE PARA ITALIA.

(1805)

El 9 de julio, despues de veinte dias de reuniones muy confidenciales entre Alejandro y Napoleon, los tres monarcas se separaron en Tilsitt. El 27 Napoleon estaba ya de vuelta en Paris.

La Francia se había discernido ya á sí misma los honores del triunfo y de la soberanía europea; se contemplaba igual á la república romana en que el último ciudadano se preciaba tanto como uno de los reyes aliados; pero luego senado-consulta del 19 de agosto, que suprimió el tribunato, la hizo conocer que no era sino el imperio de César. La libertad, reducida al silencio como una creencia vencida, huyó de los ojos del conquistador, y fue á esconder su culto en los asilos domésticos. Después de haber sido una religión dominadora, llegó á ser una secta infeliz, que volvió á aparecer como suplicante en el luto de la Francia, cuyo paladion había conservado inútilmente.

Algunos días antes, el 12 de agosto, el nuevo rey de Westfalia se casó en San Cloud con la princesa Catalina hija del rey de Wurtemberg, que dió gustoso esta prueba de adhesión al Emperador. La fortuna había hecho nacer á esta princesa bajo del solio, pero la naturaleza la había dado todo lo que adorna la magestad de la diadema y hace amable la autoridad real. Ninguna de las coronas de Europa hubiera sentado mal á la cabeza de esta jóven soberana, cuya hermosura, que tam-

bien es una potencia, añadía al lustre de su espíritu, á la variedad de sus conocimientos y á la elevación de su carácter. Cuando Napoleón se resolvió al divorcio, si hubiera elegido á una princesa de iguales prendas, hubiera honrado y salvado, en los días peligrosos, la corona imperial de Francia.

La Suecia había firmado, el 18 de abril de 1805, un armisticio en Pomérania, pero, por un vértigo inconcebible, Gustavo-Adolfo rompió repentinamente este armisticio, después de la paz de Austerlitz, y queriendo sin duda imitar á Carlos XII, Gustavo solo volvió á empeñar sus armas débiles contra el dueño de la Europa. Brune tuvo el encargo de castigar al príncipe temerario encerrado dentro de Stralsund. El 20 de agosto, condescendiendo con los ruegos de los habitantes, Gustavo abandonó á esa fuerte plaza que se entregó al mariscal; lo mismo hizo la isla de Rugen, de manera que toda la costa del Báltico quedó sometida á la Francia. La Suecia perdió irremisiblemente la Pomérania, al paso que Gustavo perdía el amor de sus vasallos. Había contado locamente con el auxilio de la Inglaterra de quien era el mas fiel aliado,

pero se equivocó en sus cálculos, porque esta potencia, en lugar de socorrer á Gustavo, arriesgó una escuadra contra las baterías improvisadas en las Dardanelas por Sebastiani; expuso parte de su ejército para conquistar el Egipto, envió diez mil hombres á América, que en parte se perdieron delante de Buenos-Ayres, y por fin prefirió atacar á un príncipe vecino, antes que ayudar con sus tropas y sus navíos al que sostuvo tan imprudentemente su causa, la que nunca abandonó.

La diplomacia inglesa procedía en este año por vía de exterminio. El 12 de agosto, siguiendo el ejemplo de lord Arburnot en Constantinopla, el ministro Jackson vino á notificar al príncipe real en Copenhague, que la Gran-Bretaña exigía de la Dinamarca una alianza ofensiva y defensiva, y, en garantía de ella, la entrega de la escuadra de Cronenbourg y de la capital, añadiendo que la Inglaterra compensaría con dinero las pérdidas que la Dinamarca podría experimentar. «¿Y con qué » compensareis el honor?» contestó el príncipe. El 13, M. Jackson anunció que las hostilidades iban á empezar. Los Dinamarqueses acudían á las armas; el 16 empieza el ataque;

el mismo día, el gobierno mandó secuestrar el comercio y las propiedades inglesas en sus Estados; los Ingleses habían desembarcado doce mil hombres en la fortaleza de Frederichsberg á las puertas de Copenhague, echando una proclama á los Dinamarqueses en que la Gran-Bretaña se presenta como amiga, y pedia la escuadra en clase de depósito, añadiendo la irrisión á la violencia. El 18 de agosto, lord Cathcart, comandante de las fuerzas británicas, escribió al general Peymann gobernador de Copenhague, que si las proposiciones de la Inglaterra no se admitían, la ciudad tendría que sufrir todos los horrores de un sitio por mar y por tierra; á lo que el general dinamarques contestó con la mayor dignidad. El 2 de septiembre, á las siete de la noche, los Ingleses empezaron el bombardeo que duró setenta y dos horas, haciendo cenizas á trescientas casas; el general Peymann gravemente herido se vió reducido á capitular. Los Ingleses quedaron dueños de la escuadra dinamarquesa que consistía en veinte y ocho navíos de línea, diez y seis fragatas, nueve vergantines y unos cuarenta buques pequeños. El príncipe real, cuyo carácter no se desmintió ni un solo momento,

se negó á reconocer la capitulacion; desde el 19 de agosto, habia mandado al general Peymann hacer quemar la escuadra si no podia salvarla, pero el oficial que traia la órden habia sido cogido.

El rey de Dinamarca, víctima de una agresion tan bárbara, no halló dificultad en someterse al bloqueo continental impuesto por la Francia á sus aliados; así es que se dió prisa en dar su adhesion y en mandar el secuestro de todas las propiedades inglesas, así como el arresto de todos los Ingleses: prohibió todo comercio con la Inglaterra; el 16 de octubre, firmó con la Francia un tratado ofensivo y defensivo, y, solo entre los dos aliados de Napoleon, se mantuvo fiel á sus promesas hasta el último momento. El emperador Alejandro se indignó de la violencia de los Ingleses para con los Dinamarqueses, y en un ukase del 31 de octubre, proclamó altamente los principios de neutralidad armada que heredó de Catalina II; prohibió ademas toda comunicacion con la Gran-Bretaña, hasta que la Dinamarca quedase satisfecha y hasta la paz de aquella potencia con la Francia; en fin, el 10 de noviembre, este príncipe, cuya política no es-

taba alterada todavía por ningun influjo extranjero, adhirió enteramente á todas las condiciones del sistema continental, y mandó ejecutar en su imperio medidas rigurosas contra el comercio ingles y contra los súbditos de aquella potencia. Parece que el tratado de Tilsitt habia echado profundas raices en el espíritu de Alejandro. La Inglaterra, que no podia nada contra la ley comun del continente, conoció todo el peligro que corria; en efecto, con la ejecucion completa del tratado de Tilsitt, Napoleon hubiera podido aguardar, sentado en el trono continental, la caida del trono insular.

El Portugal solo, en Europa, estaba bajo el influjo directo de la Inglaterra. Allí pues debia Napoleon ir á buscar á su rival. En los primeros dias de septiembre, la corte de las Tullerias propuso formalmente á la corte de Lisboa la adhesion al sistema continental, y, en caso de negarla, se le declaraba que seria tratada como enemiga de la Francia, lo que era una represalia regular del atentado de Copenhague. El gobierno portugues esperó durante algun tiempo poder bordear entre la Inglaterra que le dominaba y la Francia que le

amenazaba; pero, como lo escribió lord Strangford embajador de Inglaterra á M. Canning, el 29 de noviembre: « El 8 del corriente, S. A. R. » consintió en firmar una orden de prender á » los pocos Ingleses que están aquí y el se- » questro de lo que quedaba de sus propieda- » des en Lisboa. » Luego despues, el embajador tomó sus pasaportes, y, habiendo pasado á bordo de la escuadra de Sydney-Smith, el bloqueo del Tajo se estableció con rigor. Como ese enemigo estaba mas cerca que los Franceses, el príncipe regente se reconcilió con lord Strangford, por cuyo consejo quedó decidida la salida de la familia real. Los embajadores de Francia y de España, que hacian causa comun, habian salido de Lisboa, el 2 de octubre. Un ejército de 28 mil hombres mandado por el general Junot, estaba reunido en Bayona hacia tres semanas; el 17, dicho ejército se puso en movimiento para dirigirse sobre el Portugal, atravesando la España, y el 27 del mismo mes, un tratado secreto negociado por Izquierdo agente del príncipe de la Paz, se habia firmado en Fontainebleau entre la Francia y la España. Este tratado relativo al paso de un ejército frances por España,

contenia asimismo el reparto de la provincia de Portugal; se daba al rey de Etruria la Lusitania septentrional con el título de reino, en cambio de los Estados de Toscana, y el reyno de los Algarves, con el título de principado, á D. Manuel Godoy príncipe de la Paz. El rey de España declarado señor feudal de estos dos Estados, debia añadir á sus títulos el de *Emperador de ambas Américas*. El resto de Portugal quedaba en reserva hasta la paz general. Otro ejército de cuarenta mil hombres debia reunirse en Bayona, pronto á entrar en España, para ir á Portugal, si acaso los Ingleses desembarcasen tropas para defender á ese reino. Semejante tratado, luego que se publicase, debia exaltar el entusiasmo que, en aquella época, animaba á los Españoles á favor de Napoleon, con motivo del aumento de poder y de dignidad de su rey, y con la satisfaccion dada al rencor antiguo que tenian á los Portugueses. Pero una série de acontecimientos difíciles de preveer mudó enteramente el curso de las cosas.

El 30 de octubre, el implacable enemigo de Godoy, el heredero de la corona de España, el príncipe de Asturias, fue arrestado

» repentinamente como gefe de una conspi-
 » racion, cuyo objeto era quitar la corona á su
 » padre. El mismo dia el rey Cárlos IV pasó una
 » orden al consejo en que decia: « Dios, que ve-
 » la sobre las criaturas, no permite la consu-
 » macion de hechos atroces cuando las vícti-
 » mas son inocentes; así me ha librado su om-
 » nipotencia de la mas inaudita catástrofe;
 » mi pueblo, mis vasallos, todos conocen bien
 » mi cristiandad y costumbres arregladas;
 » todos me aman, y de todos recibo pruebas
 » de veneracion, cual exige el respeto de un
 » padre amante de sus hijos; vivia yo persua-
 » dido de esta felicidad, y entregado al re-
 » poso de mi familia, cuando una mano des-
 » conocida me enseña y descubre el mas
 » enorme, el mas inaudito plan que se tra-
 » zaba en mi mismo palacio contra mi persona;
 » la vida mia, que tantas veces ha estado en
 » riesgo, era ya una carga para mi sucesor,
 » que preocupado, obcecado y enagenado de
 » todos los principios de cristiandad que le en-
 » señó mi paternal cuidado y amor, habia
 » admitido un plan para destronarme; enton-
 » ces yo quise indagar por mí la verdad del
 » hecho; y sorprendiéndole en su mismo

» cuarto, hallé en su poder la cifra de inteli-
 » gencias é instrucciones que recibia de los
 » malvados; convoqué al exámen al mi gover-
 » nador interino del consejo, para que asso-
 » ciado con otros ministros, practicasen las
 » diligencias de indagacion; todo se hizo, y
 » de ella resultan varios reos, cuya prision he
 » decretado, así como el arresto de mi hijo en
 » su habitacion; esta pena quedaba á las mu-
 » chas que me afligen; pero así como es la mas
 » dolorosa, es tambien la mas importante de
 » purgar; é ínterin mando publicar el resul-
 » tado, no quiero dejar de manifestar á mis
 » vasallos un disgusto, que será menor con las
 » muestras de su lealtad. Tendreislo entendido
 » para que se circule en la forma convenien-
 » te.—San Lorenzo, á 30 de octubre de 1807.»

Este documento tan precioso para la his-
 toria no necesita comentarios; es fácil de adi-
 vinar la persona que habia dictado las resolu-
 ciones del rey y las dos cartas en que Fernando
 pidió perdon. Estos escritos bastan á hacer con-
 ocer la familia real y el gobierno de España
 en aquella época.

He aquí lo que habia dado motivo á tan
 extraño acontecimiento: Manuel Godoy era

aborrecido generalmente y enemigo personal de Fernando. Este príncipe, á quien su madre aborrecia con motivo del ódio que tenia á Godoy, era, en su calidad de heredero de la corona, la esperanza de los descontentos de palacio, y, es preciso decirlo, de la nacion entera. M. de Beauharnais, embajador de Francia en Madrid, no ocultaba sus sentimientos, que eran conformes con los de Fernando. La casa de la duquesa viuda del Infantado, cuyo hijo era amigo y consejero del príncipe, era el punto en donde se reunian los descontentos. M. de Beauharnais concurría frecuentemente á esta casa desde algun tiempo. Su carácter de embajador enardeció á los enemigos del privado; sus discursos dieron lugar á conjeturas extrañas y se hablaba abiertamente en la alta sociedad particularmente, del casamiento del príncipe de Asturias con Madamisela Tascher sobrina del embajador, como de un proyecto relativo á un plan mas extenso. Supuesto ya el matrimonio aprobado por Napoleon, hacía quien estaban dirigidas las esperanzas de los dos partidos y las de la nacion, se surraban ya los nombres de los nuevos ministros que debian instalarse despues del

destierro de Godoy y se llegaba hasta suponer que el rey abdicaria á favor de su hijo. Estas voces pronto se extendieron en las provincias, y se puede asegurar que su objeto formaba el voto unánime de los Españoles.

El príncipe de la Paz que todo lo sabia, no se alarmaba; tenia una correspondencia particular con el gran mariscal Duroc y recibia de parte de su negociador Izquierdo, informes que le tranquilizaban. El tratado de Fontainebleau le dió aun mas seguridad; pero Fernando podia contrariar su ejecucion; fue preciso pues precaverse contra esta dificultad. El medio mas corto era perder al príncipe. Entretanto los amigos de Fernando, ansiosos de realizar sus esperanzas, y, animándose con las insinuaciones del embajador de Francia, dispusieron que el príncipe de Asturias escribiese, el 11 de octubre, una carta al Emperador en la que *pedia á S. M. I. el honor de una alianza con su augusta familia*. Esta esposita que Fernando pedía y aguardaba de la eleccion de Napoleon era Madamisela Tascher, que fue despues la princesa de Aremburg y se ha vuelto á casar con un Frances. M. de Beauharnais habia enseñado su retrato

á Fernando que se enamoró de ella. Esta union era el resultado de la política de la Emperatriz, que, temiendo desde entonces la suerte que no pudo evitar, buscaba apoyos en su propia familia; pero Napoleon habia elegido ya en la suya, la esposa de Fernando, destinándole la hija mayor de su hermano Luciano. Fernando al mismo tiempo extendió una comision de comandante general de las tropas para el duque del Infantado, con la esperanza de que la respuesta de Napoleon seria favorable y le permitiria ejecutar en el palacio la revolucion que estaba proyectando. Pero el príncipe de la Paz habiendo recogido bastantes pruebas sobre la conjuracion, la denunció al rey á quien dió á entender que su abdicacion y quizá la muerte habian sido resueltas por los conjurados. La reina Maria Luisa sostuvo con todo su crédito la denunciacion del privado. Carlos IV, preocupado ya contra Fernando, siguió la marcha que se le indicó y que habia sido calculada de modo que el príncipe no pudiese hablar á solas con su padre. En efecto, mandó comparecer á su hijo en su cuarto en presencia de los ministros; allí le prendió y le puso guardias de vis-

ta; se hizo bajo los ojos del monarca el examen de los papeles del príncipe; se halló la copia de la carta escrita á Napoleon y el despacho del duque del Infantado; tambien habia una declaracion fulminante para obligar á Carlos IV á echar al príncipe de la Paz. Pero, como se ha visto, Fernando se dió tanta prisa en confesar los delitos que se le acriminaban, que veinte y cuatro horas despues de su arresto, se habia entregado á disposicion de su enemigo. Algunas personas opinan que este príncipe temió subir al cadalso, y que se halló reducido á elegir entre la vergüenza de lograr su perdón por medio de Godoy y el peligro de ser juzgado como reo de traicion contra su rey y padre. En cuanto á los conspiradores á quienes él mismo delató, todos fueron declarados inocentes por el consejo de Castilla á insinuacion de Godoy. El Emperador aconsejó al rey que ahogase todo este negocio y no contestó á Fernando. Entretanto, la España entera estaba aguardando á Napoleon y se asegura que una persona que tenia mucho influjo en su ministerio le dió el consejo, entonces, de entrar en España á la cabeza de treinta mil hombres. El consejo era bueno sin

los treinta mil hombres, pues Napoleon solo, y viniendo como árbitro, bastaba para salvar la España y para arreglar todas las desavenencias de aquella corte. El Portugal iba á ser conquistado; el tratado de Fontainebleau hubiera sido ejecutado; Godoy hubiera ido á reinar en sus Algarves; entonces la península española y portuguesa, reunida como un vasto reducto marítimo bajo del pabellon frances, hubiera formado, no la conquista pero el otro gran feudo meridional de la Francia, y ésta, apoyada ya sobre la península itálica, hubiera podido desafiar para siempre la tempestad del Norte.

Napoleon (se le debe alabar en esta circunstancia) no quería meterse en un asunto de familia de tanta gravedad. Estaba muy ageno de creer que pocos meses despues, Aranjuez habia de ser el teatro de las represalias del Escorial. No tuvo entonces datos exactos sobre la situacion de la España. No supo que los habitantes le aguardaban como á un libertador y que no necesitaba de otro ejército; todo el pueblo español irritado contra la Inglaterra llamaba al socorro de su destino al enemigo mas terrible de aquella potencia.

Si Napoleon tuvo razon en no admitir la

propuesta de su ministro, hizo muy mal en no ir en persona, no á Bayona sino á Madrid donde hubiera visto á sus pies, al rey, á toda la familia real, á la Corte y al Estado.

Entretanto el privado triunfaba; discurrió que Fernando estaba perdido en la opinion de la nacion, cuando al contrario el ódio de los Españoles contra su favor se habia aumentado con el proceso del Escorial. Solo logró envilecer á la familia y á la magestad real. No supo conocer que la soberanía de los Algarves pagaba el tratado de Fontainebleau, como los quinze mil hombres del marques de la Romana, que á la sazón se hallaban en el ejército de Bernadotte, habian pagado la proclama del mes de octubre 1806. Luego que supo el suceso de la negociacion de Fontainebleau, dirigida por su confidente Izquierdo, discurrió que podia impunemente atacar al heredero del trono, y comprometió para satisfacer su venganza, la existencia de la monarquía y la suya propia. Enfin, Godoy se cegó hasta el punto de creer que Napoleon tenia mucho interes en su elevacion, al paso que solo era un instrumento momentáneo del sistema que cerraba la Europa á los Ingleses.

El 13 de noviembre, el Monitor publicó un artículo sobre la Inglaterra en que se leía: «El príncipe de Portugal está perdiendo su trono y lo pierde por las intrigas de los Ingleses, y por no haber querido secuestrar las mercancías inglesas que están en Lisboa.... La caída de la casa de Braganza será una nueva prueba de que cualquiera que adhiera á la causa de los Ingleses está perdido irremisiblemente!...» Tal era, en efecto, la condición de los Estados de Europa en esta época; era preciso que se declarasen enteramente á favor de la Francia ó de la Inglaterra, porque así lo exigían la naturaleza y la fuerza de las cosas. Napoleon no podía volver atrás porque el Portugal se le resistía; y no podía menos de conquistar la única estación de la Inglaterra sobre el continente.

El 26 de noviembre, el ejército francés estaba ya á veinte leguas de Lisboa, en Abrantes, y solo la víspera de aquel día, el príncipe regente supo por un artículo del Monitor enviado por extraordinario al embajador de Inglaterra, que la casa de Braganza iba á dejar de reinar; el mismo día, y, como si quisiese obedecer el decreto de Napoleon, se embarcó con

su familia y su trono sobre ocho navíos y salió para el Brasil con una escolta inglesa. Nada puede compararse en la historia á esta emigración repentina de una monarquía delante de un general que, situado aun á veinte leguas de la capital, apenas contaba con veinte mil hombres reunidos bajo sus órdenes, su ejército de veinte y ocho mil hombres hallándose disminuido con una marcha rapidísima. La escuadra inglesa, aunque tuviese diez y seis navíos de línea, solo sirvió para favorecer la huida de su aliado, y el 1º de diciembre, mientras que esta escuadra, que había recogido los penates regios de Portugal, daba la señal de la salida, los navíos que el príncipe regente había dejado, enarbolaban el pabellon de la invasión. Se hallaron en el puerto cuatro navíos de línea, seis fragatas, doce bergantines y un arsenal abastecido con abundancia. Se notó la singularidad del aniversario. El 1º de diciembre 1640, el pabellon de Braganza había tremolado en Lisboa; pero los Portugueses, los Ingleses y los Franceses están muy ajenos de pensar que uno de los resultados de esta huida, cuya desgracia nada ennoblecía entonces, sería para el Brasil, un Emperador que al-

gun dia daria una constitucion á la Metrópoli.

Mientras pasaban estas cosas en la Península, Napoleon cuidaba en Fontainebleau de los intereses del gobierno del imperio y de los del sistema continental. El 4 de noviembre, el tribunal de cuentas se instaló con pompa; esta institucion que es muy antigua honra á la monarquía; con ella quedó establecida la confianza pública en la administracion de hacienda; las cuentas del imperio frances se verificaban con la escrupulosidad propia de una casa de comercio cuyo cajero es hombre de probidad y el amo, écono- mo; Napoleon halló en la disciplina particular de su palacio el modelo de la que estableció para la contabilidad del Estado.

El 6, el conde de Tolstoï embajador de Rusia presentó sus credenciales en Fontainebleau, y el 11, el gabinete de Londres oponia al bloqueo continental un decreto que sometia á la visita, á una estacion forzosa en uno de los puertos de la Inglaterra y á una contribucion sobre el cargamento, á todos los navíos neutrales ó aliados de la Francia. El mismo dia la Holanda cedió á la Francia, por un tratado, la ciudad de Flesinga y su territorio. El 16, Napoleon salió para visitar su reino de

Italia y las nuevas provincias adquiridas por el tratado de Presbourg. No quiso entonces ir á España porque un interes, cuyo unico confidente era el príncipe Eugenio, le llamaba á Italia; este interes era su divorcio con la madre del virey. Luciano vino tambien por otro interes de familia á verse con Napoleon en Mantua; pero Napoleon halló en su hermano el antiguo enemigo de familia de Beauharnais. Allí se decidió el casamiento de la hija de Luciano con el príncipe de Asturias, en lugar de Madamisela Tascher ofrecida á Fernando por la Emperatriz y por el embajador Beauharnais. El 1° de diciembre, el rey de Prusia adhirió con mas fuerza al sistema continental, por una declaracion que prohibió toda comunicacion entre los Prusianos y los Ingleses hasta la paz entre la Gran-Bretaña y la Francia. Napoleon contestó en Milan el 17 de diciembre, al decreto de los Ingleses del 11 de noviembre, con otro decreto que *desnacionalizó* á todo buque, de cualquiera nacion que fuese, que se sometiera á la tiranía del pabellon ingles; de manera que la rapiña y la fiscalidad armada reinaban sobre los mares, al paso que la violencia de la política reem-

plazaba sobre el continente al poder de las armas. La Inglaterra y el continente estaban en un estado continuo de represalias, una agitación general reinaba en el mundo y un hombre solo dirigía á su alvedrío la rueda de la fortuna, desde los picos helados del Tauro Europeo hasta las riberas ardientes del Mediterraneo. El poder de la Inglaterra, todo marítimo, dominaba al resto del globo y con sus mil y mas navíos volvía á la Europa bloqueo por bloqueo.

CAPITULO II.

CONQUISTA DE LA FINLANDIA POR LOS RUSOS. — REVOLUCION DE ESPAÑA. — LOS FRANCESES EN MADRID. — NAPOLEON EN BAYONA. — LA FAMILIA REAL DE ESPAÑA EN BAYONA. — INSURRECCION DE MADRID. — ABDICACION DE CARLOS IV A FAVOR DE NAPOLEON. — JOSÉ REY DE ESPAÑA. — EL GRAN DUQUE DE BERG REY DE NAPOLES. — EL REY Y LA REYNA DE ESPAÑA EN COMPIEGNE. — LOS INFANTES EN VALENCEY. — INSURRECCION ESPAÑOLA. — EVACUACION DEL PORTUGAL POR LA FRANCIA.

(1808)

LA Inglaterra dirigía á la vez dos sistemas de invasion con sus escuadras; á últimos de diciembre se apoderó de las islas de Santo Tomas, San Juan, y Santa Cruz que pertenecía á su enemigo el rey de Dinamarca, y de la isla de Madera una de las mas hermosas posesiones de su aliado el rey de Portugal. La España y la Francia apretaban los lazos de su enemistad comun contra esta potencia; la una adoptaba las medidas que prescribia el decreto de Milan, del 17 de diciembre, y la otra por

plazaba sobre el continente al poder de las armas. La Inglaterra y el continente estaban en un estado continuo de represalias, una agitación general reinaba en el mundo y un hombre solo dirigía á su alvedrío la rueda de la fortuna, desde los picos helados del Tauro Europeo hasta las riberas ardientes del Mediterráneo. El poder de la Inglaterra, todo marítimo, dominaba al resto del globo y con sus mil y mas navíos volvía á la Europa bloqueo por bloqueo.

CAPITULO II.

CONQUISTA DE LA FINLANDIA POR LOS RUSOS. — REVOLUCION DE ESPAÑA. — LOS FRANCESES EN MADRID. — NAPOLEON EN BAYONA. — LA FAMILIA REAL DE ESPAÑA EN BAYONA. — INSURRECCION DE MADRID. — ABDICACION DE CARLOS IV A FAVOR DE NAPOLEON. — JOSÉ REY DE ESPAÑA. — EL GRAN DUQUE DE BERG REY DE NAPOLES. — EL REY Y LA REYNA DE ESPAÑA EN COMPIEGNE. — LOS INFANTES EN VALENCEY. — INSURRECCION ESPAÑOLA. — EVACUACION DEL PORTUGAL POR LA FRANCIA.

(1808)

LA Inglaterra dirigía á la vez dos sistemas de invasion con sus escuadras; á últimos de diciembre se apoderó de las islas de Santo Tomas, San Juan, y Santa Cruz que pertenecía á su enemigo el rey de Dinamarca, y de la isla de Madera una de las mas hermosas posesiones de su aliado el rey de Portugal. La España y la Francia apretaban los lazos de su enemistad comun contra esta potencia; la una adoptaba las medidas que prescribia el decreto de Milan, del 17 de diciembre, y la otra por

un nuevo decreto concedía la tercera parte del producto neto de la venta de todo navío y de su cargamento, cuyo consignatario declararía que dicho navío procedía sea de Inglaterra, sea de las colonias inglesas ó que hubiese sido visitado por algun navío ingles. Entretanto, el ministro de la guerra mandó formar por una instrucción del 6 de enero de 1808, dos cuerpos de observacion en el departamento del Gironda, y el 21, el senado proclamó la reunion á la Francia del puerto de Flesinga, de las plazas de Wesel, de Cassel, de Kehl, y sus dependencias, con lo que el Rhin fue enteramente frances. Otro senado-consulta del dia siguiente llamó á diez mil conscriptos, aunque la Europa estuviese en paz, excepto la Inglaterra. El 27 del mismo mes, todos los vientos siendo favorables á la fortuna de Napoleon, recibió la noticia de la llegada de la familia de Braganza á Rio-Janeiro. Desde el 1° de enero, el Emperador habia llegado á Paris, de vuelta de su viage de Italia, despues de haber establecido en el puerto de Venecia un astillero militar de grandes construcciones marítimas y decretado la abertura de un canal que debia unir el Pó al Mediterráneo. Durante la primera mi-

tad del mes de febrero, los Ingleses fueron echados enteramente del reino de Napoles con la toma de Reggio y de Scilia, mientras que un cuerpo frances entraba en Roma, haciendo un paseo militar, y como medida de alta policia política contra las intrigas británicas que se creian inatacables, á la sombra de la cátedra de San-Pedro.

Derepente, se esparció la noticia que, despues de haber sido invadidas contra el derecho de gentes, Pamplona y Barcelona habian sido ocupadas militarmente, la primera el 17 y la segunda el 29 de enero. Este ejército destinado para el Portugal y para una expedicion contra Gibraltar, tomó de repente en España la actitud de un ejército de invasion. Esta potencia sorprendida, mientras confiaba en el tratado de Fontainebleau y en el convenio mas antiguo, cuyo resultado habia sido colocar á quince mil Castellanos mandados por el marques de la Romana, bajo las águilas de Napoleon, salió luego del estupor que la arrebató enmedio de las turbaciones que agitaban á la capital. Se halló puesta en un momento entra la guerra que estalló otra vez en el palacio de sus reyes, y la que le quitó sus forta-

lezas. Figueras y San Sebastian tuvieron igual suerte que Pamplona y Barcelona. El gran duque de Berg, general en jefe, dirigia la empresa y una campaña estratégica se estaba haciendo en un pais amigo.

El Norte presentaba el mismo espectáculo sobre poco mas ó menos; el mismo dia en que los Franceses sorprendian á Pamplona, el emperador Alejandro notificaba al rey de Suecia que no podia mirarle como neutral con motivo de su alianza con la Inglaterra, y que por consiguiente *no le quedaba otros medios para cubrir sus Estados que los que la providencia la habia confiado*; el 22 de febrero un ejército ruso entró en Finlandia y marchó sobre Abó. Poco despues, el rey de Dinamarca declaró que adoptaba las resoluciones de la Rusia con respecto á la Suecia. La campaña de los Rusos fue rápida; el 6 de abril, se apoderaron de Abó y de Wasa, el 24, de la isla de Gotland, y el 3 de mayo, de la famosa plaza de Sweaborg, que es el Gibraltar de Suecia; en fin, el 6 de mayo, un ukase reunió la Finlandia al imperio colosal de Rusia. La Dinamarca estaba muy agena de prever que la ocupacion de la Finlandia por los Rusos le costaria al-

gun dia la Noruega dada á la Suecia con la aprobacion de la Rusia. El derecho de las naciones y el derecho público europeo quedaron sacrificados á la razon continental de estado, que habia venido á ser únicamente una guerra de exterminio contra la Inglaterra y sus aliados.

Pero, enmedio de las vastas combinaciones políticas que desde el Norte al Mediodia ocupaban sus pensamientos, Napoleon no se olvidaba de la prosperidad interior de la Francia, ni tampoco del dominio de las ciencias y de las artes que habia de sobrevivir entero á su poder. El 1º de enero, empezó á ejecutarse el código de comercio; el 16, un decreto organizó definitivamente el banco de Francia. Las cuatro clases del Instituto presentaron sucesivamente al Emperador enmedio de su consejo, sus informes sobre el estado de las ciencias físicas y matemáticas, de la historia y de la literatura antigua, de la lengua y de la literatura francesa, y en fin de las bellas artes desde 1789. Los progresos, cuyo cuadro le presentaron con mucha habilidad Delambre, Cuvier, Dacier, Chenier y Lebreton, no eran conquistas menos brillantes que las que

se obtuvieron por las armas de la revolucion; son mas duraderas y constituyen para siempre la verdadera nobleza de la nacion. Pero, ademas de esta aristocracia del ingenio, Napoleon quiso reconocertambien la de los títulos hereditarios; restableció los títulos de príncipe, duque, conde, baron y caballero, lo que tuvo por consecuencia forzosa el restablecimiento de los mayorazgos, y el régimen de las substituciones alteró el derecho frances. Esta excepcion introducida en medio de la Francia despopularizó á su autor y la reprobacion pública agrió el goce de los titulares; los Franceses, y sobre toda capital, se vengaron de estos nuevos señores. Los antiguos nobles no ganaron en esta promocion nobiliaria la conservacion de sus títulos; tuvieron que presentar, como todos, las pruebas de su fortuna y de sus funciones. Este sistema de igualdad en una fundacion enteramente aristocrática era singular; manifestaba el imperio de la revolucion hasta en la restauracion de lo que habia sido proscrito por ella, y se vió á los gefes de las mas ilustres familias de Francia acudir á este concurso singular de una nobleza decretada, y aceptar títulos inferiores á los que habian te-

nido y á los que recibieron los hombres mas fogosos de la República. Fouché fue nombrado duque, y el gefe de la casa de Montmorency, *primer baron cristiano*, fue titulado conde. Pocos dias despues, se verificó la fundacion de la universidad imperial y de las academias en todas las ciudades donde residia un tribunal de apelacion; M. de Fontanes, presidente del cuerpo legislativo, fue nombrado gran-maestre de la universidad.

A principios del año de 1808, la España era toda francesa ó por mejor decir napoleoniana; el viage del Emperador á Madrid se miraba como una cosa que no podia faltar, y era tanta la impaciencia de los pueblos de ese reino, que llamaba al grande ejército de reserva del Gironde, *ejército libertador*. Como habia algunos cuerpos de la guardia imperial, la llegada de Napoleon pareció próxima. Este ejército entró por las dos puertas de Perpiñan y de Bayona; por este último lado, el ejército pasó debajo de unos arcos triunfales levantados en todos los pueblos grandes y pequeños por donde se suponía que habia de pasar Napoleon. El entusiasmo habia atraído, al lado de la carrera por donde transitaban las tropas

imperiales, un gentio inmenso que, desde las provincias circunvecinas, venian á saludar al héroe de cuya proteccion aguardaban la felicidad de la España. Estos sentimientos estaban tan arraigados, que la sorpresa de las fortalezas de Pamp'ona, San Sebastian, Figueras y Montjouy en Barcelona, no pudieron alterar la confianza; los Españoles admitieron sin dificultad las explicaciones dadas por los generales franceses, sobre la necesidad en que se habian visto de asegurar la espalda del ejército. Por otra parte, corría muy valida la voz de una expedicion á Africa y del sitio de Gibraltar; lo que, atendida la enemistad de los Españoles contra la Inglaterra, contribuia á exaltar el espíritu de la muchedumbre á favor de los Franceses.

Pero la escena era muy diferente en el palacio; el príncipe de la Paz, es á decir la familia real y el gobierno, habian perdido toda esperanza. La vuelta de Izquierdo produjo esta terrible mudanza, con la noticia que trajo que ya no existia el tratado de Fontainebleau, y que el Emperador exigia la reunion al imperio de las provincias de la orilla izquierda del Ebro, ocupadas ya por el ejér-

cito frances, y que esta cesion seria compensada por la del Portugal; esta noticia cundió insensiblemente en la alta sociedad de Madrid, y se acreditó con la actitud del embajador Beauharnais cuyos sentimientos de animadversion hácia Godoy estaban todavía mas declarados desde los acontecimientos del Escorial. Godoy que se veia bajar de repente de la altura en que le sostenia el crédito supuesto que creia disfrutar cerca del Emperador, y que, por otra parte, no podia menos de conocer que el ódio de los grandes del Estado y de la poblacion de la capital se habia aumentado mucho, llegó á desanimarse y á espantarse. Lo que mas le aterraba era el triunfo de Fernando; en medio de su desesperacion, dió asenso á los consejos de Izquierdo, que, si se ha de dar fé á lo que se dijo entonces, habia recibido en Paris ciertas insinuaciones expresivas, y se resolvió á seguir el ejemplo de la corte de Lisboa, y á refugiarse con la familia real de España al imperio fundado por Cortés en América. Bastó que la reina consintiese para que el rey no opusiese dificultades, y el miedo de tener que humillarse delante de Fernando decidió la salida. El príncipe de la

Paz, en calidad de generalísimo, expidió secretamente la orden de retroceder y de situarse en escalones sobre la carrera de Madrid á Cádiz, donde la familia real habia de embarcarse, á varios cuerpos que protegían con sus marchas sobre Portugal la invasión de los Franceses. La corte residía en Aranjuez; pero, sea por penetración, ó por indiscreción, ó por traición, el proyecto de viage se divulgó en el sitio y en la capital. Luego se supo que, bajo el pretexto de maniobras militares, que desde mucho tiempo habian dejado de hacerse, varios cuerpos de tropas habian recibido la orden de venir á Aranjuez. Estas medidas precipitaron la caída de Godoy. El consejo supremo de Castilla intentó detener los movimientos de las tropas con la esperanza de que Fernando podría escaparse, y dirigió al rey una representación énergica suplicándole que no abandonase á su capital; pero fue en vano, las tropas salieron de noche para Aranjuez. Entonces solamente, Godoy, advirtiendo la disposición de los espíritus, discurrió que las mismas fuerzas que habia llamado á pesar de las representaciones del consejo supremo, podrían volverse contra él. El embajador Beauharnais, por

su lado, siempre dominado por su enemistad contra el príncipe de la Paz, no disimulaba su opinión de que la salida del rey sería desaprobada por el Emperador, hácia quien se dirigían, mas que nunca, todas las esperanzas de los Españoles. Entretanto, se publicó una proclama en la que el monarca aseguraba que no pensaba en separarse de sus vasallos; pero el pueblo contestó á su proclama con el grito de *muerte al indigno privado*. En vano Godoy se habia dado prisa en disponer los preparativos del viage; los amigos de Fernando mal inspirados, avisaron á sus confidentes de Madrid que se habia señalado la noche del 16 al 17 para ejecutarlo. Los ciegos enemigos del privado alborotaron á la capital y á la provincia de la Mancha, desde donde vino á Aranjuez una turba inmensa de labradores armados, y lo mismo sucedió desde Madrid. El embajador Beauharnais, que no solia ir al sitio sino cuando la etiqueta lo exigía, llegó inopinadamente, y su presencia en Aranjuez contribuyó mucho á precipitar el momento de la explosión. En las crisis de los gobiernos absolutos, las tropas abrazan siempre el partido popular, y, como desde mucho tiempo estaban mal dispuestas para

con Godoy cuya dominacion les era insoponible como á los demas Españoles, se unieron al pueblo. Jamás error mas universal obscureció el juicio de toda una nacion y de las facciones que estaban agitándose encima de ella, y por lo mismo que este error fue grave y general, mas unánime habia de despertar la España; pues todo el mundo estaba engañado en Aranjuez, excepto Godoy, que, habiendo calculado con tino su propio peligro, se resolvió á huir con la familia real, con el objeto de ir á reinar todavía bajo el nombre de Carlos IV en sus posesiones de América. Por lo que toca á Fernando y á los Españoles, es muy cierto que este viage destruia naturalmente los obstáculos que se oponian al restablecimiento de la seguridad pública y á la existencia política del reino. Quizás puede pensarse que M. de Beauharnais, con su oposicion manifiesta á la resolucion del rey, comprometió y complicó de un modo inextricable los intereses de su soberano, sean cuales fuesen. Sin duda, Carlos IV podía tomar otro partido si su consejero hubiese tenido un carácter generoso, y si hubiese hecho caso de la dignidad de su nacion; este partido consistia en

ir á aguardar en la inexpugnable ciudad de Cadiz, enmedio de su ejército, el resultado de las circunstancias. Seguramente, es de creer que el pueblo español se hubiera defendido con tanto valor, mientras que su soberano hubiese ocupado la mas fuerte plaza de sus Estados, como lo hizo durante la permanencia del príncipe de Asturias en Valencey.

Se empezaba á acriminar á Godoy la entrada de los batallones franceses en España. El 16, el rey publicó otra proclama en la que, despues de haber dado gracias á sus súbditos por su *noble agitacion*, les decia que el ejército de su *querido aliado* el Emperador de los Franceses atravesaba sus Estados en calidad de amigo, y que la reunion de tropas cerca de su persona, no tenia por objeto defenderse ni tampoco acompañarle en un viage supuesto por la malignidad. Esta segunda proclama no hizo mas efecto que la primera sobre el pueblo, que estaba persuadido que Godoy habia llamado á su socorro á Murat que venia andando sobre Madrid, y resolvió sacrificar el privado á su venganza, aunque el rey hubiese de bajar de un trono que Godoy envilecia cada dia por la mas indigna usurpacion. El

nombre de Fernando se halló en todas las bocas; este príncipe se vió repentinamente á la cabeza de la nacion y se acordó del Escorial. El mismo dia, el rey y la reina, viendo la inutilidad de sus proclamas y que no podian contar con las tropas, resolvieron marcharse por la noche sin escolta; pero este nuevo proyecto fue descubierto desgraciadamente, y la reina, en una carta que escribió el 24 de marzo, al gran duque de Berg, acusó á su hijo de haber dado la señal para el ataque. « Mi hijo » Fernando, decia, estaba á la cabeza de » la conspiracion, habiendo ganado todas » las tropas; puso una luz en la ventana; esta » fue la señal de la explosion..... » Sea lo que fuere de esta circunstancia, no hay duda que, en vez de ponerse á la cabeza de la insurreccion y probablemente de haberla provocado, hubiera sido mas político de parte de Fernando favorecer con todos los medios la salida de su padre y de su madre, cargando á Godoy toda la odiosidad del viage, y de escaparse para reinar sobre la España que hubiera puesto en él todas sus esperanzas. Su derecho quedaba decidido por la vacancia del trono, pero fue tan mal aconsejado como sus enemigos

El 17, á las cuatro de la mañana, una turba de gente armada rodeó el palacio de Godoy, cuya guardia se contentó con formarse en batalla delante de la puerta. Poco despues los soldados de guardias españolas, despues de haber maltratado á su hermano que era su coronel, se mezclaron con el pueblo que derribó las puertas del palacio y entró saqueando los aposentos; Godoy apenas tuvo tiempo para salvarse á un desban, donde estuvo treinta y seis horas sin tomar ningun alimento. Enfin, el rey, apurado por todas partes, quiso conjurar la tempestad proclamando que *exoneraba al príncipe de la Paz de todos sus empleos, y que queria mandar por sí sus tropas de tierra y de mar;* y escribió al emperador Napoleon para notificarselo. A pesar de estas demostraciones, el pueblo siguió en su triúnfo con mas vigor, y Fernando aceptó de él la soberanía sediciosa que le conferia. El dia siguiente, Godoy agoviado por el hambre y por una sed horrosa procuró salir para beber; topó con un soldado que le descubrió. En este intervalo, el rey habia abdicado á favor de un hijo rebelde, bajo la condicion verbal de que Godoy seria puesto en salvo. Fernando no se olvidó de la

palabra que acababa de dar á su padre; llegó á tiempo para arrancar al príncipe de la Paz del furor popular. Prometió ponerle en manos de la justicia, y le depositó en el cuartel de guardias de corps; inmediatamente se publicó el decreto de abdicacion cuyos motivos eran, *los achaques del rey y la necesidad de vivir como particular en un clima mas templado.* Nunea hubo vasallo mas adicto á su soberano que Carlos IV á Godoy. Por él, renunciaba su corona, y la única condicion que ponía á este inmenso sacrificio era la salvacion de su ministro! Esta abdicacion publicada el 19 en Aranjuez, produjo un efecto mágico; las armas cayeron de las manos de un pueblo desenfrenado; esta tranquilidad tan repentina reveló elocuentemente al rey y á la reina todo el pensamiento de la nacion.

La abdicacion, firmada en medio de las bayonetas y del tumulto del pueblo y de los soldados, habia de tener fatales consecuencias; pues nadie la miró como un acto libre y voluntario. La nacion la aceptó porque la libertaba del gobierno odioso del príncipe de la Paz; pero era permitido á la familia real de protestar contra semejante violacion de los dere-

chos mas sagrados; así es que la reina decia al duque de Berg en una de sus cartas: *Mi hijo ha hecho esta conspiracion para quitar la corona á su padre.*

El dia siguiente, Carlos dió parte de su abdicacion al Emperador, y, aquel mismo dia, Fernando expidió un decreto que fue el primer acto de su soberanía, mandando secuestrar los bienes del príncipe de la Paz á favor de la corona. Es preciso confesar que era justo dar esta satisfaccion á la nacion española. Fernando declaró en seguida que iba á salir para Madrid, para hacerse proclamar segun costumbre. El duque del Infantado fue nombrado coronel de guardias y presidente de Castilla. Publicadas estas resoluciones, el pueblo, en Madrid y en Aranjuez, saqueó en ambas villas los palacios del príncipe de la Paz y las casas de varios de sus parientes, quemando los muebles en medio de la calle.

Pero el 21, el rey protestó secretamente contra su abdicacion del 19, y se dió prisa en participarlo al Emperador, á quien decia que se habia visto obligado á renunciar la corona, porque los clamores de una guardia rebelde le habian dado á conocer que *tenia que elegir*

entre la vida y la muerte, así suya como de la reina. De manera que Fernando se veía acusado de parricidio, por su madre cerca del gran duque de Berg, y por su padre cerca del Emperador. Tales confianzas y tales acriminaciones bastan para juzgar la casa de España.

Entretanto, el gran duque de Berg salió de Burgos sin aguardar las órdenes de Napoleon, y como si hubiese concebido el proyecto de sentarse en un trono que le parecía vacante, se dirigió sobre Madrid á la cabeza de los cuerpos de Moncey y de Dupont. Probablemente, interpretó á su favor la impaciencia manifestada por la capital para recibir á Napoleon de quien se creía el precursor. Esta ambicion mal disfrazada cegó á Murat, y tuvo por consecuencia la falta irreparable de llegar á Madrid la víspera del dia en que Fernando debía hacer su entrada como rey de las Españas. Los habitantes estaban tan llenos de gozo con la caída de Godoy, que miraron con una especie de indiferencia la presencia de las tropas de Murat. La entrada solemne de Fernando que tuvo lugar al dia siguiente, entusiasmó á la poblacion de la capital de un modo increíble.

El nuevo soberano se dió prisa en enviar al Emperador el conde de Fernan-Nuñez para darle parte de su advenimiento, y para ver con sus propios ojos la sobrina del Emperador destinada á casarse con Fernando. Se aguardaba á Napoleon para el 30, estando dispuestos ya en la carrera de Madrid á Bayona los tiros de mulas; pero la conducta del gran duque de Berg que se abstuvo de ir á saludar á Fernando y de reconocerle como rey, alarmó mucho al príncipe; temió, y con razon, que su padre y su madre hubiesen prevenido al gran duque. En efecto, muchas veces al dia las cartas del rey y de la reina, y de su hija maria Luisa de Etruria, delataban á Fernando cerca del gran duque, acusando su ódio contra la Francia é invocando contra él todo el rigor de Napoleon y la proteccion de su lugar-teniente para con Godoy. Con motivo de sus proyectos, Murat se hallaba mal dispuesto á favor de Fernando, y se apresuró en transmitir al Emperador esta correspondencia escandalosa. Es de notar que, desde la primera nota dirigida al gran duque, Maria Luisa pedía al Emperador un asilo fuera de España para ella, para el rey y para el príncipe de la

Paz. La reina solicitaba igualmente el gran duque, cuando le escribía, para que viniese á ver al rey; pero Murat estaba guardando con los reyes viejos la misma reserva que con Fernando; solo cuidaba de contestar con exactitud á las cartas de la reina, que en todas ellas exhalaba un ódio mortal contra su hijo y eran un testimonio auténtico de la disolucion de la familia real, con respecto á los individuos que la componian y con relacion á la nacion española. Todas estas cartas demostraban á Napoleon la incompatibilidad invencible que existia entre el trono y los príncipes destinados á reinar. Sin embargo, el pueblo que nunca se equivoca en sus sentimientos, juzgó con mucho tino las disensiones irreconciliables que reinaban entre las dos cortes y acriminaba al privado caido la humillacion de la España y la discordia que dividia á la casa reinante, y negaba al rey viejo, con motivo de la aficion que manifestaba á Godoy, no el respeto, que en España nunca falta á la magestad real, sino el amor que hasta entonces habia profesado justamente á las virtudes y á la bondad de este excelente monarca; así es que el ódio contra Godoy se volvió amor á Fernando.

Sin embargo, este príncipe se habia apresurado demasiado en tomar el cetro; ignoraba lo que pasaba en Paris, en los consejos de Napoleon, y lo que pasaba en el ejército frances acantonado en Madrid. No supo conocer el influjo que podrian tener sobre su destino los motivos de irritacion que daba á su padre con las medidas tomadas contra Godoy, miradas por aquel como un ultraje, y no se hizo cargo del peligro de su situacion, si la abdicacion de Carlos IV llegaba á considerarse como forzosa. Godoy se alucinó con el tratado de Fontainebleau, creyendo que le daba mucha importancia en la mente de Napoleon, y Fernando se alucinó tambien, por haber creído grangearse la proteccion del Emperador con pedirle una esposa de su familia. Este enlace por fin habia sido resuelto por su madre y por el mismo Godoy antes de las ocurrencias de Aranjuez porque el privado viendo el tratado de Fontainebleau aniquilado, quiso adelantarse á Fernando en este obsequio á Napoleon.

Luego que éste supo los acontecimientos del 19 de marzo, y en contestacion á la correspondencia del gran duque de Berg le escribió la carta siguiente, cuya importancia dará

mas á conocer que todas las reflexiones, cual era la opinion ó por mejor decir la incertidumbre de Napoleon acerca de los asuntos de España, y sobre su propia situacion con respecto á este reino en la época del 20 de marzo.

« SENOR GRAN DUQUE DE BERG,

» Me temo que os equivoqueis sobre la situacion de España, y me engañeis á mi mismo. El acontecimiento del 20 de marzo ha complicado mucho el estado de las cosas, y me ha dejado muy perplejo.

» No habeis de creer que atacais á una nacion desarmada y que os basta enseñar tropas para someter á la España. La revolucion del 20 de marzo prueba que los Españoles tienen energía. Teneis que chocar con un pueblo nuevo, que tiene todo el valor y todo el entusiasmo que se halla entre los hombres que no están alterados por las pasiones políticas.

» La aristocracia y el clero son dueños de la España; si llegan á temer por sus privilegios y por su existencia, levantarán contra nosotros toda la nacion, lo que podria eternizar

» la guerra; tengo partidarios; pero, si me presento como conquistador, dejaré de tenerlos.

» Los Españoles aborrecen al príncipe de la Paz, porque le acriminan haber entregado la España á la Francia; he aquí el agravio que ha favorecido á la usurpacion de Fernando; el partido popular es el mas débil.

» El príncipe de Asturias no tiene ninguna de las prendas que debe tener un gefe de nacion; pero por eso no dejarán de hacer de él un héroe para oponerle á nosotros. No quiero que se use de violencia con ninguno de los individuos de esa familia; nunca puede ser útil hacerse odioso y encender la enemistad. La España tiene mas de cien mil hombres sobre las armas; es mucho mas que lo que se necesita para sostener con ventaja una guerra interior, y como se hallan divididos sobre varios puntos, pueden dar motivo á la sublevacion total de la monarquía.

» Os presento el conjunto de los obstáculos inevitables; hay otros de que os hareis cargo, y la Inglaterra no dejará perder esta ocasion de multiplicar nuestros embarazos; está despachando diariamente avisos á las fuer-

» zas que tiene sobre las costas de Portugal y
 » en el Mediterráneo; está alistando Sicilianos
 » y Portugueses.

» La familia real no habiendo salido de Es-
 » paña para ir á establecerse en las Indias,
 » solo una revolucion puede mudar el estado
 » de ese pais, que acaso es el menos prepa-
 » rado para ello en toda la Europa. Los hom-
 » bres que ven los vicios monstruosos de ese
 » gobierno, y la anarquía que ha reemplazado
 » á la autoridad legal, forman el menor nú-
 » mero; los demas se aprovechan de estos
 » vicios y de esta anarquía.

» En el interes de mi imperio puedo hacer
 » mucho bien á la España. ¿Qué medios he de
 » tomar?

» ¿Debo ir á Madrid, y establecerme pro-
 » tector y juez entre el padre y el hijo? Me
 » parece difícil hacer reinar á Cárlos IV; su
 » gobierno y su privado se hallan tan despo-
 » pularizados que no se sostendria durante
 » tres meses.

» Fernando es enemigo de la Francia, por
 » eso le han hecho rey; colocarle sobre el
 » trono seria servir las facciones que de veinte
 » y cinco años á esta parte quieren aniquilar á

» la Francia. Una alianza de familia seria un
 » lazo muy débil. La reina Isabel y otras prin-
 » cesas francesas perecieron miserablemente,
 » cuando se las pudo inmolar impunemente á
 » una venganza atroz. Creo que nada se ha de
 » precipitar, y que conviene tomar consejo de
 » los acontecimientos que van á seguir... Será
 » preciso aumentar los cuerpos de ejército que
 » se mantendrán sobre las fronteras de Portu-
 » gal, y aguardar.

» No apruebo el partido tomado por V. A. I.
 » de apoderarse de Madrid con tanta preci-
 » pitacion. Era preciso dejar el ejército á diez
 » leguas de la capital. No teniais seguridad
 » que el pueblo y la magistratura iban á re-
 » conocer á Fernando sin contestacion. El
 » príncipe de la Paz debe tener algunos parti-
 » darios entre los empleados públicos; y, por
 » otra parte, hay una costumbre de aficion al
 » rey viejo que podia producir resultados. Vues-
 » tra entrada en Madrid ha servido mucho á
 » Fernando, porque ha alarmado á los Españó-
 » les. He mandado á Savary que vaya á visitar
 » al rey viejo para ver lo que pasa, y se con-
 » certará con V. A. I. Pensaré mas tarde en el
 » partido que he de tomar; entretanto he

» aquí lo que tengo por conveniente prescri-
» bir.

» No me habeis de comprometer en una
» entrevista *en España* con Fernando, como
» no juzgueis, por la situacion de las cosas, que
» le he de reconocer como rey de España.
» Usareis buenos procederes con respecto al
» rey, á la reina, y al príncipe Godoy; exi-
» gireis que se les trate con el mismo respeto
» que antes, y vos, hareis lo mismo. Cuida-
» reis de que los Españoles no puedan sospe-
» char cual será el partido que tomaré, lo que
» no será difícil, supuesto que yo mismo no
» lo sé.

» Dareis á entender á la nobleza y al clero
» que si la Francia ha de intervenir en los asun-
» tos de España, sus privilegios é inmunida-
» des serán respetados; les direis que el Em-
» perador desea perfeccionar las instituciones
» políticas de la España para ponerla en rela-
» cion con el estado de civilizacion de la Eu-
» ropa y sustraerla al régimen de los priva-
» dos..... Direis á los vecinos de las ciudades,
» á las gentes ilustradas, que la España nece-
» sita volver á crear la máquina de su go-
» bierno, y que es preciso que tenga leyes

» que liberten á los ciudadanos de la arbitra-
» riedad y de las usurpaciones del feudalismo,
» é instituciones que fomenten la industria, la
» agricultura y las artes. Les presentareis el
» estado de tranquilidad y las comodidades de
» que están disfrutando los Franceses, á pesar
» de las guerras que han tenido que sostener
» por tanto tiempo, y el esplendor en que se
» halla la religion que debe su restableci-
» miento al concordato que he firmado con el
» Papa. Procurareis demostrarles las ventajas
» de una regeneracion política, cuyo resultado
» será el orden y la paz interior. Este ha de ser
» el espíritu de vuestros discursos y de vues-
» tros escritos. No deis paso ninguno atrope-
» llado; puedo aguardar en Bayona; puedo
» pasar los Pirineos, y, fortificándome hácia
» Portugal, llevar la guerra por aquel lado.

» *Cuidaré de vuestros intereses particulares;*
» *no penseis en ellos. El Portugal quedará á*
» *mi disposicion.* Ningun proyecto personal ha
» de ocupar y dirigir vuestra conducta por
» que me perjudicariais mucho, y mas á vos
» mismo.

» Andais con demasiada prisa en vuestras
» instrucciones del 14; la marcha que señalais

» al general Dupont es demasiado repentina en
 » razon del acontecimiento del 19 de marzo ;
 » es menester variarlas; tomareis nuevas dis-
 » posiciones y recibireis instrucciones por el
 » intermedio de mi ministro de negocios ex-
 » trangeros.

» Mando que la disciplina se guarde del
 » modo mas severo; no quiero que se per-
 » done al menor delito. Se ha de tener la ma-
 » yor consideracion á los habitantes y se ob-
 » servará un particular respeto á las iglesias y
 » á los conventos.

» El ejército evitará todo encuentro con los
 » cuerpos del ejército español y con los desta-
 » camentos; no se ha de disparar un solo tiro
 » por ningun lado.

» Dejad á Solano que pase de Badajoz,
 » haciéndole observar. Dad vos mismo la
 » indicacion de las marchas de vuestro ejér-
 » cito, para que esté siempre distante de mu-
 » chas leguas de los cuerpos españoles. *Si la*
 » *guerra llegase á encenderse, todo estaria*
 » *perdido.*

» Los destinos de España se han de decidir
 » por los medios políticos y con las negocia-
 » ciones; os encargo que eviteis las explicacio-

» nes con Solano y con los demas generales y
 » gobernadores españoles.

» Me enviareis dos estafetas diarias; y en
 » caso de acontecimientos mayores, enviadme
 » oficiales de ordenanza. Despachad al ins-
 » tante al chambellan de Tournon que os trae
 » este pliego, y le entregareis un informe de-
 » tallado.

» NAPOLEON. »

Resultaba de esta carta muy notable, que el gran duque de Berg habia cometido una falta política muy grave, con haber venido, por decirlo así, con un ejército, á preparar en Madrid la entrada del rey Fernando; lo que debia quitar al pueblo de esta ciudad la independencia de la manifestacion de su opinion sobre este acontecimiento. Evidentemente tambien, Napoleon condenaba la soberanía de Carlos IV, y, sin aprobar la de Fernando, no estaba muy distante de reconocerle y de tratar con él. Tampoco disimulaba Napoleon que sentia que la familia real no hubiese salido para América; veia la necesidad de una revolucion en España: *él mismo no sabia el partido que habia de tomar*; todavía no habia pen-

sado en sentar á José sobre el trono de España, supuesto que parecia reservar el Portugal para el gran duque de Berg. Napoleon se abandonaba enteramente al movimiento de las circunstancias, y nada tenia bien discursado sino la fuerza de la nacion española, el recelo de un levantamiento general que podría *eternizar la guerra*, y la certidumbre que *si la guerra llegase á encenderse, todo estaria perdido*. Esta carta prueba suficientemente que Napoleon, mal servido por su embajador cuando los acontecimientos del Escorial y de Aranjuez, no lo estaba mejor por su lugar-teniente á quien reprochaba la ocupacion de Madrid, y la marcha de Dupont sobre Toledo, como si hubiese tenido un secreto presentimiento; tampoco no deja dudar del influjo inmenso que Napoleon hubiera tenido sobre la España seis meses antes, si hubiese llegado como conciliador de la familia real. Entonces hubiera ejecutado, en el palacio y con el palacio, la revolucion que ya no podia ejecutar en el mes de marzo de 1808, sino contra la nacion y acaso contra sí mismo. *Tengo partidarios*, decia, *y si me presento como conquistador no los tendré.....* El Emperador salió

para Bayona enmedio de esta perplejidad; el general Savary se hallaba en Madrid donde habia sido enviado cerca de Cárlos IV con un encargo relativo al viage de la familia real á Bayona. No era difícil determinar al rey y á la reina. Esta princesa escribia al gran duque de Berg: « Pedimos á V. A. que haga de manera » que el Emperador nos saque de España » cuanto antes, al rey mi marido, á nuestro » amigo el príncipe de la Paz, á mí y tambien » á mi pobre hija; pero sobre todo á los tres » lo mas pronto posible; sin eso no podemos » estar seguros..... »

De manera que, á la primera palabra del general Savary de parte de los reyes viejos, hubo no solo consentimiento, sino prisa en ir á Bayona á echarse á los brazos de Napoleon; su único cuidado era el que Fernando se les adelantase. Este último príncipe manifestó al principio bastante repugnancia, pero el general Savary supo emplear tanta maña y valerse de tantos ardides, sea con el mismo Fernando, sea con las personas que le rodeaban, que admitió la propuesta que le hizo el agente frances de salir al encuentro de Napoleon, á quien acaso hallaria en el camino antes de llegar á

Burgos. El duque del Infantado, el canónigo Escoiquiz, el ministro Cevallos, y en general todos los que se hallaban comprometidos en los acontecimientos del Escorial y de Aranjuez, fueron unánimes en aconsejar al rey que saliese de Madrid. El infante don Carlos salió primero, lo que asustó á la reina que escribió al gran duque: « La salida tan repentina de mi » hijo Carlos nos hace temblar, porque le » acompañan personas muy maliciosas y el se- » creto que se le hace guardar para con no- » sotros nos da mucho cuidado; tememos que » se le den papeles llenos de falsedades supues- » tas é inventadas..... ¿No podría V. A. I. y R. » enviar alguna persona que se adelantase á » mi hijo Carlos para enterar al Emperador » de todo, haciéndole conocer la verdad, así » como todas las mentiras de nuestros enemi- » gos. » Fernando, por su parte, escribía á su padre. « El general Savary acaba de estar con- » migo; quedo satisfecho de la buena harmo- » nia que existe con el Emperador y la buena » fé que me ha manifestado. Por tanto me » parece justo que V. M. me dé una carta para » el Emperador en que le deis la enhora- » buena sobre su llegada, y le asegureis que

» estoy animado de los mismos sentimientos de » que V. M. le ha dado tantas pruebas..... » La reina envió esta carta singular al gran duque de Berg, diciéndole: «..... No escribiré » mos la carta que se nos pide, como no se nos » obligue á ello, como á la abdicacion, segun » la protesta que V. A. I. tiene entre ma- » nos..... » La correspondencia diaria de la reina suministraba al Emperador los autos del pleito que tenia que sentenciar; fácil era prever el resultado, supuesto que Fernando iba á Bayona á acelerar la conclusion con su presencia.

Este príncipe se puso en camino el 10, con la esperanza loca de hacer aprobar su usurpacion por el Emperador; se alucinó hasta el punto de creer que apenas tendria tiempo para llegar á Burgos, antes de encontrarse con el Emperador, cuya llegada á Madrid se anunciaba siempre. Antes desalir, Fernando estableció un consejo de regencia, bajo la presidencia de su tio don Antonio; el duque del Infantado y el canónigo Escoiquiz le acompañaron; pero, no habiendo sabido nada del viage de Napoleon en Burgos, siguió hasta Vitoria donde no supo mas. En esta última ciudad algunos fie-

les servidores de la familia real, instaron á Fernando para que se detuviese; entre ellos, el caballero de Urquijo, que habia venido á propósito desde Bilbao, para suplicar al príncipe que no siguiese adelante. Fernando, conmovido con estos consejos, se determinó á escribir una carta que Savary llevó al Emperador; decia entre otras cosas:

« SENOR Y HERMANO MIO ,

» Puesto en el trono por la abdicacion libre
 » y espontánea de mi augusto padre, no he
 » podido ver sin un verdadero sentimiento,
 » que S. A. I. el gran duque de Berg, así
 » como el embajador de V. M. I. y R., no me
 » han dado la enhorabuena como rey de Es-
 » paña, al paso que los representantes de las
 » otras cortes, con quienes no tengo relacio-
 » nes tan íntimas, se han dado prisa en ha-
 » cerlo; como no puedo hallar otro motivo
 » que la falta de órdenes positivas de V. M.,
 » permitirá que le exponga con toda sinceri-
 » dad que, desde los primeros momentos de
 » mi reinado, he dado á V. M. I. y R. las
 » pruebas menos equívocas de mi lealtad y de
 » mi cariño, habiendo desde luego mandado

» volviesen á Portugal las tropas que habian
 » retrocedido hácia Madrid. Mis primeros
 » cuidados han sido procurar que no falte nada
 » á sus tropas, á pesar de haber encontrado el
 » erario exausto; he dado á V. M. la mejor
 » prueba de confianza, mandando salir de la
 » capital á mis propias tropas, para recibir
 » parte de su ejército. He buscado todos los
 » medios de convencer á V. M., en las cartas
 » que le he dirigido, que me halló animado de
 » los mismos sentimientos que mi augusto pa-
 » dre..... Con este motivo, tres grandes del
 » reino han ido á recibir á V. M., luego que he
 » sabido que intentaba venir á España; y, para
 » darle una prueba todavía mas solemne de
 » mi alta consideracion para su augusta per-
 » sona, he enviado, con el mismo objeto, á mi
 » querido hermano el infante don Carlos que
 » se halla ya en Bayona de algunos dias á esta
 » parte. Me lisongeo que en todo esto V. M.
 » habrá podido conocer mis verdaderos sen-
 » timientos.

»..... V. M. me permitirá añadir..... Des-
 » pues de la respuesta franca y leal que hice
 » al general Savary, cuando me dijo que V. M.
 » queria saber únicamente si mi advenimiento

» al trono podría producir alguna mudanza en
 » las relaciones políticas de ambos Estados, con-
 » descendiendo con el deseo que me manifesté
 » de que viniese al encuentro de V. M.....

» Por tanto, suplico encarecidamente á
 » V. M. I. y R., se digne dar término á la
 » situación penosa en que me hallo con su si-
 » lencio..... — Vitoria, 14 de abril de 1808.

» FERNANDO. »

Mientras que Fernando entraba en Burgos y en Vitoria, debajo de unos arcos triunfales, una orden de la regencia dictada por una mano oculta, abría al príncipe de la Paz las puertas de la cárcel en que estaba, y le eximia del juicio que toda la nación aguardaba con impaciencia. El decreto se publicó solo el 21, y desde aquel día el pueblo español juró venganza y exterminio á los Franceses. En arrancando Godoy del tribunal que le había de sentenciar, Napoleon se perjudicó mas que con las renunciaciones de Bayona. La España entera acusaba al príncipe de la Paz, y se sublevó también entera, contra aquellos que, con este paso imprudente, se declararon los protectores del privado caído.

El Emperador había llegado á Bayona en la noche del 14 al 15 de abril. El 17, el general Savary, duque de Rovigo, trajo al príncipe Fernando la memorable respuesta que sigue:

« HERMANO MIO ,

» He recibido la carta de V. A. R.; habrá
 » hallado en los papeles del rey su padre la
 » prueba del interes que siempre he tenido á
 » su persona. En la circunstancia actual, per-
 » mitame que le hable con franqueza y leal-
 » tad. En llegando á Madrid, esperaba con-
 » vencer á mi ilustre amigo de la necesidad de
 » algunas reformas en sus Estados; así como
 » de dar alguna satisfaccion á la opinion pú-
 » blica. La separacion del príncipe de la Paz
 » me parecia necesaria para su felicidad y la
 » de sus súbditos; los asuntos del Norte han
 » atrasado mi viage; y mientras tanto han acon-
 » tecido los eventos de Aranjuez. No me esta-
 » blezco juez de lo que ha pasado y de la con-
 » ducta del príncipe de la Paz; pero lo que sé
 » muy bien, es que es peligroso para los re-
 » yes acostumbrar á los pueblos á derramar
 » sangre y hacerse justicia por sí. Ruego á
 » Dios que V. A. R. no lo experimente algun

» dia. No está en los intereses de la España da-
 » ñar á un príncipe que ha casado con una prin-
 » cesa de la sangre real, y que ha gobernado
 » el reino por tanto tiempo. Ya no tiene ami-
 » gos; tampoco los tendria V. A. R., si llegase
 » á ser desgraciado. Los pueblos se vengán con
 » gusto de los respetos que nos tributan. Por
 » otra parte, ¿cómo es posible juzgar al prín-
 » cipe de la Paz sin comprometer á la reina y
 » al rey vuestro padre? Semejante proceso ali-
 » menta el ódio y las pasiones facciosas, y el
 » resultado será funesto á vuestra corona, su-
 » puesto que V. A. R. no tiene otros derechos
 » que los que le ha transmitido su madre. Si
 » el proceso la deshonorá, V. A. R. rasga sus
 » derechos. Cerrad los oídos á unos consejeros
 » débiles y pérfidos. No teneis derecho para
 » juzgar al príncipe de la Paz; los delitos que
 » se le acriminan se confunden con los derechos
 » del trono. Muchas veces he manifestado el
 » deseo de que se separase de los negocios al
 » príncipe de la Paz; la amistad del rey Carlos
 » me ha hecho callar muchas veces, y cerrar
 » los ojos sobre las debilidades de su cariño.
 » Miserable humanidad! Debilidad y error es
 » nuestra divisa; pero todo puede conciliarse.

» Destierrese al príncipe de la Paz y le ofrezco
 » un asilo en Francia. En cuanto á la abdicacion
 » de Carlos IV, se ha verificado en un mo-
 » mento en que mis ejércitos cubrian las Es-
 » pañas, y, á los ojos de la Europa y de la pos-
 » teridad, pareceria haber empleado tantas tro-
 » pas con el objeto de precipitar del trono á mi
 » aliado y amigo. Como soberano vecino, se
 » me ha de permitir que me entere de los he-
 » chos, antes de reconocer esta abdicacion. Lo
 » digo á V. A. R., á los Españoles, al mundo
 » entero; si la abdicacion del rey Carlos ha
 » sido espontánea, y si no es el resultado de
 » la violencia y de la insurreccion de Aran-
 » juez, no tengo dificultad en admitirla y re-
 » conozco á V. A. R. como rey de España. De-
 » seo pues hablar con V. A. sobre este parti-
 » cular. La circunspeccion que guardo de un
 » mes á esta parte en todos estos negocios,
 » debe servirle de garantía del apoyo que ha-
 » llará en mí, si algun dia las facciones, sea cual
 » fuere su naturaleza, llegasen á alarmar á
 » V. A. R. cuando haya subido al trono.
 » Cuando el rey Carlos me dió parte del acon-
 » tecimiento del mes de octubre próximo
 » pasado, me causó mucho dolor, y creo ha-

» ber contribuido con mis insinuaciones al
 » buen éxito del asunto del Escorial. V. A. R.
 » habia delinquido. Basta, para prueba, la
 » carta que me escribió y que he querido
 » siempre ignorar. Cuando llegue á reinar, sa-
 » brá cuan sagrados son los derechos del tro-
 » no. Todo paso dado por un príncipe here-
 » dero hácia un soberano extranjero es un
 » delito. V. A. R. debe desconfiar de los extra-
 » ños y de las conmociones populares. Puede
 » suceder que se asesine á algunos de mis solda-
 » dos aislados, pero el resultado seria la ruina
 » de la España. He sabido ya, y lo siento, que
 » en Madrid se han esparcido cartas del capi-
 » tan general de Cataluña, y que se ha pro-
 » curado exaltar los ánimos. V. A. R. conoce
 » mi pensamiento entero; advertirá que estoy
 » titubeando entre varias ideas que necesitan
 » fijarse. Puede quedar seguro que en todo
 » caso me portaré con V. A. R. como con el
 » rey su padre: crea que mi deseo es con-
 » ciliarlo todo y hallar ocasiones de darle
 » pruebas de mi afición y de mi perfecta es-
 » timacion. Ruego á Dios, etc.

» Bayona, 16 de abril de 1808.

» NAPOLEON. »

¿Quién habia de creer que despues de haber
 leído esta carta, Fernando se decidiese en
 proseguir en su viage. Sus mismos consejeros
 que hubieran debido obligarle á volver á Ma-
 drid al instante, le instaron para que fuese á
 Bayona. Napoleon con abstenerse de dar á
 Fernando el título de rey, le hacia entender
 bastante que le miraba como á un usurpador.
 Parece imposible que Napoleon, cuando escri-
 bió esta respuesta á la carta justificativa y supli-
 cante del príncipe de Asturias, no pensase en
 que Fernando se resolveria en quedarse sobre
 la defensiva. Este partido hubiera sido mas ven-
 tajoso y mas honoroso para Napoleon y para
 Fernando; en esta situacion, éste levantaba
 el estandarte de la defensa de su patria, cuya
 capital y plazas fronterizas habian sido ocu-
 padas en medio de la paz, al paso que Napo-
 leon por su parte podia proclamar una guerra
 legítima contra el usurpador del trono de su
 aliado.

No sucedió así; el inevitable destino que ha-
 bia, seis años despues, de quitar el trono á Na-
 poleon y de coronar á Fernando, á pesar de la
 protesta no revocada de su padre, hizo que con-
 tinuase en su viage. En fin, Fernando se alucinó

hasta el punto de contestar desde Vitoria al Emperador. «..... Con la mayor satisfaccion, » acabo de recibir la carta de V. M. I. y R., » traidapor el general Savary, con fecha del 16. » La confianza que V. M. me inspira, y el deseo » que tengo de conocer á V. M. y de probarle » que la abdicacion del rey mi padre ha sido » consentida á mi favor espontáneamente, me » han decidido á trasladarme inmediatamente » á Bayona..... » En efecto, salió el 18, y fue recibido en la frontera por el príncipe de Neuchatel. Cuando Savary entregó la respuesta de Fernando á Napoleon, éste exclamó: *Cómo es posible que venga!* El príncipe llegó el 20 á Bayona, donde Napoleon vino á visitarle inmediatamente, dándole solo el tratamiento de alteza real; el mismo dia, comió con él en Marrac. En esta primera entrevista no se dijo nada concerniente á los asuntos de España; la carta de Fernando á Napoleon escrita desde Vitoria, prueba que contaba con tener que contestar sobre la abdicacion de su padre, cuya protesta aparentaba ignorar, y no es creible que ignorase la correspondencia de su padre, de su madre y de su hermana con Murat y con el Emperador; pero el vér-

tigo se habia apoderado de Fernando y de sus consejeros, que en Vitoria desecharon el aviso que se les dió de que la protesta de Cárlos IV estaba en poder de Napoleon. El 28, Fernando escribia al infante don Antonio: « Te » hago saber que el Emperador tiene una » carta de Maria Luisa en que dice que la abdicacion de mi padre ha sido forzosa. Haz » como si no lo supieras, y procura que estos » malditos Franceses no te engañen con una » de sus alevosías.... » Fernando sentia entonces con amargura no haber querido escuchar en Vitoria las representaciones del caballero Urquijo. Luego despues de la salida de Fernando, el gran duque de Berg hizo salir de la prision al príncipe de la Paz que se puso en camino para Francia con una escolta. El 15 de abril, Cárlos IV escribió al Emperador para manifestarle el deseo que tenia de abrazarle. La reina escribia el mismo dia en el mismo sentido. Las expresiones de entrambos respiraban la mayor confianza en la buena voluntad del Emperador.

No se puede menos de reparar que, despues de la salida de Fernando y de Godoy, nada habia mas fácil para el Emperador que vol-

ver á colocar á Cárlos IV sobre el trono , obligarle á separarse de su privado , y aceptar la forma de gobierno que luego fue otorgada á la España. Napoleon hubiera dominado á ese hermoso reino , con el beneficio de sus instituciones , sin tener que someterle é irritarle con la fuerza de sus armas ; y , no temiendo ya que Cárlos IV llamase ó admitiese á los Ingleses en España , el Emperador hallaba por esta parte toda la seguridad política que podia apetecer.

Al momento de salir de España , Cárlos escribió , el 17 , á don Antonio que habia protestado contra la abdicacion que era nula bajo todos aspectos ; que la protesta existia en manos del emperador Napoleon , que su hijo no habia de ser reconocido como rey , y que antes de salir para Bayona volvía á tomar el gobierno. El 28 de abril , el rey , la reina y los infantes llegaron á Vitoria donde los guardias de corps que habian acompañado á Fernando se presentaron , para hacer el servicio cerca de SS. MM. Pero el anciano monarca no se habia olvidado de que habian faltado á sus deberes en Aranjuez ; los despidió vergonzosamente , y pidió una guardia al general frances

Verdier. El 30 , el rey y la reina llegaron á Bayona al ruido de las salvas de artillería. El príncipe de Asturias y don Cárlos salieron á recibirlos. Luego que SS. MM. se hubieron apeado , todos los Españoles fueron admitidos al besamanos ; al retirarse á su aposento el rey dijo al príncipe de Asturias , que hacia ademan de seguirle : *Bastante habeis ultrajado mis canas*. Fernando se retiró. El Emperador vino á visitar á los reyes , y en esta primera entrevista , que fue una larga conferencia , todo quedó decidido ; pues , el 2 de mayo siguiente , Cárlos IV dirigió á su hijo una especie de manifiesto en que , despues de haber relatado las circunstancias políticas de la España desde la paz de Basilea , y los hechos relativos á la conspiracion del Escorial , añadia : «... He debido » acordarme de mis derechos de padre y de » rey , y os hice arrestar ; hallé en vuestros pa- » peles la prueba de vuestro delito. Pero [al » cabo de mi carrera , entregado al dolor de » ver morir á mi hijo sobre un cadalso , me » enternecieron las lágrimas de vuestra ma- » dre y os perdoné. Mis ministros fueron ca- » lumniados acerca del Emperador de los Fran- » ceses que , temiendo que la España se sepa-

» rase de su alianza, y, viendo los ánimos
 » agitados en el seno de mi familia, cubrió con
 » varios pretextos la España con sus tropas.....
 » ¿Cuál ha sido vuestra conducta? Habeis su-
 » blevado á mis guardias de corps contra mí;
 » vuestro padre ha sido vuestro prisionero.
 » Mi primer ministro, adoptado por mí, enla-
 » zado con mi familia, ha sido arrastrado san-
 » griento de calabozo en calabozo; habeis
 » marchitado mis canas; las habeis despojado
 » de una diadema que mis antecesores ciñeron
 » con gloria; y que yo habia conservado sin
 » mancha..... He recurrido al Emperador, no
 » como lo hiciera un rey á la cabeza de sus tro-
 » pas y con todo el esplendor de la soberanía,
 » sino como un rey desgraciado y abando-
 » nado. He hallado proteccion y refugio en-
 » medio de sus acampamentos. Le debo la vida,
 » la de la reina y la de mi primer ministro....
 » He abierto mi corazon al Emperador..... Me
 » ha declarado que nunca os reconocerá como
 » rey..... Me ha enseñado cartas vuestras
 » que comprueban el ódio que teneis á la
 » Francia..... Arrancándome la corona habeis
 » quebrado la vuestra..... Vuestra conducta
 » para conmigo, y vuestras cartas intercep-

» tadas han puesto una barrera de bronce en-
 » tre vos y el trono de España, que no tiene
 » interes ni vos tampoco en que le ocupeis;
 » soy rey por el derecho que tengo de mis an-
 » tepasados. Mi abdicacion es el resultado de
 » la fuerza y de la violencia..... No quiero
 » dejar á mis súbditos la guerra civil, las jun-
 » tas populares y las revoluciones. Todo debe
 » hacerse para el pueblo y nada por él.»

Se dijo, en aquella epoca, que esta traduc-
 cion era el original de la carta del rey á su
 hijo. Sea lo que fuere, el príncipe de Asturias
 dirigió, el 5 de mayo, al Emperador, y, el 6, á
 su tio el regente, la carta que declaraba que
 devolvía la corona. Pero el rey, despues de la
 comunicacion que le hizo el Emperador del
 parte del 2 de mayo que acababa de recibir
 de Murat, se dió prisa en ejercer la autoridad
 real, quitando la regencia á don Antonio para
 transferirla al gran duque. La capital habia
 sido el teatro de turbaciones muy sérias.
 Treinta ó cuarenta mil hombres armados, en-
 tre habitantes, soldados y labradores, habian
 levantado el estandarte de la insurreccion y
 atacado á los Franceses. En los cinco acampa-
 mentos que rodeaban á la villa, se tocó la gé-

nerala, mientras que la guarnición, cuya fuerza no pasaba de tres mil hombres, lograba comprimir la sedición, valiéndose de la artillería. Algunos centenares de Españoles y otros tantos Franceses perecieron en esta guerra civil improvisada de repente, y las consecuencias inmediatas de su muerte justificaron toda la profundidad de esta palabra de Napoleon á Murat, *si me presento como conquistador, dejaré de tener partidarios*. Desde aquel día, la tierra de España, á la que renunciaban sus mismos príncipes, fue una tierra hostil para los Franceses á quienes habia llamado como libertadores. El primer acto de soberanía de Carlos IV, en volviendo á tomarla, habia sido quitar la regencia al infante don Antonio, para darla al gran duque de Berg; el segundo y el último fue la renuncia de la corona de España á favor de Napoleon, firmada el 5 de mayo en Bayona. El tratado fue negociado entre el general Duroc y el príncipe de la Paz; era digno del ministro que habia causado la revolución de la España, firmar semejante convenio. El 10 de mayo siguiente, el mismo Duroc y don Juan Escoiquiz negociaron otro tratado en que Fernando y sus hermanos adherían á la

cesion consentida por su padre; este fue el resultado de la venganza del padre contra su hijo, del hijo contra el privado, de éste contra el príncipe heredero; la reina, mas implacable que todos, sacrificó á la venganza el odio inveterado que tenia á la Francia, no acordándose de que era esposa de Carlos IV y madre de Fernando. Firmado el tratado, las dos cortes se separaron. El rey, su esposa, la reina de Etruria con sus hijos, el infante don Francisco de Paula y el príncipe de la Paz, salieron para el palacio de Compiègne; el príncipe de Asturias, su tío don Antonio y su hermano don Carlos, salieron para el palacio de Valencey que pertenecía á M. de Talleyrand. Desde aquella residencia, Fernando escribía al Emperador, el 22 de junio... «Doy á V. M. I. y R., en mi nombre y en el de mi tío y hermano, la enhorabuena, por la instalacion de su querido hermano sobre el trono de las Españas.....» El deseo de grangearnos su amistad nos ha hecho escribir la adjunta carta, y suplicamos á V. M. I. que, despues de haberla leído, se digne presentarla á S. M. C.

Los aires de Compiègne, siendo demasiado fríos, Carlos IV salió para Marsella desde

donde escribía al Emperador, el 7 de febrero, dándole la enhorabuena sobre el feliz resultado de la campaña de España.

Entretanto, el gran duque de Berg gobernaba en nombre de Napoleon rey de las Españas, y, el 15 de mayo, el consejo de Castilla, presidido por el marques Caballero que habia sido uno de los directores de la insurreccion de Aranjuez á favor de Fernando, dirigió una representacion á S. M. I. y R. en que, despues de haber declarado que ya no existian Pirineos, pedia por rey de las Españas al mayor de los augustos hermanos de S. M. La villa de Madrid pidió lo mismo por el intermedio de la municipalidad, y Luis de Borbon, cardenal y arzobispo de Toledo, escribió el 22 al Emperador, diciendo que la cesion de la corona de las Españas *le imponia la obligacion lisonjera de poner á los pies del Emperador el homenaje de su respeto y de su fidelidad y suplicaba á S. M. de mirarle como á uno de sus subditos mas fieles, etc.* Todos las personas de la comitiva de los reyes viejos y de su hijo, que se habian quedado en Bayona, manifestaban los mismos sentimientos. Estos hombres que seguian, poco hacia,

unos partidos tan diversos, aparentaban una completa unanimidad de opiniones, siguiendo el ejemplo del príncipe de Asturias y de su hermano que, al salir de Bayona, habian dirigido una proclama á los Españoles, relevándolos del juramento de fidelidad y encomendándoles la sumision al nuevo orden de cosas. Pero la nacion habia discurrido de otro modo, é interpretado con su juicio propio las palabras y los escritos de Fernando, y habia resuelto, desde el 2 de mayo, con la insurreccion de Madrid, á obligarle, aunque ausente, á reinar, ó, por mejor decir, habia alzado en su nombre el estandarte de la resistencia. Solo quedaban en España, como partidarios de la revolucion, los pocos hombres de Corte ó de Estado que se habian reunido alrededor de José por ambicion ó por la desgracia de la dinastía fugitiva, ó acaso por amor á la patria cuya felicidad les pareció asegurada con las instituciones que iba á darla Napoleon. Poco ilustrada, entonces como ahora, la mayoría de los Españoles no vió sino un ejército frances en lugar de sus soberanos. La nacion, llena del noble sentimiento de su independencia, no se detuvo en reflexionar que esta fuerza extranjera podria salvarla de

su propio furor y que acaso no podría soportar la independencia que proclamaba en nombre de Fernando cuya autoridad real de ocho días era sagrada á sus ojos. El pueblo español y Napoleon se equivocaron igualmente; el uno sirviendo á Fernando, y el otro coronando á Jose, y volvieron á equivocarse otra vez el día en que Fernando fue devuelto á la España.

La libertad y el despotismo, á los ojos de los Españoles del siglo XIX, son una misma tiranía; solo sabian morir. El Emperador conoció siempre mal su situación moral y fué engañado por los que ganan con ponerse á la cabeza de un gobierno cualquiera que sea, ó por los que nunca desesperan de la conversion de una patria desgraciada. Así fue bien inútil la hermosa proclama siguiente dirigida á los Españoles.

« ESPAÑOLES !

» Despues de una larga agonía, vuestra
» nacion perecia. He visto vuestros males y
» voy á remediarlos. Vuestra grandeza es
» parte de la mia. Vuestros príncipes me han
» cedido todos sus derechos al trono de las
» Españas; no quiero réinar sobre vosotros,

» pero quiero adquirir un título eterno á la
» gratitud de vuestros nietos. Vuestra monar-
» quía es vieja; á mi toca rejuvenecerla. Me-
» joraré todas vuestras instituciones y os pro-
» porcionaré, si me ayudais, los beneficios de
» una reforma sin conmociones, sin desórden
» ni convulsiones.

» Españoles! He llamado á una junta gene-
» ral los diputados de las provincias y de las
» ciudades; quiero enterarme por mí mismo
» de vuestros deseos y de vuestras necesida-
» des. Entonces depondré todos mis derechos,
» y pondré vuestra corona gloriosa sobre la
» cabeza de otro yo, saliendo garante de una
» constitucion que conciliará la fácil y salu-
» dable autoridad del soberano, con las liber-
» tades y los privilegios del pueblo.

» Españoles! acordaos de lo que han sido
» vuestros abuelos y ved lo que sois. La cul-
» pa no es vuestra, sino de la mala adminis-
» tracion que habeis tenido. Esperad y contad
» con las circunstancias actuales, pues quiero
» que vuestros últimos nietos guarden memo-
» ria de mí, y digan: *Fue el regenerador de*
» *nuestra patria.* »

Esta proclama es una de las mayores prue-

bas de la grande idea que tuvo Napoleón, durante todo su reinado, de regenerar la antigua monarquía europea, creando una vasta sociedad política adecuada á los progresos del siglo. Los hombres que no han visto sino un conquistador en Napoleon, porque siempre estaba victorioso sobre los campos de batalla donde sus enemigos le llamaban incesantemente, no le han entendido ni en la guerra ni en la paz. Era eminente legislador al mismo tiempo que gran guerrero, y no cesaba de decir á los diferentes pueblos lo que á los Españoles: *Fuestra Europa es vieja; me tocara juvenecerla*. Pero los Españoles, y su situación actual lo prueba suficientemente, estaban muy distantes de ser maduros para apreciar y aceptar el beneficio que se les ofrecia. Napoleon hubiera recogido las bendiciones de todos los luteranos de Alemania, si, despues de la entrada en Berlin en 1807, hubiese dirigido á los Prusianos, á los Hanoverianos, á los Sajones y á los Heseses, una proclama semejante; pero, por una fatalidad singular, sucedió que el *Tungendbund luterano*, cuyo principio era la regeneracion de la patria, hizo causa comun, para destruir á Napoleon en 1814, con

los católicos exclusivos de España que se negaban en admitir el bien que se queria hacer á su pais, con un gobierno regular y unas leyes sábias substituidas al régimen insensato que habia causado su ruina.

El tratado de Fontainebleau quedaba borrado por las estipulaciones convenidas en Bayona; con todo, subsistia la cláusula que reunia á la Francia los ducados de Parma y Placencia, bajo el título de departamento del Taro, y los Estados de Toscana que formaron los del Arno, del Mediterráneo y del Ombrone, cedidos por la reina Maria Luisa á Napoleon, en nombre de su hijo hoy príncipe de Luca, de manera que, excepto la isla de Sicilia, ningun príncipe de la casa de Borbon poseia Estados en Europa.

En consecuencia de la proclama de Bayona, un decreto convocó para el 15 de junio la junta de notables de la nacion española. El 3 del mismo mes, la junta de gobierno residente en Madrid, publicó un manifiesto en que convidaba á los insurgentes á deponer las armas, y daba á conocer á los habitantes las ventajas que iban á resultarles del nuevo reinado. El 6, Napoleon expidió un decreto su-

premo, en que, conforme á los votos de la junta de Estado, del consejo de Castilla y de la villa de Madrid, nombraba rey de las Españas y de las Indias á su hermano José rey de Nápoles y de Sicilia. Luego salió otra proclama dirigida á los Españoles por los diputados de la junta general extraordinaria, con motivo de este acontecimiento. El duque del Infantado era uno de los que firmaron esta proclama, así como los duques del Parque, de Híjar, y de Osuna, el ministro Cevallos, el marques de Santa Cruz, el conde de Fernan-Núñez. El ministro de la guerra O-Farril, el duque de Granada y el marques Caballero, firmaron la proclama de la junta de gobierno. Todas las personas de consideracion del reino, por sus dignidades, su fortuna, sus servicios y su rango, sancionaron el nuevo orden de cosas. En fin, el 7 de junio, el Emperador, con una comitiva brillante, salió á recibir á su hermano José á dos leguas de Bayona, y luego que llegaron al palacio de Marrac, los grandes de España, presididos por el duque del Infantado, vinieron á ofrecer sus homenajes al rey. El caballero Urquijo, que tan en vano había suplicado á Fernando de no pasar de

Vitoria, tuvo con José una larga conferencia, y tambien la tuvo Cevallos. Las diputaciones del consejo de Castilla y del consejo de la Inquisicion, se presentaron despues; en seguida, vino la del ejército presidida por el duque del Parque. Las fidelidades de las dos últimas cortes se habian reconciliado para formar la fidelidad de la nueva dinastía. El 7 de julio, despues de muchas sesiones, en que se discutió el acta constitucional, la junta extraordinaria, habiéndose reunido el 7 de julio en el lugar de sus asambleas, José, sentado en el trono, pronunció un discurso y mandó leer la constitucion. El rey juró sobre los evangelios fidelidad á la religion y á la constitucion del Estado. Todos los individuos de la junta, los grandes oficiales de la corona y los oficiales de la casa real juraron en seguida. La junta votó acciones de gracias al Emperador y fue admitida á su presencia. El 9, José se puso en camino para sus Estados con una numerosa comitiva. El Emperador le acompañó hasta la primera posta.

El nuevo soberano había llamado al ministerio á los hombres mas distinguidos de la España. Cevallos fue nombrado ministro de re-

laciones extranjeras, Mazarredo de marina, Azanza de Indias, Cabarrus de hacienda, O-Farril de guerra. El duque del Infantado fue nombrado coronel de guardias españolas; de manera que la conversion de los consejeros de Carlos y de Fernando era completa y debia decidirla de la nacion, si ésta no hubiese tenido mas honra y mas orgullo que sus príncipes y sus ministros.

La constitucion señalaba una lista civil para el monarca, rentas para los infantes, y la viudedad de la reina. Establecia un senado encargado de proteger la libertad individual y la de la imprenta, y un consejo de estado para discutir las leyes y los reglamentos y cuidar de la administracion; instituia unas cortes, divididas, no en tres brazos, como antes, sino en tres bancos; el clero tenia veinte y cinco diputados arzobispos ú obispos; la nobleza otros veinte y cinco, calificados *grandes de las cortes*, y el pueblo ciento veinte y dos. Los dos primeros bancos habian de ser nombrados por el rey, y el tercero por las provincias, en razon de un diputado por trescientas mil almas. Las sesiones eran secretas; las atribuciones constitucionales de las cortes eran de-

liberar sobre la hacienda pública, sobre los códigos y las contribuciones. Se les habia de presentar anualmente las cuentas de entradas y salidas de las rentas del Estado. Las cortes podian acusar á los ministros por medio de una representacion presentada al rey por una diputacion. Un código civil uniforme habia de regir á las Españas. La ley consagraba la independencia de la autoridad judicial; el consejo de Castilla habia de ser el tribunal supremo de casacion de toda la monarquía, y un otro tribunal real habia de entender en los delitos personales de los individuos de la familia real, de los ministros, de los senadores y de los consejeros de estado. El sistema de contribuciones habia de ser el mismo para todo el reino; se separaba al tesoro público del de la corona, y un tribunal especial habia de verificar todas las cuentas. El domicilio de todos los individuos se declaraba inviolable durante la noche; ningun ciudadano podia ser arrestado, sin que precediese una órden legal escrita, de la que se le habia de entregar una copia. El tormento quedaba suprimido. Se conservaba á la nobleza; pero todo Español podia pretender los empleos de

toda clase. La libertad de la imprenta se habia de establecer dos años despues de haberse puesto en ejecucion el acta constitucional, cuyo primer artículo declaraba que la religion católica era la sola reconocida en España. Tal es el sumario de la carta española, otorgada por el Emperador; aunque pueda parecer imperfecta, no se puede menos de decir que bastaba para el estado en que se hallaba la España. Cuando Solon ofreció sus leyes á los Atenieses, les dijo: «No os doy las mejores leyes, sino las mejores que podais soportar.» Hace diez y ocho años que esta constitucion se presentó á los Españoles; si entonces la hubieran aceptado; si, resistiendo á las miras interesadas de los agitadores nacionales y extrangeros, que despues los abandonaron tan cobardemente, se hubiesen desde esta época, y fieles al nuevo pacto, mancomunado con la fortuna, el poder, las leyes, las luces y los votos de la Francia, la España hubiera vuelto á tomar entre las naciones el rango en que la colocaron antiguamente su alta prosperidad y el mas hermoso suelo de la Europa; seria la salva-guardia de la Francia, á quien hubiera debido su regeneracion. Perfeccionando

su constitucion con el tiempo, hubiera por fin, como los demas Estados, proclamado la libertad de conciencia que es la primera ley de la civilizacion.

Pero, mientras que, en Madrid y en Bayona, la representacion de la junta suprema, del consejo de Castilla, y de la villa de Madrid, así como todas las superioridades civiles y religiosas daban gracias á Napoleon, y le pedian por rey á su hermano, el 3o de mayo, dia de San Fernando, toda la España daba la señal de unas Vísperas Sicilianas contra el nuevo rey y contra los partidarios del protectorado frances. Este mismo dia habia sido elegido, en el silencio de una inmensa conjuracion, para inaugurar, con la celebracion de los dias del último rey español, la insurreccion en Cadiz, y la junta provincial en Sevilla. En vano la gran junta de estado, reunida en Bayona, se habia proclamado intérprete del voto nacional para poner sobre las sienes de José I^o la corona de España y de las Indias; la junta provincial de Sevilla declaró á la Europa la soberanía de Fernando, y á la Francia la guerra revolucionaria de España. El primer acto de la insurreccion de Cadiz fue apoderarse de la

escuadra francesa, y la muerte del capitán general; en Valencia, una tripulación francesa, que se refugió á esa ciudad para escapar de una fragata inglesa, fue degollada por el pueblo que mató también al capitán general. En Cartagena, en Granada, San Lucar, Jaen, Sevilla, Córdoba, Zaragoza, Badajoz, Valladolid; en Galicia, en el reino de Leon, en Asturias, Extremadura, Navarra, Aragon y Cataluña, en las dos Castillas por fin, el movimiento popular fue unánime, y desgraciadamente, en algunos de estos pueblos, unos ciudadanos muy distinguidos perecieron víctimas del furor del pueblo. Un canónigo de Madrid, llamado Baltasar Calvo, organizó en Valencia una reacción sangrienta, y no faltaron milagros solemnemente publicados, uniéndose las tres pasiones más terribles del corazón humano, la independencia, la religión y la venganza.

La marcha de José sobre Madrid se hizo entre los primeros fuegos de esta nueva guerra de siete años, en que la presencia de Napoleón pudo salamente proporcionar algunos lances gloriosos. José, sin duda, echó de menos el trono pacífico y voluptuoso de la feliz Partenope; y

Murat, que había esperado que el pleito de Bayona se decidiera á su favor, tuvo que llorar amargamente, algunos años después, sobre las resultas de la abdicación de Carlos IV. El mariscal Bessieres abrió la campaña y envió desde luego fuertes destacamentos sobre Logroño, Zaragoza, Segovia, Valladolid y Santander. El 6 de junio, el general Verdier se apoderó de Logroño, y volvió después á Vitoria á aguardar al rey. El 7, el general Frere tomó Segovia á viva fuerza. El mismo día, el general Lasalle marchó desde Burgos sobre Torrequemada donde alcanzó y destruyó á los insurgentes, desarmó á la ciudad de Palencia y á la provincia, y entró en Valladolid, después de un ataque que tuvo que sostener en el puente Cabezon, á dos leguas de aquella ciudad. En la diócesis de Santander, el obispo estaba á la cabeza de la insurrección. El general Merle marchó sobre este punto, dispersó todas las tropas que encontró, y recibió el juramento del nuevo rey en la ciudad de Santander. Lo mismo hicieron Palencia, Segovia y Valladolid. En menos de quince días, las provincias de Alava, Vizcaya y Guipuzcoa, y parte de la Navarra quedaron pacificadas. Durante este

tiempo, el general Lefebvre-Desnouettes estaba sometiendo á la parte meridional de esta última provincia, y, despues de haber batido á los insurgentes en varios encuentros, efectuaba con el general Verdier el bloqueo de Zaragoza á donde se habian refugiado las partidas que no habian podido sostenerse en el país. El general Duhesme peleaba en Cataluña, y el mariscal Moncey en el reino de Valencia; pero no pudo apoderarse de la capital por carecer de artillería de batir. El general Dupont habia salido de Madrid á últimos de abril para la Andalucia; el 7 de mayo, destrozó al enemigo en Alcolea y se presentó delante de Córdoba, donde los insurgentes se habian reunido en número de mil y setecientos, y obligaron al corregidor á cerrar las puertas de la ciudad. Fue preciso abrir una brecha; Cordova cayó y lo mismo sucedió con Jaen.

Entretanto, Bessieres supo que un cuerpo de cuarenta mil hombres estaba andando desde Galicia, para cortar al rey José el camino de Madrid. El mariscal salió al encuentro de los Españoles con doce mil hombres, y se halló en presencia del enemigo sobre las alturas de Rioseco. El cuerpo del enemigo fue derro-

tado y la ciudad tomada á bayoneta calada; cuarenta piezas de cañon, seis mil prisioneros, diez mil muertos, los bagages y las municiones, fueron los trofeos de esta acción verdaderamente memorable. La derrota de los Españoles fue completa; Bessieres los persiguió sobre Benavente, Mayorga y Leon que se sometieron. Este suceso importante aseguró las comunicaciones con Portugal, y fue muy útil al ejército de Junot. Desde el 16 de junio, los Portugueses habian imitado á los Españoles, y habian echado el grito de la insurrección en Oporto. Los Franceses tuvieron que evacuar á las provincias del norte; los Españoles y los Portugueses daban á la Europa el espectáculo hermoso de dos pueblos enemigos uniéndose de repente para defender mancomunadamente sus derechos domésticos y la antigua independenciam de familia, que es la propiedad de todas las naciones. Pero los fusiles ingleses que usaban los Españoles y los Portugueses, los oficiales superiores de Inglaterra que dirigian los movimientos de sus tropas, y los tesoros británicos que pagaban á los súbditos abandonados de las casas de Borbon y de Braganza, daban á conocer tambien á la Eu-

ropa, que Napoleon, en dirigiendo sus ejércitos sobre el Portugal y la España, no habia hecho sino adelantarse á los de la Inglaterra. El regente de Portugal, obedeciendo al embajador Strangford, habia abandonado sus Estados en vez de conservarlos bajo la alianza y la proteccion de Napoleon, con la condicion de adoptar el sistema continental.

El 15 de julio, Napoleon dió la corona de Nápoles á Murat, por un decreto imperial. El duque de Rovigo sucedió al gran duque de Berg en el mando del ejército, y, las puertas de Madrid habiendo quedado abiertas con la victoria de Bessieres, José entró el 20 en la capital silenciosa. La actitud de toda la poblacion de una gran ciudad probó con energía que solo el ejército habia sido vencido por Bessieres, y que, aunque José ocupase el trono, la nacion quedaba dueña del campo de batalla que nos estaba aguardando. En efecto, allí estaba entera. Las tropas de línea de Galicia y de Andalucía habian tomado parte en la insurreccion, y las de Madrid, San Sebastian y Barcelona, desertaban en tropel para alistarse con sus compañeros.

El 21 de julio, Napoleon salió de Bayona;

su presencia en Paris se hacia urgente, por los cuidados de su vasto imperio y por los recelos de la Europa que estaba preparándose á coger la primera ocasion de atacarle. Se dirigió sobre la capital, con lentitud, deteniéndose en las ciudades principales donde dejó señalado su tránsito, con disposiciones administrativas, dando de este modo descanso á su imaginacion de los recuerdos de Bayona.

El 14 de agosto, los cañonazos de la víspera de San Napoleon, anunciaron su llegada á la capital. El mismo dia, la estatua colosal, fundida con el bronce de Austerlitz, salia de los hornos de san Lorenzo, para adornar la columna triunfal de la plaza Vendome. Entretanto, el rey José arrancado de las delicias de Nápoles, y entregado á sí mismo, tenia que conquistar su reino y quedar incesantemente sobre las armas para conservar la corona. Un ejército suele agotarse y la guerra se acaba, pero una nacion no perece delante de una bandera; así es que la derrota de Rioseco no tardó mucho en ser vengada. La primera noticia que el rey José recibió del ejército frances, desde su llegada á Madrid, fue la de la vergonzosa capitulacion de Andujar, pequeña villa

ilustrada quince años despues, por el decreto del Delfin de Francia, cuya ejecucion hubiera podido preservar la España de los males que la agovian.

El general Dupont, teniendo bajo sus órdenes á las divisiones de los generales Vedel y Gobert, habia colocado el uno en Baylen y el otro en la Carolina, ocupando en persona, con la primera division, á Andujar, sobre el Guadalquivir, donde estableció una cabeza de puente, haciendo lo mismo en Menjibar, camino de Jaen á Baylen. El general Dupont se hallaba situado de manera que no podia temer lance ninguno, pues, en caso de ser atacado por un enemigo superior, podia en una jornada ir á tomar una posicion que dejaba, entre los Franceses y los Españoles, los desfiladeros de la Sierra Morena. El 20 de julio, dia de la entrada de José en Madrid, el enemigo, en número de cuarenta mil hombres, presentó la batalla á Dupont que apenas tenia trece mil soldados. El general frances, cuya fuerza era tan inferior, cometió tres faltas capitales; no aseguró sus comunicaciones con Madrid; se halló separado de las divisiones de Gobert y de Vedel que componian las dos terceras par-

tes de su ejército, y en fin empeñó la accion del 19 con pocas fuerzas y en una posicion peligrosa. Si hubiese procurado reunir las tropas, como hubiera debido hacerlo, la victoria era suya; pero, en vez de ilustrarse por un nuevo suceso que hubiera coronado su gloria militar, y acaso hubiera ahogado para siempre la insurreccion española, cuyos gefes deseaban un gobierno justo, moderado y conforme á los principios que los mas de ellos estaban profesando, firmó la capitulacion de Andujar, el 22, al momento en que iba á efectuar su reunion con el general Vedel, de cuyas resultas el ejército enemigo se hubiera hallado entre dos fuegos. El general Vedel, atacado por los insurgentes, se habia apoderado de tres cañones, de dos banderas y de mil y quinientos prisioneros, y se hallaba separado de Dupont solo por el cuerpo que acababa de derrotar. En fin, á pesar de la mala situacion en que le ponía tan inopinadamente la capitulacion, Vedel impuso todavía al enemigo y estaba efectuando su retirada sobre Madrid, cuando, despues de una larga jornada, se le notificó que se hallaba comprendido en el convenio vergonzoso de Andujar, ejemplo inau-

dito durante toda la guerra de España, en que los Franceses han tenido alternativas de felicidad y de desgracia, pero nunca se han visto con el oprobrio de una capitulacion en campo raso!!! Se ha dicho que unos equipages inmensos, vergonzosamente calificados, habian retardado la marcha de Dupont sobre Baylen, y que su capitulacion habia tenido por motivo su conservacion..... Napoleon recibió en Burdeos el 1º de agosto, esta horrorosa noticia. « Unos generales franceses, exclamó, » no han preferido la muerte, antes de firmar » que el ejército devolverá los vasos sagrados » que ha robado! Quisiera borrar esta vergüenza con toda mi sangre. » Su pudor, enteramente frances, no pudo sufrir que la capitulacion de Andujar se imprimiese en ningun diario publico. Sin embargo, si Napoleon lo hubiese permitido, el ejército hubiera defendido la causa del honor frances señalando los verdaderos delincuentes. Se mandó hacer una indagacion que aun está durando.

El acontecimiento de Andujar excitó la mayor indignacion en Francia y exaltó sobre manera á los Españoles; hirió gravemente la causa de Napoleon; inflamó el partido de la

insurreccion, deteniendo á los muchos disidentes que se estaban preparando á reunirse al rededor del trono de José. Este golpe moral conmovió de repente á la Europa y á todos los gabinetes, y despertó, á ochocientas leguas de distancia, á los quince mil soldados de la Romana; la conjuracion española tuvo un acampamento sobre las orillas del mar Báltico en medio del ejército de Bernadotte. La Romana concibió el proyecto generoso de acudir con sus tropas al socorro de su patria, engañando á Bernadotte, y logró embarcarse, el 10 de agosto, á bordo de unos navíos ingleses, con la mayor parte de sus tropas. Los resultados de la batalla de Baylen fueron inmensos; Castaños que impuso la capitulacion á Dupont, estaba muy ageno de apreciar el servicio inmenso que acababa de hacer á la causa de la independenciam. Estaba estipulado en la capitulacion que las tropas bajo las órdenes de Dupont, declaradas prisioneras de guerra, se embarcarian en San Lucar ó en Rota sobre unos navíos españoles que las conducirian á Rochefort y, desgraciadamente tambien, estipulaba que los generales conservarian cada uno un coche y un furgon sin sujetarles á ser

registrados. Pero la junta suprema de Sevilla se atrevió á violar el derecho de gentes en nombre del derecho de las naciones; desaprobo el convenio firmado por Castaños, y, dando ella misma á los Españoles la horrenda señal del desprecio de los tratados, decretó que el ejército de Dupont, que constaba de trece mil hombres entre oficiales y soldados, en vez de ser conducido á Rochefort, quedaria encerrado en los pontones de Cadiz, calabozos pestilentos inventados por la filántropica Inglaterra, para hacer envidiar al cautivo valeroso los baños de la esclavitud y las mazmorras del crimen. El decreto de la junta enardeció á los insurgentes y el grito de guerra fue en adelante, EXTERMINIO. El fanatismo sanguiinario de 1793 se apoderó de los ejércitos y de los habitantes de la Península. La capitulación de Baylen habia disipado el prestigio que importaba tanto conservar de la invencibilidad francesa; una vez que se halló desconocido por la junta, el trono de José vino á ser una mera posicion militar, constantemente sitiada, y ganada por fin, por una guerra que habia de ser una pelea de muerte.

Ocho dias despues de su entrada en Madrid,

José tuvo que refugiarse á Vitoria, donde el ejército frances vino á acantonarse en los primeros momentos de la insurreccion general. El general Duhesme tuvo tambien por conveniente concentrar todas sus fuerzas dentro de Barcelona, de manera que la soberanía de José se halló circunscripta en unos acampamentos atrincherados. El 31 de julio, el ejército ingles, bajo las órdenes de sir Arthur Wellesley, que fue despues lord Wellington, desembarcó en Leyria á treinta leguas de Lisboa, se juntó con el ejército portugues, y, hallándose á la cabeza de veinte y seis mil hombres de ambas naciones, marchó sobre Vimeiro, donde el intrépido Junot, con diez mil hombres escasos, aceptó la batalla el 22 de agosto. Junot fue batido y se replegó sobre Lisboa, despues de cinco horas de combate. Las pérdidas de los dos ejércitos fueron iguales no obstante la diferencia de número. Junot, á pesar de su valor y de los esfuerzos inauditos que hizo en esta circunstancia, no pudo obligar á los Ingleses á volverse á embarcar ni á abandonar su posicion, pero se cubrió de gloria y su actitud fue tan imponente, despues de su desgracia, que logró firmar un armisticio. El 30 de agosto,

Junot, cuyas fuerzas esparcidas sobre varios puntos de Portugal no llegaban á veinte mil hombres, firmó con el general ingles, que tenia treinta mil combatientes reunidos y además toda la insurreccion portuguesa á su favor, la honrosa capitulacion de Cintra. En virtud de este tratado, nuestro ejército evacuó el Portugal y fue conducido á Francia con toda su artillería, sus cajones y sus bagages, á bordo de unos navíos ingleses. El ejército no se rindió prisionero, y al llegar al suelo patrio estuvo libre de volver á entrar en línea de batalla. Esta capitulacion no borraba la de Baylen; la afeaba mas todavía. Tampoco se encontró en Portugal una junta que deshiciese los pactos de la guerra; el convenio de Cintra se cumplió con toda religiosidad; el general frances tuvo en la negociacion la misma actitud que en el campo de batalla, mereciendo en ambas situaciones la estimacion y el respeto de su contrario. Junot y nuestros soldados salieron de Portugal lo mismo que si hubieran quedado victoriosos, pero los Ingleses ocuparon el pais, y la España, en donde el ejército de José poseía solamente Barcelona, la Navarra, Vizcaya, Alava y Guipuzcoa, celebró los

sucesos de estos nuevos huéspedes armados, á quienes juraba de exterminar tres meses antes, bajo las águilas de Napoleon. Jamás vicisitud mas contraria quebró en menos tiempo el destino de dos naciones; desde aquel dia, la estrella de Napoleon fue menos brillante; un fusil español cruzado con un fusil ingles, vino á ser el contrapeso de tanta fortuna.

CAPITULO III.

REVOLUCION EN CONSTANTINOPLA.—CONVENIO DE PARIS ENTRE LA FRANCIA Y LA PRUSIA.—ENTREVISTA DE ERFURTH.—ENTRADA DE LOS INGLESES EN ESPANA.—NAPOLEON EN MADRID.—SEGUNDA EXPEDICION DE PORTUGAL.—NAPOLEON VUELVE A PARIS.

El 29 de mayo de 1807, Selim III, sentado desde diez y siete años sobre el trono otomano, habia sido depuesto de repente por los Genizaros y relegado en el interior del Serrallo. Su sobrino Mustafá IV fue proclamado emperador por esta milicia entonces indómita. Pero su visir Barayctar, con quien habia concebido el proyecto audaz de libertar á los Sultanes de la antigua tiranía de estos esclavos siempre amenazadores, conservaba para con su amo desgraciado una fidelidad digna de los caracteres mas hermosos, y habia formado en su gobierno de Rudshuck el plan atrevido de devolver el cetro á Selim. Barayctar mandaba las fuerzas otomanas sobre el Danubio. En los primeros dias de julio de 1808, vino con parte

de su ejército á Andrinopla. Allí obligó al gran visir á seguirle hasta Constantinopla. En llegando á las puertas de la capital, Barayctar publicó que solo habia venido para presentar sus homenajes á Mustafá que le acogió con mucha distincion. De allí á poco, el comandante de las fortalezas del Bósforo, y principal autor de la caida de Selim, murió á manos de unos desconocidos; el aga de los Genizaros y el mufti que tenian al nuevo soberano bajo su yugo, fueron depuestos, así como todo los ulemas del partido del mufti. Mustafá, agradecido á los servicios de Barayctar, le dió toda su confianza y éste se valió de ella para ejecutar su proyecto. El 28 de julio, entró en Constantinopla á la cabeza de ocho mil hombres, juntó al mufti, á los ulemas y á los ministros, é intimó la abdicacion á Mustafá, pidiéndole que soltase á Selim; pero Mustafá resistiéndose á la intimacion, Barayctar marchó con las tropas sobre el Serrallo que estaba cerrado; luego se abrió, y Selim fue entregado degollado á su generoso defensor. Barayctar regó con sus lagrimas el cuerpo de su amo de cuya muerte habia sido causa, depuso á Mustafá, proclamó á Mahmoud, primo de Selim,

desterró al gran visir, mandó degollar á los partidarios de Mustafá, confirmó á los ministros en sus destinos y reinó en medio de Constantinopla, por la fuerza que le daba su carácter sobre el pueblo y sobre el ejército. Un mes despues, habiendo sido nombrado gran visir, quiso seguir la reforma de los Genízaros, reemplazándolos con el cuerpo de los Seymens, y Barayctar dirigió las riendas del gobierno con una habilidad y una firmeza desconocida hasta entonces en el imperio de los Sultanes. Con todo, no habia podido destruir todavía los cuerpos numerosos de Genízaros reunidos en Constantinopla ó acampados á las puertas de la capital, que, irritados con la disciplina severa que se les imponia, y con la preferencia de que gozaban los Seymens, armaron con sus compañeros, que estaban dentro de la ciudad, una conspiracion sorda que estalló de repente el 14 de septiembre, empezando con un degüello casi total de los Seymens y escalando luego las murallas del Serallo. El gran visir, desde luego, se vió perdido; pero no quiso caer vivo entre las manos de sus enemigos triunfantes; mandó matar á Mustafá y, pegando fuego á un acopio de pólvora

que tenia oculto en su palacio, saltó en medio de las ruinas. Este episodio del año de 1808 ofreció entonces poco interes, porque, en aquella época, la Europa no tenia como en el dia los ojos puestos sobre la Turquía; pero la catástrofe de Selim y de su ministro, superiores entrambos por su carácter y su capacidad á su nacion, dá en que pensar hoy, cuando vemos á Constantinopla en la misma situacion que antes de la muerte de Selim y de Barayctar, con la proscripcion reciente de los Genízaros.

Napoleon, en su carta del 14 de abril al príncipe de Asturias, le decia que los negocios del Norte habian atrasado su viage. En efecto, estos negocios, los de la Prusia y aun los de Paris, le llamaban á la capital donde, desde poco tiempo, se habia formado el comité de traycion que, seis años despues, acabó con la ruina del grande hombre. Los dos Emperadores, al separarse en Tilsitt, se habian prometido uno á otro avistarse antes que acabase el año siguiente. Esta entrevista habia adquirido mucha importancia con los acontecimientos de España y con la llegada de un ejército ingles á la Península, en que la misma

Rusia se hallaba interesada, el almirante ruso Siniavin habiéndose visto obligado á entregar al almirante ingles Cotton la escuadra de su mando en el Tajo, en clase de depósito, hasta que se hiciese la paz entre los dos Estados; pero la política exigia sobre todo que Napoleón y Alejandro se pusiesen de acuerdo sobre la situación de Alemania. La suerte de la Prusia habia sido fijada en Tilsitt; solo quedaban algunos puntos que arreglar, y lo fueron por un tratado firmado por el príncipe Guillermo y M. de Champagny. Se estipuló la reduccion del ejército prusiano á cuarenta mil hombres por diez años; las plazas de Glogau, Stetin y Kustrin habian de ser ocupadas cada una por una guarnicion de diez mil Franceses pagados por la Prusia, hasta el pago definitivo de las contribuciones de guerra, cuyos atrasos arreglados entre las partes ascendian á 140 millones de francos; se convino, ademas, que siete caminos militares atravesarian la Prusia. Todo estaba pues decidido respecto á esta potencia, enteramente puesta bajo el dominio feudal de la Francia conforme al tratado de 1807. Pero desde la paz de Tilsitt, se habia notado en el Austria la institucion de varias

comisiones presididas por el archiduque Juan y relativas á la creacion de varias reservas nacionales, al establecimiento de un sistema de defensa central y fronterizo, en fin á la organizacion de medios, hasta entonces inusitados, y puestos en accion por los viages de los Archidukes en todas las provincias del imperio. Algunos de estos medios consistian en planes de invasion por los ejércitos, de insurreccion por emisarios, de defensa por cuerpos de guerrillas, y de devastacion en las retiradas. En el mes de junio de 1808, el Austria salió repentinamente de su rutina militar, adoptando la conscripcion y la guardia nacional. Se habia vuelto á organizar la Landwehr, y mandado levantar la Landsturm que comprende toda la poblacion. Se sabia que el ejército de línea austriaco constaria de cuatrocientos mil hombres, y que sesenta mil hombres formarían la reserva. La dieta de Hungria suministraba, para 1807, doce mil hombres de recluta y ochenta mil para 1808, con una insurreccion permanente de ochenta mil hombres; en fin todo presentaba en el Austria el aspecto de una guerra inminente, á pesar del estado de amistad en que estaba con la Francia. Na-

napoleon no ignoraba que, desde el principio del año, el Austria y la Inglaterra habian tenido relaciones y que esta última potencia, luego que supo los acontecimientos de Bayona, ofreció sus escuadras al archiduque Carlos, con el fin de hacer valer sus pretensiones al trono de España como heredero de los derechos de Carlos VI competidor de Felipe V, al paso que declaraba á la junta insurreccional que no reconocia otro rey que Fernando ó cualquiera otro príncipe elegido por la nacion española. Napoleon sabia igualmente, que el Austria se habia comprometido á suministrar cien mil fusiles á los Españoles, y que los oficiales de una fragata enviada á Trieste por los insurgentes, habian sido acogidos con distincion, mientras que se habia insultado á unos oficiales franceses é italianos, y al cónsul de Francia, circunstancia que recordaba lo que sucedió á Bernadotte en Viena, en tiempo del Directorio. Sabia ademas que el Austria habia recibido ya algunos subsidios de la Inglaterra. Por tanto, desde el mes de julio, pidió al gobierno austriaco explicaciones positivas, tanto sobre sus preparativos militares, como sobre sus nuevas relaciones políti-

cas; y al mismo tiempo, avisó á los príncipes de la confederacion, *para que preparasen sus contingentes, con el fin de evitar una guerra sin motivos, haciendo ver al Austria que se habian tomado las medidas para sostenerla.* Segun su costumbre, el gabinete de Viena se confundió en declaraciones de amistad, y dió varios pretextos á sus armamentos que no podia negar.

Napoleon, que regularmente no dejaba pasar la ocasion de decir todo su pensamiento á amigos y á enemigos, interpeló al dia siguiente de su vuelta á San Cloud, el dia 15 de agosto, dia de su fiesta, en presencia del cuerpo diplomático, á M. de Metternich embajador de Austria; le hizo presentetodo cuanto le debian su amo y el rey de Prusia, despues de la destruccion de sus ejércitos en Austerlitz y Jena, y añadió estas palabras de las que el embajador se acordó en 1815, siendo primer ministro: « ¿Creeis que el vencedor de un ejército frances, dueño de Paris, se hubiese portado con esta moderacion? » Estas palabras tomaron un carácter profético en todas las cortes donde fueron sabidas. Sin embargo, Napoleon, aunque penetrado de esta creencia, se olvidó en

Viena, el 14 de octubre del año siguiente, de los avisos que daba al Austria, con el objeto de evitarla una nueva lucha. En 1814, al momento de la abdicación en Fontainebleau, pudo acordarse de aquella escena.

Sin embargo, el acrecentamiento súbito é inmoderado del estado militar del Austria daba motivo á Napoleon de temer una nueva guerra de invasión. El gabinete de Viena estaba dirigido por el conde de Stadion enemigo implacable del Emperador y de la Francia y á quien se podía llamar el Pitt del gobierno austriaco, por la semejanza que existía entre ese ministro y el hijo de Chatam, en los medios de venganza y por el desprecio de los derechos los mas sagrados. Napoleon, atendiendo á la gravedad de las circunstancias, y en vista de los informes de los ministros de la guerra y de Estado, dirigió al senado un mensaje que contenía los siguientes párrafos. «..... Estoy decidido á dar la mayor actividad á los negocios de España y á acabar con los ejércitos que la Inglaterra enviará á la Península.....
» Mi alianza con el emperador de Rusia no deja á la Inglaterra esperanza ninguna de cumplir con sus proyectos..... Confío en que

» la paz del Continente será duradera, pero
» no quiero ni debo depender de falsos cálculos y de los errores de las demás cortes, y,
» supuesto que mis vecinos están aumentando sus ejércitos, debo aumentar los míos... » No se podía designar con mas claridad al Austria y avisarla de un modo mas positivo, sobre todo, después de lo que el Emperador había dicho al embajador de aquella potencia, el 15 de agosto. Napoleon declaraba á la faz de la Europa que necesitaba refuerzos para repeler la agresión que le amenazaba bajo el velo del tratado de Presbourg. El senado votó ciento y sesenta mil hombres, en la sesión del 14. La Francia tenía entonces doce ejércitos; el de Polonia, el de Prusia, el de Silesia, el de Dinamarca, el de Dalmacia, el de Albania, el de Italia, el de Nápoles, el de España, y además los ejércitos de reserva de Boloña, del Rin y del interior. El Emperador quería completar su ejército de Alemania, aumentar el de España hasta doscientos mil hombres, y se proponía ir á mandar en persona este último á su vuelta de Erfurth, porque le tocaba combatir la Inglaterra sobre el continente, de donde la había echado. El 11 de septiembre, pasó revista

á la vanguardia del ejército grande que habia llegado á Paris dirigiéndose á España y habló así:

« SOLDADOS !

» Despues de haber triunfado sobre las orillas del Danubio y del Vístula, habeis atravesado la Alemania á marchas forzadas; ahora os hago atravesar la Francia sin daros un dia de descanso. Soldados, necesito de vosotros! La presencia odiosa del Leopardo nos está insultando sobre los continentes de España y de Portugal. Vuestro aspecto le hará huir espantado; llevemos nuestras águilas triunfantes hasta las columnas de Hércules; *allí tenemos ultrajes que vengar*. Soldados! habeis sobrepujado la fama de los ejércitos romanos, que en una misma campaña triunfaron sobre el Rhin y sobre el Eufrates; en Iliria y sobre el Tajo..... »

El Emperador nunca habia hablado mejor á sus valientes de Italia. El 22 de septiembre, salió de San Cloud para Erfurth. Pero antes de salir, mandó al cuerpo municipal de Paris tributar los mas brillantes honores á las diferentes divisiones del ejército grande que se diri-

gian á España; la ciudad les ofreció coronas de oro para añadirlas á sus águilas; y unos banquetes, presididos por el prefecto y por los *maires* de la capital, fueron ofrecidos á cada uno de estos cuerpos, en los jardines del Tívoli.

Napoleón entró el 27 en Erfurth, y salió al encuentro del emperador Alejandro que habia llegado á Weymar, dos dias antes. Napoleon en Erfurth, se hallaba como en sus propios Estados, á la cabeza de los príncipes de la confederacion del Rhin y á la raya del reino feudatario de Federico Guillermo; era á la vez emperador de los Alemanes y de los Franceses. De todos los puntos de la Alemania acudian sus grandes vasallos coronados, á disfrutar la hospitalidad imperial y espléndida del nuevo Carlo-Magno. Dos soberanos solos no fueron llamados; el rey de Prusia que apenas estaba amnistiado desde la batalla de Jena, y el emperador de Austria reestablecido ya de la paz de Presbourg; pero este príncipe, irritado porque se habia negado á su embajador el permiso para seguir á Napoleon á Erfurth, no se contentó con enviar, como la Inglaterra, á unos observadores sin carácter, espectadores

recelosos de la union solemne de Napoleon y de Alejandro, y de esta representacion de la Europa y acaso del mundo dividido en dos partes, la una apoyada sobre Gibraltar, y la otra sobre las Dardanelas; envió al baron de Vincent con una carta para Napoleon, cuyo contenido era el siguiente:

« SENOR Y HERMANO MIO,

» Mi embajador en Paris me avisa, que
 » V. M. I. sale para Erfurth, para avistarse
 » con el emperador Alejandro. Aprovecho
 » esta ocasion en que V. M. I. se acerca á mis
 » fronteras, para renovarle el testimonio de
 » mi amistad y de la alta estimacion que le
 » profeso, y envió á mi teniente general el
 » baron de Vincent para asegurarle de mis
 » sentimientos invariables. Me lisongo que
 » V. M. no ha cesado nunca de estar conven-
 » cido de ella, y que si ha podido tener un
 » momento algunas dudas sobre las institucio-
 » nes orgánicas interiores que acabo de esta-
 » blecer, se habrán disipado con las aclaraciones que el conde de Metternich ha dado
 » á sus ministros. El baron de Vincent se halla
 » con las instrucciones suficientes para con-

» firmarlo á V. M. I. y añadir cuantas explicaciones pueda desear.....»

El baron de Vincent llegó á Erfurth algunos dias antes que el emperador Napoleon; el emperador Francisco, en esta circunstancia, disimulaba su desagrado de no haber sido llamado á la conferencia de Erfurth: y la actitud hostil que habia tomado desde el viage de Bayona, fue la causa de esta exclusion del Austria que vió con sentimiento que la suerte de Europa iba á arreglarse sin su participacion. De esta injuria que fue uno de los motivos de la guerra que estalló algunos meses despues, resultó un contrato bien inesperado del mismo Napoleon, un lazo de familia ó por mejor decir una asechanza que le presentó la fortuna, dos años despues de la invasion del Portugal y del tratado de Bayona, bajo los laureles de Wagram.

Los actores del teatro Frances de Paris vinieron á Erfurth; los dos Emperadores, los soberanos de Alemania, sus ministros y sus cortesanos concurren diariamente á unas representaciones solemnes. En una de ellas, la tragedia de OEdipo dió lugar á una escena memorable. Al momento en que Filoctetes

hablando de Hércules, pronunció el verso siguiente:

L'amitié d'un grand homme est un bienfait des dieux,*

« Lo experimentamos todos los días, » dijo Alejandro, apretando fuertemente la mano de Napoleón. Estas palabras oídas por todos los concurrentes resonaron en toda la Europa. Dos días después, se representó *la Muerte de César*, lo que sorprendió mucho á todos los espectadores; Napoleón no sospechaba todavía que se hallaba rodeado de Brutos coronados.

El 6 de octubre, los dos Emperadores, los reyes de Baviera, de Sajonia y de Wurtemberg y todos los príncipes de la confederación, fueron á Weymar que distaba cinco leguas; el duque había preparado una fiesta magnífica; hubo una partida de caza de ciervos, un banquete, y por la noche se repitió sobre el teatro de la corte *la Muerte de César*. La función se acabó con un baile brillantísimo. El día siguiente, Napoleón recibió otra fiesta, de la que él solo fue el héroe; visitó el campo de batalla de

* La amistad de un grande hombre es un favor de los dioses.

Jena, donde halló un templo dedicado á la victoria, construido en el centro de la altura donde había bivaqueado dos años antes. En el mismo terreno, en que el gran duque de Sajonia-Weymar hacia los honores, este príncipe había sido derrotado á la cabeza de una división prusiana. Allí mismo el rey de Prusia, aliado de Alejandro, había perdido su corona y el rey de Sajonia había ganado la suya. Los recuerdos que el suelo de Jena traían á la memoria de Napoleón, en medio de los ilustres testigos que le rodeaban, eran honrosos para él solo, y no se podía llevar mas lejos que lo hizo entonces la familia de Sajonia, la adhesión del servilísimo. Los dos literatos mas celebres de Alemania, Goethe y Wieland, fueron presentados á Napoleón en Weymar. Un decreto expedido en Erfurth el 12 de octubre, les confirió la legion de honor y tambien al médico y al *burgmestre* de Jena. La orden del mérito frances se volvia insensiblemente orden del mérito europeo; este modo de conquista era nuevo y no podia pertenecer sino al fundador; Goethe y Wieland eran los dos mas hermosos ingenios de la Alemania. Con todo, Napoleón, en el viage de Erfurth, tenia otras

miras que las de recibir vanas expresiones de respeto. Su fin constante y único era la paz general; para lograrla, habia emprendido la guerra de la Península, no con el fin de añadir los reinos de España y de Portugal á su imperio, sino para tener una compensacion pronta, cuando llegase el caso de tratar con la Inglaterra, y se proponia devolver estos Estados á sus dueños naturales, el dia en que firmaria el tratado de la paz universal del mundo. Los dos Emperadores animados de un mismo deseo, escribieron al rey de Inglaterra, instándole para que oyese la voz de la humanidad y ofreciéndole todos los medios posibles de conciliacion. El ministro británico contestó, el 28, que no podia entrar en negociacion como no se admitiese á los representantes del actual gobierno español, y de los reyes de Portugal, de Sicilia y de Suecia. Otras dos cartas escritas el mismo dia por Napoleon, confirmaban sus intenciones pacíficas; la primera, dirigida á los príncipes de la confederacion del Rhin, les avisaba de que podian acuartelar sus tropas, supuestas las declaraciones amistosas del emperador Francisco, y la segunda escrita á este príncipe, indicaba lo mismo.

• Erfurth 14 de octubre de 1808.

» SEÑOR Y HERMANO MIO !

» Doy gracias á V. M. I. y R. por la carta
 » que ha tenido á bien escribirme y que me
 » ha entregado el baron de Vincent. Nunca
 » he dudado de la rectitud de V. M., pero he
 » temido un momento que las hostilidades se
 » renovasen, porque hay en Viena una fac-
 » cion que aparenta tener miedo, con el fin
 » de precipitar á vuestro gabinete y hacerle
 » tomar medidas violentas que serian el origen
 » de desgracias mayores que las que se han
 » efectuado. Me he visto dueño de desmem-
 » brar la monarquía de V. M., ó á lo menos
 » de dejarle menos poderoso y no lo he que-
 » rido. El estado en que se halla en el dia es
 » conforme á mis deseos, y estoy pronto á
 » salir garante de su integridad. Pero V. M.
 » no debe volver á discutir lo que está resuelto
 » por quince años de guerra, evitando toda
 » proclama ó declaracion que pueda alte-
 » rar la buena armonía. Las últimas medidas
 » hubieran tenido infaliblemente este funesto
 » resultado, si hubiese recelado de que estos

» preparativos estaban combinados con la Ru-
 » sia. Acabo de despedir las tropas de la con-
 » federacion, y cien mil hombres de mis tro-
 » pas han tomado el camino de Boloña para
 » emprender de nuevo mis proyectos contra
 » la Inglaterra. V. M. debe abstenerse de todo
 » armamento que pueda inquietarme, hacién-
 » dome suponer una diversion á favor de la
 » Inglaterra. Cuando tuve la dicha de ver á
 » V. M., y despues de firmado el tratado de
 » Presbourg, me lisonjeé que todo quedaba
 » arreglado entre V. M. y la Francia para
 » siempre, y que me seria lícito ocuparme
 » en la guerra marítima sin distraccion nin-
 » guna. V. M. hará muy bien en desconfiar
 » de los que, hablándole siempre de los peli-
 » gros de su monarquía, alteran su felicidad y
 » la de su familia y de sus pueblos; éstos solos
 » son peligrosos y pueden atraer las desgra-
 » cias que aparentan temer. Con una con-
 » ducta recta y franca, V. M. hará felices á
 » sus súbditos y á sí mismo, y podrá vivir se-
 » guro de que hallará en mí un hombre de-
 » cidido á no emprender nunca nada en con-
 » tra de sus intereses; la mejor política hoy
 » dia es la sencillez y la verdad. Si V. M.

» tiene recelos, hagámelos conocer y los disi-
 » paré al instante; añadiré una sola palabra;
 » V. M. debe conducirse por sus propias lu-
 » ces y por su propia opinion mucho mas
 » recta que la de sus consejos. Ruego á V. M.
 » que lea mi carta en un buen sentido y per-
 » suádase que no contiene nada que no se
 » dirija al bien y á la tranquilidad de la Eu-
 » ropa y de V. M. »

Pero el Austria habia tomado ya su parti-
 do; siguió en sus organizaciones militares, y
 con el pretexto de no haber sido admitida á
 las conferencias de Erfurth, se negó á reco-
 nocer al rey José, como lo habian hecho el
 emperador de Rusia y los príncipes de Ale-
 mania, y á pesar de la promesa hecha en Paris
 por M. de Metternich antes del viage de Erfurth,
 en consideracion á la evacuacion de la Silesia
 que se habia efectuado inmediatamente.

El 14 de octubre, Alejandro y Napoleon se
 separaron para no volverse á ver jamás. To-
 maron el mismo dia el camino de sus Estados;
 lo mismo hicieron los demas soberanos. El 19,
 el emperador Napoleon estaba en San Cloud
 donde le acompañó el conde de Romanzoff
 embajador de Rusia.

Las conferencias de Erfurth dejaron algunas cuestiones indecisas y algunos intereses por arreglar, que eran peculiares de los dos Emperadores. Entre otros puntos, la suerte del imperio Otomano, la de la Grecia y todo lo que quedaba por coordinar para poner en planta el nuevo sistema continental preparado á la Europa por Alejandro y Napoleon. Las notas del conde de Romanzoff, relativas á estas importantes materias, desaparecieron de los archivos franceses en 1814.

La abertura del cuerpo legislativo estaba señalada para el 15 de octubre. El Emperador pronunció un discurso en que se notaron los siguientes párrafos:

« He andado este año mas de mil leguas
 » en el interior de mi imperio.... Al ver esta
 » gran familia francesa, dividida poco ha
 » por las opiniones y por el ódio, tan prós-
 » pera, tan quieta y tan unida en el dia, mi
 » alma se ha conmovido. He sentido que mi
 » felicidad consistia enteramente en ver á la
 » Francia feliz..... Una parte de mis ejércitos
 » está marchando contra los que la Inglaterra
 » ha formado ó desembarcado en España.
 » Miro como un beneficio particular de la Pro-

» videncia que ha protegido constantemente
 » nuestras armas, que las pasiones hayan
 » cegado al gobierno inglés, hasta el punto de
 » renunciar á la posesion de los mares y de
 » presentarse por fin con las armas en la mano
 » en el continente. Salgo dentro de pocos dias
 » para ponerme á la cabeza de mi ejército y,
 » con el auxilio de Dios, coronar dentro de
 » Madrid al rey de España y plantar nues-
 » tras águilas sobre las torres de Lisboa.....
 » En las conferencias que he tenido en Erfurth
 » con el emperador de Rusia, nuestro primer
 » pensamiento ha sido la paz, y hemos resuelto
 » hacer algunos sacrificios para proporcionarla
 » cuanto antes á los cien millones de hombres
 » á quienes representamos. » Estas últimas
 » palabras penetraron en todos los gabinetes
 » de Europa, mas ó menos fielmente referi-
 » das. Pero no se olvidó que, en Erfurth, Na-
 » poleon habiendo regalado su propia espada á
 » Alejandro, éste le habia dicho: « La admito
 » como prueba de vuestra amistad y V. M.
 » puede quedar seguro que nunca la desen-
 » vayaré contra su persona. »

A la sombra de los laureles y del trono de Napoleon, una conspiracion sorda se aplicó

desde entonces, en envenenar sus palabras y sus proyectos y en esparcir sobre las operaciones de su gobierno y sobre sus mismas victorias un descrédito y una desconfianza hostil. Esta conspiración, en que entraron varios extranjeros, estaba en sus principios al momento de los acontecimientos de Bayona, Napoleon tuvo allí el primer aviso de la existencia de este enemigo doméstico que estaba vigilando sobre las adversidades del Emperador como lo había hecho sobre las prosperidades del consulado y del imperio. Sus armas ocultas eran esparcir en el público profecías siniestras, poner en duda las ventajas, aumentar las desgracias y siguió constantemente en su plan, hasta que, viéndole caído, tomó altamente la actitud del triunfo y descubrió de repente, aunque cubierto todavía con la librea imperial, su larga y taciturna conjuración.

El 27 de octubre, los diputados de los nuevos departamentos de Italia fueron admitidos á la presencia del Emperador que contestó al discurso que le dirigieron:

«..... He sido testigo de los vicios de vuestra antigua administración. Los eclesiásticos deben ceñirse al gobierno de los negocios

» del culto. La teología que estudian en la
 » infancia, les enseña reglas seguras para el
 » gobierno espiritual, pero no les da aptitud
 » ninguna para el gobierno de los ejércitos y
 » para la administración. La decadencia de la
 » Italia empezó cuando el clero quiso gobernar la hacienda, la policía y el ejército.
 » Después de una gran revolución, he vuelto
 » á levantar los altares en Francia y en Italia..... No tengo sino motivos de alabar la
 » conducta de mi clero de Francia y de Italia,
 » porque sabe que los tronos dimanan de
 » Dios y que el mayor delito á sus ojos consiste en alterar el respeto y el amor debidos
 » al soberano..... Sabré reprimir á los que intentarian valerse del influjo espiritual para
 » turbar mis pueblos y predicar el desorden y
 » la rebelión..... »

Estas palabras eran dignas de un Emperador cristianísimo de los Franceses. Jamás, bajo ningún reinado, el clero de Francia se ha visto en una posición más conforme á su institución, y más digna de la veneración de los pueblos. No se contempló como orden ó poder en el Estado; supo ser ciudadano, auxiliando al príncipe y á los súbditos y en los

dias de la desgracia, lejos de tomar parte en los triunfos de los enemigos de la Francia y de Napoleon, se vió confundido de repente con otro clero frances, que, en vez de interponerse entre el vencedor y la patria desconsolada, no profirió sino palabras amenazadoras.

El 29 de octubre, Napoleon salió para Bayona, donde llegó el 3 de noviembre; el 4 entró en España, y con él entró la victoria; llegó el 7 á Vitoria, donde le estaba aguardando el rey José, y se puso inmediatamente en camino para Madrid, cuya carrera estaba por conquistar; el ejército de Extremadura, fuerte de ochenta mil hombres, ocupaba la ciudad de Burgos. Napoleon dió al mariscal Bessieres el mando de toda la caballería, y puso al mariscal Soult á la cabeza del segundo cuerpo. Este se puso en movimiento el 10 y halló al enemigo formado en Gamonal con treinta cañones. La division del general Mouton se abalanzó á paso de carga, sostenida por la artillería, y el duque de Istria, habiendo envuelto al enemigo, le derrotó completamente. Los Españoles perdieron tres mil muertos, tres mil prisioneros, dos banderas y veinte y

cinco cañones; los Franceses entraron en Burgos entremezclados con los Españoles que huían por todas partes y se apoderaron del castillo que hallaron bien abastecido. El Emperador entró con su guardia y mandó llevar á Bayona las lanas que se encontraron en Burgos; su valor se reguló en treinta millones de francos.

El duque de Belluno persiguió al ejército de Galicia, batido ya en Bilbao, por el camino de Espinosa, el duque de Dantzick por el de Villarcayo, y el duque de Dalmacia le dió la vuelta por el de Reynosa. El general Lasalle se dirigió hácia Lerma, y el general Milhaud hácia Palencia; Valladolid cayó en nuestro poder. Los Ingleses habian desembarcado en la Coruña teniendo ya una de sus divisiones de Portugal en Badajoz, y nuestro ejército estaba anhelando por medir sus fuerzas con ellos. Entretanto, el ejército de Galicia, batido otra vez en los combates de Durango, de Güemez y de Balmaseda, fue enteramente destruido el 12 por el duque de Belluno en la batalla de Espinosa, con pérdida de veinte mil hombres, diez generales y cincuenta cañones, mientras que el duque de Dalmacia, que ha-

bia llegado hasta Reynosa, acabó con este ejército, apoderándose de sus parques, de sus bagages y de sus almacenes. El 16, el duque de Istria llegó á Aranda, y dirigió partidas de caballería por un lado hácia Leon y por el otro hácia Madrid. El mismo dia el duque de Dalmacia llegó á Santander donde se apoderó de nueve mil fusiles ingleses, y de varios comboyes cargados de artillería, de armas y de municiones inglesas. El general Gouvion Saint-Cyr, con el séptimo cuerpo, estaba sitiando á la fuerte plaza de Rosas cercada por los generales Reille y Pino. Los Italianos se apoderaron á viva fuerza de las alturas de San Pedro, con aquel ímpetu que los distinguia en el siglo décimo-quinto. El general Fontanase apoderó de Selva, echando á los Ingleses, á quienes cogió veinte y cuatro cañones; el general Mazzuchelli habia rechazado con mucho valor dos salidas de los sitiados.

Los ejércitos de Galicia y de Extremadura, mandados por Blake y La Romana, desaparecieron en las batallas de Espinosa y Burgos; pero quedaba que alcanzar al grande ejército de Andalucía, Valencia, Castilla la Nueva y Aragon, bajo las órdenes de Castaños y Pa-

lafox, que, en número de ochenta mil hombres, ocupaban á Calahorra y á Tudela. El 22, el Emperador trasladó su cuartel general desde Burgos á Lerma, y el 23 á Aranda. El duque de Elchingen entró en Soria (la antigua Numancia) y en Medinaceli. Los duques de Montebello y de Conegliano se juntaron en Lodoso; el duque de Belluno estaba en la venta de Gomez, pero las avenidas de Madrid por la parte del norte estaban interceptadas. El duque de Montebello estaba marchando, desde el 19, con treinta mil hombres para presentar la batalla al ejército grande español y le encontró el 23 mas acá de Tudela, en número de cuarenta y cinco mil hombres, mandado por el general Castaños; tenia una artillería de cuarenta piezas. Los Españoles no pudieron resistir el ataque impetuoso dirigido por el general Maurice Mathieu que, habiendo desbaratado el centro, dió lugar á que el general Lefebvre con su caballería envolviese la derecha. El general Lagrange arrolló la línea de Castaños y decidió la victoria. Los Españoles echaron á correr por todas partes, habiendo perdido cuatro mil muertos, tres mil prisioneros, trescientos oficiales, siete banderas, treinta

cañones y una inmensidad de provisiones de toda clase que tuvieron que abandonar en Tudela; el duque de Conegliano marchó sobre Zaragoza, y el duque de Elchingen sobre Agreda, donde halló muchos almacenes. De manera que el centro del ejército español había sido batido en Burgos, la derecha en Espinosa y la izquierda en Tudela. El 29, el Emperador puso su cuartel general en Boceguillas. El 30, el duque de Belluno llegó al pie de la famosa montaña de Somosierra, cuyo paso estaba defendido por trece mil hombres de la reserva española mandados por el general Benito San Juan y protegidos por atrincheros y por una batería de diez y seis cañones. Apenas había empezado el escopeteo, cuando los lanceros polacos de la guardia imperial se abalanzaron á escape y ejecutaron sobre estas alturas una carga de caballería la mas atrevida y digna de una gloria inmortal. Los Españoles no pudieron sostener tanto arroj. Se dispersaron tirando sus armas al suelo y dejaron en poder de sus vencedores diez y seis cañones, diez banderas, doscientos carros, las cajas militares, y entre los prisioneros, todos los oficiales superiores de la division. Des-

pues de este combate singular, en que una partida de caballería ligera se apoderó en un momento de una posicion quizás inexpugnable para la infantería la mas valiente, los Franceses pudieron dirigirse libremente sobre Madrid. El 1º de diciembre, el cuartel general imperial estaba en San Agustin, y el 2, el ejército victorioso celebró el aniversario de la coronacion de Napoleon, debajo de las murallas de la capital. El Emperador pasó revista el mismo dia á la caballería del duque de Istria y á la guardia imperial que le recibieron con el mayor entusiasmo.

Madrid estaba siempre en poder del enemigo, y sus habitantes, oprimidos por sesenta mil hombres armados que se componian en parte del populacho bárbaro y fanático del campo, no podian manifestar sus verdaderos sentimientos. La guarnicion constaba de seis mil hombres de tropas regulares; cien cañones guarnecian las murallas, las calles, las puertas y las casas vecinas. Las campanas de doscientas iglesias tocaban á rebato, y aumentaban la confusion que reinaba dentro de la capital, en donde una muchedumbre furiosa y delirante hacia estremecer á los habitantes

pacíficos. El duque de Istria habiendo enviado á un edecan suyo para intimar la rendicion á la junta militar, presidida por el general Castellar, un general vino á traer la respuesta, acompañado de unos hombres furiosos que le estaban observando y dictaron la contestacion negativa. El edecan del duque de Istria estuvo en peligro de perder la vida; y el marques de Perales, falsamente acusado de haber mezclado arena en la pólvora de los cartuchos, fue arrastrado y despedazado por el pueblo; tal era la situacion de Madrid.

La infantería francesa estaba todavía á tres leguas de distancia. Napoleon empleó el resto de aquel dia en reconocer los alrededores de Madrid, y en combinar un plan de ataque que conciliase los intereses de la humanidad y los de su gloria: no quiso dar el asalto, esperando que la impresion de su presencia sobre esa turba feroz y sobre los honrados vecinos, bastaria para que la capital abriese sus puertas. A las siete de la noche, mandó al general Maison apoderarse de los arrabales y le hizo sostener por el general Lauriston con cuatro piezas de artillería de la guardia; el enemigo echó á correr al primer fuego. A las doce el

príncipe de Neufchatel envió un teniente coronel, prisionero desde la batalla de Somosierra, para intimar otra vez la rendicion al gobernador. Castellar contestó pidiendo todavía término; pero entretanto el general Senarmont, con treinta cañones, abrió una brecha en la muralla del Retiro, y una compañía de volteadores, habiendo entrado en seguida, echó á los cuatro mil hombres que le defendian. Con la toma del Retiro quedaron inutilizados todos los medios de defensa, pero Napoleon no perdió de vista su grande objeto que era no hacer daño, no queriendo abrir á su hermano un camino al trono sobre las ruinas de la capital; se contentó pues con hacer avanzar algunas compañías sueltas de volteadores.

A las once, el príncipe de Neufchatel, no habiendo recibido contestacion del general Castellar, volvió á intimarle la rendicion y le escribió que el Emperador consentia en aguardar hasta las dos; pero llegó la hora señalada sin que se enarbolase la bandera blanca. Sin embargo, Napoleon aguardó aun. En fin, á las nueve vino el general Morla con un diputado de la villa, y declararon con dolor al mayor

general que el pueblo se obstinaba en la resistencia, y pidieron hasta pasado el 4; para apaciguarle. El príncipe de Neufchatel los presentó al Emperador que, dirigiéndose al general Morla, y pasando de repente de los asesinatos cometidos dentro de Madrid sobre unos Franceses en los días anteriores á la capitulacion del general Dupont, le dijo:

«..... La impericia y la cobardía de un
 » general pusieron en vuestras manos unas tro-
 » pas que capitularon sobre el campo de ba-
 » talla, y la capitulacion ha sido violada. Vos,
 » señor Morla, ¿qué carta habeis escrito á este
 » general? Por cierto, que os convenia hablar
 » de saqueo, vos que, cuando entrasteis en el
 » Rosellón, robasteis todas las mugeres y las
 » repartisteis entre vuestros soldados....! Vio-
 » lar los tratados militares es lo mismo que re-
 » nunciar á toda civilizacion, y ponerse sobre
 » la misma línea que los Beduinos del desierto.
 » y ¿cómo os atreveis á pedir una capitulacion,
 » vos que habeis violado la de Baylen?.... Yo
 » tenia una escuadra en Cadiz, que era aliada de
 » la España, y bajo vuestro mando ha sido
 » cañoneada sin poderse defender. Un ejército
 » español estaba entre mis filas (el de La Ro-

» mana), he preferido verle pasar sobre los
 » navíos ingleses y tener que precipitarle desde
 » lo alto de las peñas de Espinosa antes de des-
 » armarle..... Volved á Madrid, os concedo
 » hasta mañana á las seis de la mañana; volved
 » entonces con la sumision, sino, vos y vues-
 » tras tropas sereis todos pasados por las ar-
 » mas.»

El 4 á las seis de la mañana, el general Morla trajo la sumision de Madrid. A las diez, el general Belliard tomó el mando de la villa y mandó proclamar un indulto general; las tiendas quedaron abiertas hasta las once de la noche, y la seguridad reinó en Madrid como por encanto. Los habitantes entregaron cincuenta mil fusiles. Sin embargo, á pesar de la capitulacion, el cuartel de guardias de corps, último refugio de los sitiados, se defendia con tenacidad, y se necesitaron dos horas de supplicaciones y de esfuerzos, de parte del corregidor y de los alcaldes, para apagar el furor de estos hombres desesperados. Una circunstancia muy notable es que, á pesar del ódio implacable de los Españoles á la soberanía de José, habian respetado con escrupulosidad su palacio de Madrid. Los Españoles son unos

idólatras de la autoridad regia; á sus ojos un palacio es un templo, cuya violacion les parece sacrilega. Todo estaba en el mismo estado en que José lo habia dejado. Este príncipe halló el retrato de su muger y el de Napoleon hecho por David, que representaba el famoso paso de la montaña de San Bernardo; hizo serias reflexiones sobre esta nacion que proscribia á su rey y respetaba sus propiedades, pero era demasiado tarde!

De manera que, gracias á la generosidad y á la firmeza de Napoleon, la toma de Madrid costó menos á los sitiadores y á los sitiados, que la menor ciudadela. El Emperador mandó perseguir á las tropas que huian desde Burgos, Toledo, Somosierra y Aranjuez, y que se precipitaban hácia la Andalucía. El octavo y el noveno cuerpo del ejército grande acababan de pasar el Bidasoa con tres divisiones de caballería; y el duque de Dantzick entró en Madrid con su cuerpo de ejército.

Acabada la conquista de esta villa y de todas las provincias del Norte, el guerrero depuso sus armas y empuñó la vara del legislador. El 7 de diciembre, Napoleon dirigió á los Españoles una proclama en que decia:

« Os dije en mi proclama del 2 de junio, » que queria ser vuestro regenerador. A los » derechos que me han sido cedidos por los » príncipes de la última dinastía, habeis querido que añadiese el de la conquista. Esto » no mudará nada en mis disposiciones, y » alabo la generosidad de vuestros esfuerzos... » He destruido todo cuanto se oponia á vuestra prosperidad y á vuestra grandeza. He » roto las trabas que pesaban sobre el pueblo. » Os doy una constitucion liberal y una monarquía templada, en lugar de una monarquía absoluta. En vosotros consistirá el que » esta constitucion os rija todavía..... »

En efecto, el dia de su entrada en Madrid, el 4 de diciembre, Napoleon cerró el execrable tribunal de la Inquisicion, y redujo á una tercera parte los conventos de España. Una porcion de bienes de los conventos suprimidos se aplicó á los curas párrocos, otra porcion á la deuda pública y á cubrir los gastos hechos por las provincias para mantener á las tropas francesas y españolas. Napoleon suprimió tambien los derechos feudales, y las aduanas de una provincia á otra; mandó organizar inmediatamente un tribunal de casacion. Pero

estos decretos de alta disciplina civil no bastaron á Napoleon; tenia que satisfacer á la justicia política, y con igual fecha expidió dos otros decretos; el primero despedia á los individuos del consejo de Castilla, como indignos de ser los magistrados de un pueblo generoso; y el segundo, ponía fuera de la ley al duque del Infantado y á nueve otros personajes de alta gerarquía que, habiendo todos prestado juramento en Bayona á José y despues de haber admitido los mas brillantes empleos de su casa y de su gobierno, le habian abandonado para reunirse á los insurgentes. Con la capitulacion de la importante plaza de Rosas que se entregó el 6 de diciembre, con tres mil setecientos hombres, al general Gouvion San-Cyr, toda la España septentrional quedó en posesion de los Franceses. Se hallaron en Rosas mas de sesenta cañones y una inmensa cantidad de municiones. La division del general Sebastiani estaba marchando sobre Talavera de la Reina, donde habian llegado ya las divisiones de caballería de Milhaud y de Lasalle. El general Valence llegó tambien con una hermosa division polaca. El 13 de diciembre, el Emperador recibió una diputacion de la villa de Ma-

drid para suplicarle que volviese el rey José. Napoleon, despues de haber referido los beneficios legislativos dispensados á la España por sus decretos del 4, dijo á la diputacion: «... Los » Borbones ya no pueden reinar en Europa. » Las divisiones de la familia real eran obra » de los Ingleses. El duque del Infantado, instrumento de la Inglaterra, como lo com- » prueban los papeles hallados en su casa, no » trataba de derribar al rey Cárlos y á su pri- » vado, sino de establecer la preponderancia » de la Inglaterra en España..... La genera- » cion presente podrá variar en sus opiniones, » porque hay muchas pasiones, pero vues- » tros nietos me darán las gracias como á su » regenerador; mirarán como unos dias me- » morables, los dias en que he aparecido en » medio de vosotros, y desde entonces em- » pezarán á señalar la prosperidad de la Es- » paña. »

Enmedio de tantos acontecimientos, un artículo publicado en el *Monitor* del 15, llamó la atencion pública; no era difícil adivinar la mano que le habia escrito; decia así:

« Varios diarios han impreso que S. M. la » Emperatriz, en su contestacion al cuerpo

» legislativo, habia dicho que se alegraba ver
 » que el primer sentimiento del Emperador
 » habia sido para el cuerpo legislativo que re-
 » presenta á la nacion. S. M. la Emperatriz no
 » ha dicho eso; conoce demasiado bien nues-
 » tras instituciones: y sabe que el Emperador
 » es el primer representante de la nacion;
 » pues todo poder dimana de Dios y de la
 » nacion.

» En el orden de nuestras instituciones,
 » despues del Emperador viene el senado; des-
 » pues del senado el consejo de Estado, des-
 » pues del consejo de Estado el cuerpo legis-
 » lativo; y despues de éste, los tribunales y
 » los funcionarios públicos en la gerarquía de
 » sus atribuciones; pues si hubiese en nues-
 » tras constituciones un cuerpo que represen-
 » tase á la nacion, este cuerpo seria soberano;
 » los demas cuerpos no serian nada y las vo-
 » luntades de aquel serian todo.

» La Convencion y el cuerpo legislativo han
 » sido representantes; tales eran entonces
 » nuestras instituciones: así es que el presi-
 » dente quiso tomar la preeminencia sobre el
 » rey, fundándose sobre el principio que el
 » presidente de la asamblea nacional pasaba

» antes que las autoridades de la nacion. Nues-
 » tras desgracias se han originado en parte de
 » la exageracion de ideas, y seria una preten-
 » sion quimérica y criminal querer represen-
 » tar á la nacion antes que el Emperador.

» El cuerpo legislativo, mal llamado con
 » este nombre, deberia llamarse consejo legis-
 » lativo, supuesto que no tiene la facultad de
 » hacer leyes, pues no las propone. El consejo
 » legislativo es la reunion de los mandata-
 » rios de los colegios electorales. Se llaman
 » diputados de los departamentos porque son
 » nombrados por los departamentos.

» En el orden de nuestra gerarquía constitu-
 » cional, el primer representante de la nacion
 » es el Emperador, y sus ministros órganos de
 » sus decisiones; la segunda autoridad repre-
 » sentante es el senado; la tercera es el con-
 » sejo de Estado que tiene las verdaderas atri-
 » buciones legislativas; el cuerpo legislativo
 » tiene el cuarto rango.

» Todo se volveria desorden, si otras ideas
 » constitucionales llegasen á pervertir las ideas
 » de nuestras constituciones monárquicas. »

Esta declaracion de principios, enviada
 desde Madrid en medio de circunstancias bas-

tante graves para dominar todos los pensamientos de Napoleon, se dirigia sin duda, menós á la Emperatriz, que probablemente no habia dado importancia ninguna á la contestacion, que á los que habian podido dictársela. En cuanto al motivo que determinó semejante publicacion, la historia no ha podido indagarlo todavía. Sin embargo, puede ser que, viéndose tan lejos de su capital, Napoleon quisiese aprovechar la ocasion de dar á conocer á los enemigos domésticos que habia dejado allí, que, desde Madrid, estaba vigilando sobre las intrigas de toda clase que se fraguaban contra su autoridad. La nota del *Monitor* contestaba á todas las alegaciones de usurpacion, de tiranía, de despotismo, y sobre todo, á la opinion, la mas temible para Napoleon, que la soberanía residia en los representantes.

El ejército reunido en Madrid constaba de sesenta mil hombres, y tenia una artillería de ciento y cincuenta cañones. El duque de Belluno estaba en Toledo, y el duque de Dantzick en Talavera de la Reina. El general San-Cyr efectuó su reunion en Barcelona con el general Duhesme; seis mil hombres trabajaban en las fortificaciones de Madrid; el octavo

cuerpo acababa de llegar á Burgos, y el ejército ingles no habia pasado todavía de Salamanca, donde permanecia desde el 15.

El 3 de diciembre, el diario ingles el *Statesman* decia: « Se asegura que la América meridional española se ha negado á reconocer, sea á José Bonaparte, sea á Fernando ó á la junta suprema, y que ha declarado su independencia. » Pocos dias despues, los Españoles de la América del Sur y los Portugueses del Brasil se apoderaron de la Guayana francesa y de la isla de Cayena.

El Emperador, habiendo tenido noticias del paso del Duero por el ejército ingles, cuya caballería habia aparecido el 15 en Valladolid, y de su marcha sobre Saldaña, donde estaba el duque de Dalmacia, salió de Madrid el 22 de diciembre, para cortar la retirada al enemigo. Antes de salir nombró al rey José su lugar-teniente general, y puso bajo sus órdenes la guarnicion de Madrid, los cuerpos del duque de Belluno y del duque de Dantzick, así como la caballería de los generales Lasalle, Milhaud y Latour-Maubourg. Pero los Ingleses, luego que supieron que el Emperador se movia, retrocedieron inmediatamente

y Napoleon, habiendo sido detenido con su ejército por una tempestad horrible en los desfiladeros de Guadarrama, lograron escapar, aunque perseguidos con vigor por el duque de Istria, á la cabeza de nueve mil hombres de caballería. El general Lefebvre Desnouettes, que se habia adelantado con cuatrocientos caballos, creyó que la villa de Benavente habia sido evacuada ya por los Ingleses, y vadeó el rio, cuando se vió atacado inopinadamente por dos mil hombres de caballería inglesa; quiso volver atrás, pero su caballo habiendo sido muerto, y herido él mismo, fue cogido prisionero en medio del rio.

El 30, el duque de Dalmacia alcanzó la izquierda del enemigo y la desbarató en Marvella. Al dia siguiente llegó á Leon. Los duques de Treviso y de Abrantes se apoderaron de todas las obras exteriores de Zaragoza y de la posicion de Monte-Torrero. En Cataluña, Gouvion San-Cyr y Duhesme, habiendo reunido sus cuerpos de ejército, entraron el 17 en Barcelona, con cuarenta mil hombres, despues de un encuentro glorioso en las alturas de Elciras y Gar-de-Deu. El Emperador entró en Astorga el 1° de enero de 1809;

entre esta ultima ciudad y Villa-Franca, el general Augusto Colbert que reemplazaba á Lefebvre Desnouettes en el mando de la vanguardia del duque de Istria, cogió dos mil prisioneros. Dos dias despues, en el combate de Pierros donde el general Merle, del cuerpo del duque de Dalmacia, se apoderó de las alturas defendidas por los Ingleses, el general Colbert cayó herido de un balazo y dijo antes de dar el último aliento: *Mi muerte es digna de un soldado del ejército grande. Veo huir á los enemigos eternos de mi patria.*

El 24 de diciembre, el general Sebastiani paso á viva fuerza el puente del Arzobispo y el general Valence el de Almaraz. El cuerpo del duque de Dantzick paso tambien el Tajo y ocupó la Extremadura. El Emperador recibió positivamente en Astorga la confirmacion de los preparativos hostiles del Austria, y de las intrigas de los mal intencionados de Paris. Salió de Astorga y dejó al duque de Elchingen para apoyar al duque de Dalmacia. Puso su cuartel general en Benavente y luego, el 8 de enero, en Valladolid. El general Gouvion San-Cyr salió de Barcelona para atacar al campo atrincherado del Llobregat, del

cual se apoderó, y, desde allí, marchó sobre Tarragona donde entró. El 13, el duque de Belluno, despues de un combate en Tarancon, hizo deponer las armas al cuerpo de Venegas. Los resultados de esta accion brillante fueron trescientos oficiales, y doce mil soldados prisioneros que entraron el 17 en Madrid, con su artillería y sus banderas, bajo la escolta de tres batallones franceses. El 10, el duque de Dalmacia estaba en Lugo, teniendo sus avanzadas sobre el camino de la Coruña hácia donde se dirigian los Ingleses. Hubo una batalla sangrienta en el puente de Burgo, en la que el general en jefe Moore fue muerto y el general Baird herido de peligro. En seguida, la Coruña capituló, pero una parte del ejército ingles logró embarcarse sobre cuatrocientos buques. Estaba reducido á las dos terceras partes, y los ejércitos españoles ya no consistian sinó en trozos desorganizados. Las operaciones se ejecutaban simultáneamente y con igual suceso en las varias provincias de España. La sumision moral del pais seguia insensiblemente á la sumision militar; las ciudades se daban prisa en prestar juramento al rey. En Madrid veinte y ocho mil y

quinientos gefes de familia juraron fidelidad en la Catedral sobre el Santísimo Sacramento, y Valladolid imitó este ejemplo. Si Napoleon hubiese podido continuar en dirigir la guerra en persona, se le hubiera podido señalar un término próximo, pues él solo podia emprender y obrar la destruccion de los Ingleses y la conversion política de los Españoles. El solo, tambien, podia mandar muchos ejércitos y dirigir sus generales. Pero el 17 de enero, el Emperador llegó repentinamente á Burgos, habiendo recorrido en cinco horas, á caballo, las treinta y cinco leguas de camino que separan las ciudades de Valladolid y de Burgos. El 23 estaba en Paris. El 28, el conde de Montequiou reemplazó al príncipe de Benevento Gran-Chambellan. Esta mudanza hizo mucho ruido en la Capital atónita de la vuelta repentina del Emperador. En España, su ausencia que aturdió tambien á su ejército, volvió el valor á los Españoles. En cuanto á los Ingleses, publicaron, el 14, su tratado con la junta insurreccional, reconociéndola como gobierno, y, solos en España, sabian el secreto de la salida de Napoleon. Se habia oido en Viena la llamada á socorro hecha, por la Inglaterra, á su aliado

en el momento en que se atrevieron á abrir la campaña en Valladolid delante de Napoleon, y éste se puso en camino para adelantarse á una quinta coalicion, dejando á José, al mayor general Jourdan y á sus generales, el cuidado de continuar los prodigios de sus armas. La vispera del dia en que salió de Valladolid, el 16, el Emperador recibió las diputaciones de los consejos de Estado, de las Indias, de hacienda, de guerra, de marina, de la junta de comercio, en fin del ayuntamiento y de todas las corporaciones de Madrid, y condescendió con sus deseos expresados con ardor, permitiendo que su hermano volviese á su capital donde hizo, el 22, su nueva entrada solemne. Pero Napoleon sabia que tenia que conquistar una segunda vez, sobre el Danubio, las dos coronas del Tajo. La historia no presenta una mayor perplejidad en la vida de ninguno de sus héroes. Cuatrocientas leguas le separaban, en Madrid, de aquel nuevo enemigo, viéndose en la obligacion no de vencerle, sino de aniquilarle, para afianzar la corona de España sobre la cabeza de su hermano, y quitarla á los Ingleses.

El servicio hecho por el Austria á la Ingla-

terra, multiplicando entonces no solo los preparativos, pero las amenazas de la guerra, era demasiado importante para que se olvidase jamás; pues, lo repito, con un solo mes que Napoleon hubiese pasado aun en la Península á la cabeza de sus ejércitos, acababa la ruina británica sobre el continente y domaba la insureccion española. Los empeños que las cortes de Viena y de Londres volvieron á renovar entrambas, tenian su fecha en los principios de la revolucion francesa, y en los disturbios de la Bélgica, que fueron la primera declaracion armada. Desde entonces, se cimentó entre todos los reyes de la Europa un pacto que, guardando durante mas de veinte y cinco años su invariabilidad y su carácter implacable, no ha cesado de combatir, primero colectivamente, luego separadamente, pero siempre en nombre de todas las antiguas monarquías, ó á la república ó al imperio frances. Todo tratado con la Francia fue una traicion que descansaba; toda paz fue solamente una tregua, sobre todo cuando Napoleon, salido de por entre las filas del ejército, despues de haber aturcido al mundo con sus triunfos, fundó repentinamente el trono que le levanta-

taba encima de la Europa, sobre las bases de la república indivisible. Entonces este pacto se volvió todavía mas terrible, y la guerra sagrada, que los Musulmanes no habian querido declararle en Egypto, le fue jurada como al enemigo comun. La muerte de Luis XVI hirió menos á los reyes, porque esta muerte era un atentado que debia hacer odiosa á la revolucion francesa. El gobierno atroz del comité de salud pública formaba igualmente una monstruosidad análoga á sus intereses políticos; pero el advenimiento del general Bonaparte les pareció insoportable, porque en efecto colocaba sobre el trono á la misma revolucion que le habia producido. Así es que los viejos comensales de la monarquía vieron con horror sentarse en el banquete de los soberanos al soldado cuya legitimidad no era á sus ojos sino la ley de la victoria. Esta proscripción de una naturaleza enteramente nueva como el hombre cuya fortuna amenazaba, empeñaba constantemente la política de los conjurados sin empeñar sus armas. Podian jurarle paz y amistad, aliarse con él, marchar debajo de sus banderas, ayudarle á quitar la corona á algunos individuos de la confedera-

cion; todo habia de intentarse y de aguantarse por todos ó por cada uno de ellos, hasta el momento oportuno para empezar su destruccion. El lazo de esta alianza misteriosa, que desde su triunfo se ha llamado *Santa Alianza*, era *la libertad de la Europa, la salvacion de la Europa*. El plan de la alta conspiracion europea se desenvuelve por entero en la comunicacion de oficio que la Inglaterra hizo al embajador de Rusia en Londres, el 19 de enero de 1805, en contestacion á la del gabinete ruso. El objeto principal era « sustraer á la dominacion francesa, los paises conquistados desde el principio de la revolucion, y *reducir la Francia á sus antiguos límites.* » Se proveya al engrandecimiento de la Prusia y del Austria; se daba al rey de Cerdeña la república liguriana, y cinco meses despues, la Inglaterra y la Rusia que querian disponer de lo que no les pertenecia, se indignaron de la reunion de esta república á la Francia.

Así se arregló en 1805, la catástrofe de 1814; así todo, hasta la paz que se habia de firmar con Napoleon, todo debia conducirle á su ruina; así la alianza orgánica que se renovó entre los soberanos, en 1805, bajo la

dictadura de la Inglaterra y de la Rusia, no pudo ser suspendida exteriormente entre la Inglaterra y el Austria por las desgracias del emperador Francisco; pero volvió á aparecer á las claras cuando Napoleon tuvo que recelar del Austria, ó cuando se halló en la precision de reclamar sus tratados con aquella potencia. Así es que la Inglaterra que acababa de negociar con ventaja en Constantinopla, donde la muerte de Selim habia mejorado su situacion, tuvo que agradecer al Austria sus buenos oficios en esta circunstancia importante, y no se contentó con servir á la Inglaterra con respecto al gabinete turco, lo mismo hizo con el gabinete prusiano; pero Federico-Guillermo se acordó que debia á las solicitudes de Alejandro en Erfurth, la evacuacion de su territorio, y una rebaja de veinte millones de francos sobre las contribuciones impuestas por el vencedor, y se mantuvo firme en el sistema que seguia el autocrata ruso. Con todo, hubo negociaciones entre las cortes de Viena y de Berlin, pero el monarca las ignoró. En aquella época se hizo el primer ensayo de convenios estipulados por el ministerio prusiano sin anuencia del rey. Entonces empezaron á or-

ganizarse, en todas las universidades de Alemania, las asociaciones secretas que, bajo el nombre de *Tugendbund*, contribuyeron con tanta eficacia á la libertad de la patria alemana, pero que, despues de la victoria, tuvieron que arrepentirse de haber trabajado únicamente para asegurar los tronos y la Santa Alianza.

En cuanto á la Rusia, su tratado con Napoleon daba poco cuidado al Austria. Se decia que el viage á San Petersbourg del rey y de la reina de Prusia habia tenido por resultado unos empeños poco favorables á la Francia; se sabia en Paris y en Viena que algunos oficiales rusos disfrazados seguian el cuartel general austriaco. La obra del coronel Boutourlin, edecan del emperador Alejandro, ha aclarado muchas de las dudas de aquel tiempo, pues dice positivamente que Alejandro, cuando firmó el tratado de Tilsitt, tenia por objeto principal ganar tiempo y prepararse á sostener la lucha con vigor. El coronel declara tambien que la parte que tomó la Rusia en la guerra contra el Austria, en 1809, fue fingida, y que no podia excusarse de aparentar una union íntima con la Francia, *porque sus ejércitos se*

hallaban ocupados en Suecia y en Turquía. Entretanto, Napoleon, que ignoraba todas estas intrigas, se dirigia francamente al conde de Romanzoff en Paris, para que interviniese en nombre de su corte entre el Austria y la Francia. Ocupado imperiosamente de la España, estaba muy ageno de querer pelear á cuatrocientas leguas de Madrid. Todo lo que se acaba de referir explica el motivo porque esta negociacion no pudo tener resultado. Napoleon tenia menos motivos de sospechar la buena fe de Alejandro en esta circunstancia, cuanto que en aquel mismo momento, M. de Romanzoff conferenciaba con él sobre un plan relativo á la Persia y á la India; la negociacion era muy secreta y los papeles relativos á este negocio han pasado de una cartera á otra en 1814. El Austria, pues, asegurada con las disposiciones de la Rusia y de la Prusia y hallándose pronta, declaró en 1809 que su ejército estaba sobre el pie de guerra, protestando siempre de sus intenciones pacíficas y amistosas; los únicos agravios que articulaba eran la vuelta repentina de Napoleon, y la orden dada á los príncipes de la confederacion de disponer sus contingentes. Pero esta potencia no podía

ya adormecer á Napoleon y cogerle de improviso; estaba de vuelta en el centro de su gobierno, y su presencia bastaba para imponer á las maquinaciones que se urdian contra su autoridad.

La lucha continuaba en España. El 27 de enero el Ferrol se rindió al duque de Dalmezia, que halló en el puerto once navíos de línea, tres fragatas y mil y quinientos cañones. En seguida, el mariscal se puso en marcha sobre Oporto, tomando de paso á Vigo, que capituló. En fin, la gran ciudad de Aragon, la verdadera ciudadela de la insurreccion española, Zaragoza fue tomada el 21 de febrero por el duque de Montebello, que desde el 20 de enero habia tomado el mando de aquel sitio memorable para siempre, y en donde los sitiados desplegaron todo cuanto el fanatismo puede producir de ferocidad y de barbarie. Los vencedores y los vencidos se admiraban igualmente de sus esfuerzos recíprocos. Zaragoza, defendida por la rabia y la desesperacion, aguantó veinte y ocho dias de trinchera abierta, despues de ocho meses de ataque, y resistió todavía durante veinte y tres dias de calle en calle y de casa en casa. Cada monas-

terio, cada iglesia se parecia á una fortaleza sagrada, que habia de capitular. Todos los habitantes, hombres, mugeres, niños, sacerdotes y frayles, tomaron parte en los combates; los mas perecieron y los Franceses tomaron posesion con dolor de un inmenso recinto lleno de ruinas ensangrentadas. Solo quedaban en pie las horcas levantadas para colgar á cualquiera que hubiese hablado de rendirse. Esta floreciente y antigua ciudad pudo llamarse la ciudad de los difuntos; mas de cuarenta mil habitantes de toda edad y de todo sexo, inflamados en la defensa, llenaban las calles, las avenidas y los soportales. Una epidemia horrorosa iba á acabar con los que habian sobrevivido, pero el mariscal Lannes hizo salir inmediatamente para Bayona quince mil prisioneros que hubieran perecido en pocos dias. Se hallaron en la ciudad cien mil fusiles, todos de fábrica inglesa, y doscientas piezas de cañon. Los infelices habitantes pertenecian á la humanidad del vencedor; el mas valiente de los Franceses, el noble mariscal Lannes tomó á su cargo pagar esta deuda de la victoria. Los restos de la poblacion de Zaragoza no lo olvidarán nunca y se mostraron sino sumi-

sos, á lo menos agradecidos. Pero una virtud antigua é inexorable, el patriotismo que nunca puede transigir sobre los grandes intereses de la independenciam y del honor del pais, tomó nuevas fuerzas sobre las ruinas de Zaragoza.

Las armas francesas se ilustraban en cualquiera parte que se mostrasen. El 25 de febrero, el general Gouvion San-Cyr tuvo un encuentro glorioso en Vals, cerca de Tarragona, con una division española, y se apoderó de su artillería. El 27 de marzo, el general Sebastiani ganó la batalla de Ciudad Real; el dia siguiente, el duque de Belluno deshizo completamente en Medellin al general Cuesta y envió sus avanzadas hasta las puertas de Badajoz. En Portugal la fortuna nos favorecia todavía mas, pero fue menos fiel á nuestras armas. La segunda expedicion mandada por el duque de Dalmacia contra ese reino sin soberanos empezó con la toma de Chaves, en donde habia un inmenso depósito de artillería. El 13 de marzo, los Portugueses, despues de una larga resistencia, sucumbieron en el combate de Laudozo. En fin, el 29, se dió la gran batalla en que el obispo de Oporto mandaba sus conciudadanos. La victoria del duque de

Dalmacia fue completa; veinte mil Portugueses perecieron en esta terrible accion, de cuyas resultas cayó en manos de los Franceses la segunda ciudad de Portugal, y la mas inglesa despues de Lisboa.

El espíritu de Napoleon animaba todavía á los ejércitos franceses en la Península.

FIN DEL LIBRO DÉCIMO.

LIBRO UNDÉCIMO.

QUINTA COALICION.

CAPITULO PRIMERO.

REVOLUCION EN SUECIA. — GUERRA DE AUSTRIA. — SEGUNDA EVACUACION DEL PORTUGAL. — TOMA DE VIENA. — REUNION DE LOS ESTADOS ROMANOS AL IMPERIO. — BATALLA DE ESSLING.

(1809)

Un acontecimiento, que hubiera sido una fortuna para los historiadores de nuestra edad, si no fuera por el despotismo que ejerce la revolucion francesa sobre todos los hechos contemporáneos, vino de repente á sorprender la Europa; el rey de Suecia abdicó la corona. Sin duda esta abdicacion era de poca importancia, comparada con las de Carlos IV y de Fernando VII; pero presentó un carácter muy diverso, pues los

Dalmacia fue completa; veinte mil Portugueses perecieron en esta terrible accion, de cuyas resultas cayó en manos de los Franceses la segunda ciudad de Portugal, y la mas inglesa despues de Lisboa.

El espíritu de Napoleon animaba todavía á los ejércitos franceses en la Península.

FIN DEL LIBRO DÉCIMO.

LIBRO UNDÉCIMO.

QUINTA COALICION.

CAPITULO PRIMERO.

REVOLUCION EN SUECIA. — GUERRA DE AUSTRIA. — SEGUNDA EVACUACION DEL PORTUGAL. — TOMA DE VIENA. — REUNION DE LOS ESTADOS ROMANOS AL IMPERIO. — BATALLA DE ESSLING.

(1809)

Un acontecimiento, que hubiera sido una fortuna para los historiadores de nuestra edad, si no fuera por el despotismo que ejerce la revolucion francesa sobre todos los hechos contemporáneos, vino de repente á sorprender la Europa; el rey de Suecia abdicó la corona. Sin duda esta abdicacion era de poca importancia, comparada con las de Carlos IV y de Fernando VII; pero presentó un carácter muy diverso, pues los

Españoles tomaron las armas para defender la legitimidad de su príncipe que la habia cedido á Napoleon y á José, y para obligarle, á pesar suyo, á ser su soberano, al paso que el pueblo Sueco entero, usando del derecho primitivo del poseedor del suelo y de la facultad inherente á todo cuerpo social, depuso á Gustavo-Adolfo.

La nacion entera estaba descontenta en extremo y la guerra civil amenazaba á la capital; Gustavo reunió sus tropas para marchar contra el ejército del Norte y el de Escania, habiendo señalado el 13 de marzo para su salida, y mandó que aquel mismo dia el tesoro fuese sacado del banco á la una de la mañana; el consejo estaba reunido y la revolucion estalló en su seno. En vano se suplicó al rey en nombre de la patria y en consideracion á los males innumerables que agoviaban á la nacion con la prolongacion de una lucha insensata, impolítica, desastrosa, que habia hecho perder ya á la Suecia las dos provincias mas ricas, la Pomerania y la Finlandia; en vano se le conjuró de envaynar la débil espada, que no bastó á Carlos XII para defender á la Suecia; Gustavo se mantuvo inexorable y se retiró. El feld-

mariscal Klingsporr y el general Alderkreutz se presentaron al rey y le declararon que debia acceder á los ruegos de su consejo ó dejar de reinar; el rey declaró que nunca cederia, tratándolos de malvados; sacó la espada y quiso matar al general; pero varias personas acudieron de afuera y le desarmaron; entonces el mariscal de palacio Silvesparre le dijo: « Señor, habeis recibido la espada para desenvaynarla contra los enemigos de la patria y no contra los verdaderos patriotas que solo quieren vuestra felicidad y la de la Suecia.» En seguida se apoderó de la espada del rey; pero Gustavo logró agarrar la de un oficial y se escapó por una escalera secreta. Corrieron tras él; un coronel le arrestó al momento en que llegaba al patio del palacio y fue conducido al castillo de Drottminhk, donde se le puso centinelas de vista. El consejo suplicó al viejo duque de Sudermania, tio de Gustavo, que tomase las riendas del gobierno vacante. He aquí el primer acto de este drama popular que se representó en Stockholm el dia 13 de marzo. Quince dias despues, el 29 de marzo, Gustavo, obedeciendo á la necesidad, abdicó con el fin de consagrar el resto de sus dias á la gloria de

Dios. En fin, el 10 de mayo, las órdenes reunidas de la dieta recibieron la comunicacion de la abdicacion del rey; la admitieron y tomaron una resolucion que acababa así:

«.....Atendidos todos estos motivos y consideraciones importantes, que reciben un nuevo peso por el acta de abdicacion de S. M. el rey, escrita de su propio puño, cuya lectura se nos acaba de hacer, pero que no miramos como necesaria para justificar los pasos que hemos dado, hemos tomado la resolucion firme é inalterable que sigue: Abjuramos por la presente acta toda fidelidad y obediencia que debemos como vasallos á nuestro rey Gustavo-Adolfo, hasta hoy rey de Suecia, y le declaramos así como á sus herederos nacidos ó por nacer, privados para siempre de la corona y del reino de Suecia.»

Así se acabó sin disturbios, sin violencia y sin ninguna oposicion, la mudanza mas importante que pueda suceder en un Estado. Gustavo habia ultrajado á la nacion de tal manera, en sus intereses los mas caros, que los Suecos fueron unánimes en consentir en su destierro. Jamás, en ninguna época de la his-

toria de un pais oprimido, la soberanía del pueblo, pues es preciso llamar las cosas por su nombre, ejerció mayor acto de magistratura suprema con mas justicia y legalidad. En efecto, si, como principio, esta soberanía es una ley suprema, no se puede considerar como tal para aplicarla, como no esten unánimes todas las voluntades. Regularmente, la causa nacional en esta circunstancia pareció incontestablemente justa á los reyes, ó éstos tuvieron otros motivos poderosos para poner en olvido los derechos de la legitimidad, supuesto que, ni los gabinetes de Viena, y de San Petersbourg, ni el de Londres á quien Gustavo habia sacrificado su pais y su corona no se opusieron á que los Suecos disfrutasen de una facultad que salvó á su pais. Este acontecimiento que honra para siempre al caracter noble y generoso, así como al espíritu ilustrado y la alta civilizacion de todos los habitantes de aquel reino no produjo mucho efecto sino en Suecia. La guerra de España y la quinta coalicion ocupaban enteramente la atencion de la Europa.

El 9 de abril el archiduque Cárlos dirigió la carta siguiente al general en gefe

del ejército frances acantonado en Baviera:

« Conforme á una declaracion de S. M. el
 » emperador de Austria al emperador Napo-
 » leon, prevengo al señor general en gefe del
 » ejército frances que tengo orden de ir ade-
 » lante con las tropas de mi mandó y de tratar
 » como enemigas todas las que me opondrían
 » resistencia. — En mi cuartel general, el 9 de
 » abril de 1809.

» CARLOS. »

Tal fue el primer documento de oficio de este rompimiento que sorprendió de repente á la Baviera. El segundo fue la proclama del rey de Baviera, contestando á tan extraña comunicacion. Empezaba así:

« Dellingen, 17 de abril.

» Sin declaracion de guerra, sin explicacion
 » ninguna, nuestro territorio ha sido invadido
 » el 9 de este mes, y nos hemos visto en la
 » precision de abandonar nuestra capital
 » que ha sido ocupada por las tropas aus-
 » triacas..... »

El rey de Wurtemberg publicó tambien una

declaracion por la que apelaba al juicio de la Europa de una infraccion notoria de parte del Austria al tratado de Presbourg y de la agresion que amenazaba á sus Estados. Por su parte, el emperador de Austria dirigió una proclama á sus súbditos, y el archiduque Cárlos otra á su ejército que constaba de trescientos cincuenta mil hombres, incluido el de Landwehr. Napoleon apenas tenia doscientos mil combatientes que oponer, sea en Alemania, sea en Italia, pero eran los Franceses de Austerlitz, de Jena, de Friedland. La posicion de las tropas francesas era la siguiente: el cuerpo del duque de Auerstaedt estaba en Ratisbona, el del duque de Rivoli en Ulm, el del general Oudinot en Augusta y el cuartel general en Strasbourg; el duque de Dantzick mandaba las tres divisiones bávaras, situadas en Munich, en Landshut y en Strauling. Los Wurtembergeses estaban en Heydenheim, los Sajones delante de Dresde y los Polacos en los alrededores de Varsovia.

Desde el 10 al 16, el ejército del Archiduque marchó sobre el Iller; los Bávaros opusieron la primera resistencia á los que violaban su territorio. Napoleon supo en Paris, por el télé-

grafo, en la tarde del 12, que los Austriacos acababan de pasar el Inn. Salió al instante, y llegó el 16 á Dellingen, donde vió al rey de Baviera; y le prometió volverle á conducir á Munich dentro de quince dias. El 17, el cuartel general estaba en Donawerth, donde Napoleon dió sus órdenes á sus mariscales y dirigió á sus soldados la proclama siguiente:

« SOLDADOS !

» El territorio de la confederacion ha sido
 » violado. El general austriaco quiere que hu-
 » yamos al aspecto de sus armas y que le aban-
 » donemos nuestros aliados. He llegado con la
 » rapidez del relámpago. Soldados ! me esta-
 » bais rodeando cuando el soberano de Aus-
 » tria vino á visitarme en mi bivaque de Mora-
 » via; le habeis oido implorar mi clemencia
 » y jurarme amistad eterna. Vencedores en
 » tres guerras, el Austria todo lo debe á
 » nuestra generosidad; tres veces se ha per-
 » jurado; nuestras victorias pasadas son ga-
 » rantes de la victoria que nos aguarda; mar-
 » chemos pues y que en viéndonos el ene-
 » migo se acuerde de sus vencedores ! »

Al dia siguiente, el Emperador trasladó

su cuartel general á Ingolstadt. La fortuna de esta nueva campaña estaba tan bien arreglada, que cada dia fue señalado por una accion y por una victoria. El 19, el general Oudinot, salido de Augusta, dispersó á cuatro mil Austriacos en el combate de Pfaffenhoffen donde el duque de Rivoli llegó el 20. El duque de Auerstaedt vino desde Ratisbona á Neustadt; allí alcanzó al enemigo y ganó la batalla de Thau. Por la tarde, se juntó con el duque de Dantzick que habia llegado á tiempo con los Bávaros para completar la derrota de los Austriacos. El 20, Napoleon se dirigió sobre Abensberg donde tenia resuelto mudar de frente y destruir á los sesenta mil hombres del archiduque Luis y del general Hiller. Napoleon se acordó de la táctica del general del ejército de Italia, y maniobró para cortar la línea de operaciones del enemigo. El duque de Auerstaedt tenia la orden de contener tres divisiones austriacas, y el duque de Rivoli de interceptar las comunicaciones tomándolas la espalda por Frey-lang. El duque de Montebello debia atacar con la izquierda y Napoleon se reservó el mando de la derecha compuesta unicamente de los Bávaros, bajo las órdenes del

príncipe real, y de los Wurtembergeses mandados por el general Vandamme. En aquel día, Napoleon se entregó enteramente á la lealtad y al valor de los Alemanes que se mostraron dignos del gran capitán que los había elegido para triunfar con él. La victoria no fue dudosa un solo instante. El choque fue terrible de parte del Emperador; los Bávares y los Wurtembergeses tenían que vengar injurias personales. Diez y ocho mil prisioneros austriacos, ocho banderas, doce cañones cayeron en poder de los vencedores de Abensberg. Esta gloriosa jornada, cuyo honor pertenece enteramente al valor de los aliados y al carácter de Napoleon, probó al emperador de Austria que su yugo estaba quebrado, y popularizó, entre las tropas de la confederación, al protector que venció con sus propias armas al antiguo jefe del imperio germánico.

El enemigo tenía el flanco descubierto. Napoleon quiso ocupar á Landshut; y el 21, se dirigió sobre aquel punto; la caballería del duque de Istria y los granaderos del general Mouton, destrozaron á los Austriacos en la llanura, se abalanzaron al puente que estaba ardiendo y se apoderaron de la ciudad. Nueve

mil prisioneros, treinta cañones, seiscientos cajones, tres mil carros de bagages, los hospitales y los almacenes, fueron los resultados de esta jornada.

El Emperador habiendo batido el ejército del archiduque Luis en Abensberg y Landshut, quiso medir sus armas con el mas hábil general austriaco, el archiduque Carlos, á quien conocia y apreciaba desde mucho tiempo. El mariscal Davoust se mostró digno de la confianza del Emperador. Viendo, despues de la ocupacion de Ratisbona por los Austriacos, que la mayor parte de las fuerzas del archiduque Carlos se dirigia contra él, tomando consejo unicamente de su carácter tenáz y con una obstinacion verdaderamente heroica, tomó sus disposiciones para la hermosa batalla cuyo nombre debia unirse al suyo. El ejército del Archiduque compuesto de ciento y diez mil combatientes, estaba reunido en Eckmuhl dividido en cuatro cuerpos, que á la primera señal de Napoleon se hallaron atacados á la vez sobre todos los puntos, envueltos por su izquierda y deshechos por todas partes. Veinte mil prisioneros, una artillería inmensa, todos los heridos del enemigo y quince banderas,

fueron los troféos de la victoria de Eckmulh.

Napoleon llamó sus movimientos estratégicos en las jornadas de Abensberg, de Landshut y de Eckmulh, *sus mas hermosas, mas atrevidas y mas sábias maniobras*. Todavía no habia ganado la batalla de Wagram. Todavía no habia hecho la campaña de Rusia, ni la de Silesia, ni la inmortal campaña de Francia que dió término á su vida militar, tan gloriosamente como la habia empezado en Italia.

El 23, Napoleon llegó delante de Ratisbona, donde el general austriaco tenia encerrados á tres regimientos. Ocho mil hombres de caballería que cubrian las avenidas de la ciudad, fueron derrotados y echados al otro lado del Danubio. La infantería habiendo llegado, la artillería abrió el fuego y se pusieron las escalas. El duque de Montebello mandó subir un batallon que abrió una poterna por donde el ejército entró corriendo dentro de la plaza. El enemigo se olvidó de cortar el puente y los Franceses pasaron inmediatamente á la orilla izquierda. Los Austriacos que defendian el puente cayeron prisioneros casi todos. La ciudad estaba ardiendo, pero como pertenecia al rey de Baviera, los Austriacos la veian

quemar con gusto, no habiendo sabido defenderla. Napoleon tomó á su cargo la restauracion de las casas incendiadas, lo que le costó algunos millones.

Desde Ratisbona, donde fue herido en el talon, sin que esta circunstancia le hiciese perder un momento, Napoleon dirigió al duque de Rivoli sobre Straubing y Passau, y al duque de Montebello sobre Muhlendorf. El duque de Auerstaedt persiguió al archiduque Carlos que estaba en plena retirada por los montes de Bohemia. El duque de Dantzick obligó al enemigo á que evacuase Munich; el rey visitó su capital y volvió á Augusta. Por la primera vez, Napoleon marchó, combatió y venció sin su guardia, que fue reemplazada por los Bavaros y los Wurtembergeses desde el triunfo de Abensberg. Antes de salir de Ratisbona Napoleon dió gracias al ejército con la orden del dia del 24 de abril:

« SOLDADOS!

» Habeis justificado mis esperanzas. Habeis
» suplido el número con vuestro valor.... En
» pocos dias hemos triunfado en las tres ba-
» tallas de Thaun, de Abensberg, de Eck-

» muhl, y en los tres combates de Peissig, de
 » Landshut y de Ratisbona..... El enemigo
 » alucinado por un gabinete perjuro, parece
 » que se habia olvidado de vosotros, pero le
 » habeis aparecido mas terribles que nunca.
 » Hace poco que atravesó el Inn y que invadió
 » el territorio de nuestros aliados, lisongeán-
 » dose de llevar la guerra en el seno de nues-
 » tra patria; hoy huye, derrotado, deshecho,
 » espantado y desordenado. Mi vanguardia ya
 » pasó el Inn; antes de un mes estaremos en
 » Viena.»

Napoleon cumplió con su palabra. El 27, estaba en Muhlendorf, desde donde envió al general de Wrede para castigar al enemigo en Lauffer y Saltzbourg. El 28, los duques de Istria y de Montebello se reunieron en Berghausen cuyo puente quemaron los Austriacos, pero se restableció el 29. El 30, todo el ejército pasó el Saltza; por su parte, el emperador de Austria cumplia con sus convenios con la Gran Bretaña, abriendo todos sus puertos á la marina y al comercio ingles. Este príncipe salió de Viena para ir á Schading, *posicion elegida por él*, dice el boletin del 30, por no estar en ninguna parte, ni en su capital para gober-

nar á sus Estados, ni en el ejército donde solo hubiera sido un estorbo. Luego tuvo que salir de Scharding para hacer lugar al duque de Rivoli, y en seguida de Braunau para hacer lugar á Napoleon. El 2 de mayo, éste llegó á Ried y á Lumbach; y los duques de Istria y de Montebello á Wels. El dia siguiente el duque de Istria y el general Oudinot se reunieron con el duque de Rivoli, que el mismo dia entró en Lintz. El general Hiller, temiendo ser envuelto por el duque de Montebello, tomó posicion en Ebersberg, con nueve mil hombres para pasar el Traun. El duque de Rivoli acudió inmediatamente á este punto; desde que habian empezado las hostilidades no habia dado su nombre á ninguna batalla; pero iba á renovar uno de estos combates de gigantes que tantas veces ilustraron *al hijo querido de la victoria*. Era necesaria toda la audacia de Massena para apoderarse de Ebersberg que domina al Traun y que estaba defendido por el numeroso ejército de Hiller. El mariscal seguía detras de su caballería ligera con la division del general Claparede, cuando se vió detenido por un escopeteo terrible antes de llegar al puente del Traun. El general Cohorn á la

cabeza de los tiradores del Pó, echó á los cuatro batallones que ocupaban las casas y las huertas, y, viendo que si el puente se quemaba Ebersberg no podia ser atacado, se abalanzó al puente, largo de mas de doscientas toesas, á pesar de la artillería austriaca, y empeñó un combate reñidísimo á las puertas de la ciudad. El mariscal le hizo socorrer por dos brigadas y por una batería de veinte piezas, hasta tanto que llegase la division del general Legrand. Cohorn ganaba terreno hácia el castillo, pero el general Hiller, viendo que no tenia mas de una division que combatir, vino con refuerzos y rechazó á Cohorn á la entrada de la plaza; pero éste se metió dentro de las casas y se mantuvo en su posicion peligrosa, con solos siete mil hombres contra treinta y cinco mil, mas de tres horas, hasta que llegó por fin la division del general Legrand que atacó á los Austriacos con tanto ímpetu que, en un instante, se vieron en la precision de deponer las armas; pero la ciudad estaba ardiendo; el general Durosnel con mil caballos atravesó por medio del incendio y abrió camino á la caballería del cuarto cuerpo que, bajo las órdenes del duque de Istria, persiguió al general Hiller

y le cogió siete mil prisioneros, obligándole á retirarse huyendo hácia Viena, despues de haber quemado el puente de Ens. El 6, el príncipe de Pontecorvo llegó á Retz entre la Bohemia y Ratisbona. El duque de Montebello, despues de haber pasado el Ens en Steyen, llegó á Moelk, el duque de Rivoli á Amstetten, y el duque de Auerstaedt y el duque de Dartzick se dirigian sobre Inspruck. El Emperador seguia el camino de San Polten donde estableció su cuartel general el 8. Estaba andando entre los mariscales Berthier y Lannes, cuando el guia les enseñó las ruinas del castillo de Diernstein, donde habia sido encerrado Ricardo Corazon-de-Leon. Napoleon se detuvo y fijando los ojos sobre estas ruinas: « Este tambien, dijo, habia ido á pelear » en la Palestina y en la Siria. Habia sido mas » feliz que nosotros en San Juan de Acre, pero » no mas valiente que tú, mi valiente Lannes... » Vendido por un duque de Austria á un emperador de Alemania, que le encerró y que » no está conocido sino por este rasgo de crueldad..... Tales eran aquellos tiempos bárbaros, que la ignorancia nos pinta como tan hermosos..... Cuántos progresos no ha he-

» cho la civilización! Habeis visto emperado-
 » res y reyes en mi poder, así como sus capi-
 » tales y sus Estados; no les he exigido ni res-
 » cate ni sacrificio ninguno indecoroso!.....
 » Este sucesor de Leopoldo y de Henrique, á
 » quien tenemos casi enteramente en nues-
 » tro poder, no le haremos mas daño que la
 » última vez, á pesar de su ataque bastante
 » péfido.»

De manera que Napoleon se estaba prepara-
 rando á ser generoso, aun antes de la victoria.
 Estabamuy ageno de pensar que, seis años des-
 púes, tendria que envidiar aquellas torres de
 Diernstein que estaba mirando con tanta
 atencion.

El 10 á las nueve de la mañana, Napoleon
 llegó á las puertas de Viena. El archiduque
 Maximiliano quiso defender la ciudad, cuyos
 inmensos arrabales que encieran las dos ter-
 cercas partes de la poblacion, estaban ocupa-
 dos por las tropas francesas. El general Thar-
 reau, que estaba andando sobre la explanada
 que separa los arrabales de la ciudad, fue aco-
 gido á cañonazos. El duque de Montebello en-
 vió un parlamentario para intimar la rendicion
 al Archiduque; pero el populacho le apedreó;

Napoleon mandó escribir una carta por su ma-
 yor general Berthier y se la hizo entregar por
 una diputacion de los ocho arrabales de Viena,
 pero el fuego de las murallas se aumentó, y
 quinze individuos de la diputacion fueron al-
 canzados por las balas. Entonces el Empera-
 dor mandó echar un puente sobre un brazo
 del Danubio, haciendo proteger la construc-
 cion por quinze cañones. El paseo del Prater
 fue ocupado por nuestras tropas, y, á las nueve
 de la noche, una batería de veinte obuses, esta-
 blecida á cien toesas de la plaza, lanzó en me-
 nos de cuatro horas mil y ochocientas balas den-
 tro de la ciudad que luego apareció ardiendo en
 llamas. La archiduquesa Maria Luisa se habia
 quedado enferma en el palacio, y su tio Maxi-
 miliano iba á abandonarla; pero Napoleon, ha-
 biendo sabido la penosa situacion de la jóven
 princesa, mandó mudar la direccion de las ba-
 terías; esta circunstancia singular que ponía
 bajo la salvaguardia de Napoleon en medio de
 una ciudad sitiada por sus ejércitos, á la prin-
 cesa á quien debia el año siguiente colocar
 sobre el trono de Francia, es una de las ase-
 chanzas mas péfidas de la suerte. Entretanto,
 el Archiduque intentaba volver á apoderarse

del Prater, pero habiendo perdido las esperanzas de lograrlo, y, temiendo verse cortar la retirada, dió la señal de la huida y volvió á pasar los puentes. El 12 al amanecer, una diputacion compuesta de quinze personas, los mas individuos de los Estados, se presentó en Schœnbrunn, y fue acogida con generosidad por Napoleon. El general Andreossy nombrado gobernador de Viena recibió la capitulacion de la ciudad, y el 13 Napoleon publicó la órden del día siguiente:

« SOLDADOS!

» Un mes despues del paso del Inn por el
» enemigo, el mismo dia, á la misma hora, he-
» mos entrado en Viena. Sus Landwerhs, sus
» levas en masa, sus murallas edificadas por
» la rabia impotente de los príncipes de la casa
» de Lorena, no han podido sostener vuestras
» miradas. Los príncipes de aquella casa han
» abandonado á su capital, no como unos sol-
» dados honrados que ceden á las circunstan-
» cias de la guerra, sino como unos perjuros
» perseguidos por sus propios remordimien-
» tos. Al escaparse de Viena, se han despedido
» de sus habitantes con el incendio y los asesi-

» natos; como Medéa, han degollado á sus hi-
» jos con sus propias manos. Soldados! el pue-
» blo de Viena, abandonado y desamparado
» segun la expresion de la diputacion de sus
» arrabales, será el objeto de vuestros mira-
» mientos. Tomo á esos habitantes honrados
» bajo mi proteccion especial; y en cuanto á
» los hombres turbulentos y malos, haré una
» justicia ejemplar. Soldados! seamos benéfi-
» cos para con los pobres paisanos, para con
» ese pueblo que tiene tantos derechos á nues-
» tra estimacion, y no nos ensoberbecemos
» con nuestros sucesos; mirémoslos como una
» prueba de la justicia divina que castiga al
» ingrato y al perjuro.»

Napoleon señaló, el 17 de mayo, su corta estancia en Viena por un acta solemne que le aconsejaba por el decaimiento de la casa de Austria, aliada dominadora de la Santa Sede; el emperador Enrique IV habia salido de Viena como penitente para ir á Roma á poner la cabeza bajo los pies del Pontífice romano; en Viena tambien se expidió el decreto que reunió de repente los Estados romanos al imperio frances. Este acontecimiento tan extraordinario no hizo mas efecto sobre la Eu-

ropa, que el que habia producido, diez dias antes, la abdicacion de Gustavo y lo mismo sucedió con la excomunion, que hubiera sido tan eficaz en otros tiempos, que el papa Pio VII disparó tres semanas despues, bajo el anillo del pescador contra Napoleon. La misma Roma se mostró indiferente y la miró como una represalia de una venganza temporal. En cuanto á Napoleon, la reunion de Roma á su imperio le fue mas útil que la ocupacion de Viena, porque esta medida quitó de repente á la coalicion su mas temible arsenal, el que alimentaba el poder de la Inglaterra en Sicilia, su influjo en España, el espíritu de sublevacion en una parte de la Germania, en el Tyrol, en las provincias limitrofes del reino de Italia y en los Estados hereditarios de Austria. El estado Romano separaba los intereses de las coronas de Nápoles y de Italia, separando sus territorios. Desde aquel momento el camino militar y político de la Francia atravesaba toda la Península, y Roma quedó cerrada á los enemigos de Napoleon.

Poseiamos la capital del Austria, pero la campaña no estaba acabada, y el terrible Danubio quedaba por conquistar. El emperador

de Austria residia en Znaïm. El emperador Napoleon tenia en Viena los cuerpos de ejército de los duques de Rivoli y de Montebello, del general Oudinot y de la guardia imperial. El cuerpo del duque de Auerstaedt ocupaba Viena y San Polten; el príncipe de Pontecorvo estaba en Lintz con una reserva en Passau, y el duque de Dantzick en Inspruck. En 1805, el enemigo no expuso á su capital á una defensa inútil; no habia roto los puentes y la ciudad se entregó de buena fé. En 1809, la sumision faltó de sinceridad. El archiduque Maximiliano habia dejado un gran número de confidentes y hasta soldados disfrazados pagados por la antigua policia, que mantenian al pueblo en una fermentacion que fue preciso reprimir varias veces.

Entretanto, Napoleon quiso como en 1805 echar un puente sobre el Danubio en Nussdorf y otro en Ebersdorf, encargando el primero al mariscal Lannes y el segundo al mariscal Massena. Pero la expedicion de Nussdorf, mandada por el general Saint-Hilaire, se frustró por la imprudencia del destacamento encargado de apoderarse de una isla que se arriesgó y sucumbió casi entero delante de unas fuerzas supe-

riores que le atacaron de repente. El general Saint-Hilaire no sobrevivió mucho tiempo al dolor profundo que le sobrecogió despues de este acontecimiento, y pereció de la muerte de los valientes. El general Pelet, en su obra tan notable sobre la guerra de 1809, saca las consecuencias mas graves de este reves; inclina á creer que sin esta desgracia, que costó quinientos hombres, las batallas de Essling y de Wagram no hubiesen tenido lugar y que la paz se hubiera hecho cinco meses antes. Massena tuvo mas fortuna que Lannes; la division del general Molitor se dirigió sobre Ebersdorf y protegió las obras. Los cuatro brazos del rio presentan en aquel punto una extension de cuatrocientas toésas; pero sus islas, cuya principal se llama Lobau, sirvieron para apoyar los puentes, cuya construccion se encargó á los generales Bertrand y Perneti. El cuarto cuerpo que habia de pasar primero guardaba toda la orilla. El 19, el Emperador vino á Ebersdorf, y, viendo reunidas todas las barcas, mandó echar los puentes. Massena dispuso el embarque del resto de la division Molitor, que aportó á la isla de Lobau, de donde echó al enemigo despues de un combate de dos ho-

ras. El 20 á las doce del dia todos los puentes estaban concluidos. El cuarto cuerpo llegó á la isla que estaba hecha una gran plaza de armas y una gran cabeza de puente destinada á proteger la ocupacion de la orilla izquierda. El ejército empezó á pasar; pero á mediodia, solo habian llegado á la orilla izquierda cinco divisiones entre infantería y caballería, en todo veinte y cinco mil infantes y cinco mil y quinientos caballos. Parte de la infantería ocupaba las aldeas de Aspern y de Essling, que iban á dar su nombre á una terrible batalla de dos dias perdida por los dos ejércitos. El cuartel general del archiduque Cárlos estaba en Ebersdorf y el de Napoleon en la Tuilerie sobre el campo de batalla. El 21, el enemigo se desplegó en número de noventa mil hombres contra treinta mil. El Emperador encargó la defensa de Aspern á Massena, y á Lannes la de Essling. El enemigo, durante toda la tarde, atacó con todas sus fuerzas á esas aldeas donde combatian los soldados mas valientes de la Europa, bajo los ojos del mayor capitán de la época. Los treinta mil hombres de su mando sostuvieron, sin la menor alteracion, el choque sucesivo de todos los cuerpos austriacos.

Essling y Aspern fueron tomados y vueltos á tomar cinco ó seis veces. Enmedio de esta accion, la division de coraceros del duque de Istria se cubrió de una gloria inmortal; pero perdió su valiente general, d'Espagne, y sus tres coroneles. La noche vino á poner término á la pelea. Los ejércitos austriacos y franceses, rendidos por el cansancio, durmieron tres horas enmedio de las ruinas y casi sobre el mismo terreno.

El Emperador estaba dando órdenes repetidas para acelerar la marcha del ejército detenido por varios accidentes que habian sucedido en los puentes. El mariscal Davoust habia venido á dar parte de la próxima llegada de su cuerpo y de las demas tropas. Parte del ejército se hallaba reunido ya á los valientes de la vispera; Napoleon oyó con júbilo, al rayar el alba, retumbar el ruido de un ataque general sobre Aspern y Essling, hácia donde el Archiduque volvia á dirigir todas sus fuerzas con el mayor ímpetu. Nuestros soldados resistieron con la misma intrepidez que el dia anterior, y despues de los prodigios de la defensa contra unas fuerzas tan superiores, Napoleon formó el designio de tomar la ofensiva.

Envió nuevas órdenes á sus mariscales para arrollar el centro del ejército austriaco y echarle sobre la Bohemia y la Hungria. Entonces empezó esta gran maniobra, que conocian desde mucho tiempo los tenientes de Napoleon, que consistia en abrir un vacío en el centro de la línea enemiga. En vano, el generalísimo austriaco, el primero y el mas valiente de su ejército, parecia multiplicar, enmedio de los peligros, el ejemplo del valor y del sacrificio de su vida; en vano, agarrando la bandera del regimiento de Zach desviado de la línea por el movimiento retrogrado, intentó volverle á conducir á la pelea, él mismo tuvo que retroceder y desesperó de la suerte de la jornada. Napoleon en nada cedia á su antagonista; se expuso con la temeridad de un soldado y de tal modo que, en el momento mas terrible de la accion, el general Walter que mandaba los granaderos de la guardia le dijo: *Retiraos, Señor, ó sino os hago quitar de enmedio por mis granaderos.* Acababan de dar las ocho de la mañana y Napoleon empujaba con su ardor acostumbrado el suceso de esta brillante operacion, cuando en vez de ver llegar el cuerpo de Davoust, y sus parques, recibió la noticia

de haberse roto los puentes del Danubio..... El Emperador se vió pues reducido á las fuerzas presentes sobre el terreno. Oyó con calma esta noticia desastrosa que le arrancaba una victoria segura y decisiva, y dando orden al mariscal Lannes de aflojar su movimiento, envió á tomar informes mas positivos sobre el estado de los puentes. Luego supo que no tenia que aguardar socorro ninguno de la orilla derecha; unos barcos enormes cargados de piedras y unos molinos soltados á la corriente por el enemigo habian roto el puente grande que se llevó los bajeles que llevaban á los pontoneros y á sus oficiales. El Archiduque y su ejército advirtieron la disminucion del fuego de los Franceses y conocieron luego la causa, cuyo resultado fue que las tropas austriacas, dejando de ser perseguidas, pudieron volver al campo de batalla. Pero los Franceses, con un increíble valor, sostuvieron todavía durante doce horas en medio de los recintos asolados de Essling y de Aspern, todos los esfuerzos de los enemigos. Allí murió Saint-Hilaire, y el valiente entre los valientes, Lannes, compañero de todas las victorias de Napoleon, recibió un cañonazo que le cortó las dos rodillas,

El Emperador le vió pasar cuando se le trasladaba á Ebersdorf; le apretó entre sus brazos llorando y exclamó: « Lannes! ¿me reconoces? Soy tu amigo, soy Bonaparte; Lannes, no morirás! » — « Deseo vivir, contestó el mariscal; pero creo que, antes que pase una hora, habreis perdido á vuestro mejor amigo. » Napoleon estaba puesto de rodillas al lado de la camilla y cubria á Lannes con las lágrimas que derramaba; llevaron al mariscal; sus últimas palabras fueron llenas de ternura; esperaba todavía poder montar á caballo y servir la Francia. Perdió el sentido el 24 y murió el 30; Napoleon vino á visitarle todos los dias, y le oyó, enagenado por la fiebre, hablar sin cesar de combates, dar órdenes á sus oficiales, llamarle á él mismo á su socorro, y exhalar de este modo su alma guerrera no despidiéndose de la Francia ni de Napoleon, pero en un delirio de gloria en que hasta el último momento tuvo la dicha de creer que combatia aun por su amigo y su patria. Así acabó la terrible batalla de Essling que los Franceses sostuvieron, el 21, con treinta mil hombres contra noventa mil, que menos de sesenta mil ganaron el dia siguiente contra nuevos refuerzos, y que

fue abandonada por la tarde por un acontecimiento enteramente independiente del honor y del valor de los ejércitos.

Al fin de la jornada del 22, y despues de la conmocion cruel que la necesidad de la retirada y la pérdida de su mas antiguo compañero le causaron, Napoleon dió una prueba de las facultades de su alma. Su ingenio habia sido creado para mandar á la victoria y su alma estaba templada para mandar á la fortuna. La prudencia reemplazó de repente el ardor que tan de golpe le habia inspirado por la mañana; pero su fuerza no le abandonó. Llamó á los mariscales y los consultó sobre la situacion del ejército; todos fueron de dictámen de ponerse á cubierto sobre la orilla derecha. Davoust ofreció detener al Archiduque, y Massena de conservar la isla de Lobau.....

« ¿Hemos de abandonar á nuestros heridos?
 » contestó Napoleon. ¿Diremos á la Europa
 » que los vencedores hoy son vencidos.....?
 » ¿Quereis volver á pasar el Danubio? Seria
 » menester echar á correr hasta el Rhin, pues
 » estos aliados que nos ha dado la victoria y
 » la fortuna, una desgracia aparente nos los
 » quitará y los volverá acaso contra nosotros.

» Debemos quedar aquí; es menester amenazar á un enemigo acostumbrado á temernos, » y detenerle delante de nosotros; por otra » parte, el ejército de Italia está llegando con » sus victorias. »

Paoli tenia razon cuando decia hablando de Bonaparte: *Está cortado sobre la forma antigua, es un hombre de Plutarco.* La órden fue dada á las tropas de replegarse á las dos de la mañana. Massena, que lo merecia, tuvo el mando de la orilla izquierda y de las islas. « Massena, le dijo Napoleon, vas á concluir » lo que has empezado con tanta gloria, tú » solo puedes imponer al Archiduque y man- » tenerle inmóvil delante de nosotros. »

Cuánto ingenio en estas pocas palabras, y qué ohnor para Massena! A la una de la mañana, con una noche tempestuosa, enmedio de los destrozos que llenaban el Danubio que estaba fuera de madre, Napoleon entró con Berthier en un esquife. Los peligros de César le eran familiares desde el puñal hasta la tempestad, y como el general romano, perdonaba á los asesinos y á la fortuna. En vez de buscar el descanso que le hacia tanta falta, Napoleon arrostra un peligro inmenso para ir á

consolar sobre la orilla derecha al cuerpo de Davoust, de no haber podido ganar la batalla de Essling. Pero, antes de salir, se acordó de los heridos que todos fueron colocados en los hospitales de la isla de Lobau, bajo la custodia de Massena. El segundo cuerpo y el cuarto estaban todavía á las doce de la noche, el uno en Essling y el otro en Aspern, y la caballería entre las dos aldeas en el mismo punto que tenían la víspera, de manera que nos quedamos con el campo de batalla y sus dos grandes reductos. La guardia empezó el movimiento retrógrado; y en seguida la caballería, los granaderos de Oudinot, el segundo y el cuarto cuerpo, cuya gloria y cuyo destino eran inseparables. Una division tuvo que quedar en Essling y otra en Aspern, para ocultar nuestra retirada al enemigo que tambien efectuó la suya, volviendo á tomar las posiciones que ocupaba la noche anterior. Lannes que fue llamado *el Aquiles del ejército*, Massena *el invicto*, Davoust, y Bessieres añadieron un nuevo lustre á su fama durante esta primera parte de la campaña. Entre los generales que se habian distinguido mas bajo sus órdenes, el ejército tenia que sentir la pérdida de d'Es-

pagne y Saint-Hilaire. En cuanto á Lannes, siempre se le señalará como á un hombre irreparable para el ejército y para Napoleon.

CAPITULO II.

CAMPAÑA DE POLONIA. — INSURRECCION ARMADA EN EL NORTE DE ALEMANIA. — CAMPAÑA DEL TIROL, DE ITALIA, DE DALMACIA, DE LA PENINSULA. — NEGOCIOS DE ROMA Y DE NAPOLES. — BATALLA DE RAAB GANADA POR EL PRINCIPE EUGENIO.

La guerra con Napoleon, en 1809, ocupa el mas vasto teatro de que habla la historia militar moderna; una sola vez se engrandeció en 1812. Napoleon estaba luchando contra el Austria en los Estados hereditarios, en Polonia, en el Tirol, en Italia, en Dalmacia; contra la Inglaterra, en la Bélgica, en España y contra los dos pueblos de la Península, en fin en las colonias francesas; contra unos partidos organizados é insurreccionales en el norte de Alemania; en Roma, contra los rayos del Vaticano; en Paris, contra una faccion doméstica. Tenia que hacer frente á tantos peligros siendo solo; y solo quedaba tambien responsable para con la Francia, de los lances diversos en que tantos elementos conjurados á

tanta distancia, podian comprometer la seguridad pública y la suya. Sus enemigos no tenian responsabilidad recíproca sino para su ruina y no para sus desgracias. Napoleon sabia que en los campos austriacos solo acabaria con la guerra del Austria; como la de España en España y que la de Inglaterra acaso jamás tendria fin. Repelida del continente por nuestras armas, se refugiaba y se renovaba sobre los mares, y aun cuando la tierra y el mar llegasen á faltar á su ódio implacable, la hospitalidad de la Gran-Bretaña encerraba y mantenía en su seno una tempestad que tenia colgada sobre la cabeza de Napoleon, cuya explosion éste podia solamente diferir. Se veia sentenciado á ser atacado y á vencer siempre, y el único sentimiento que le hacia lisongearse de sus propios sucesos, era la esperanza de triunfar por fin por su ingenio del destino fatal de una gloria sin descanso ó de una adversidad sin término. Pero siguió engañándose, como lo habia hecho hasta entonces al firmar sus tratados; iba aniquilando á todos los ejércitos de la Europa, pero nunca al espíritu de coalicion.

El cuadro rápido de los principales aconte-

cimientos de estas hostilidades, todas correspondientes, aunque lejanas del terreno donde peleaba Napoleon, han de ponerse bajo los ojos del lector.

El archiduque Fernando, hermano de la Emperatriz de Austria, tenia la direccion de las operaciones militares de Polonia. Entró en el territorio del gran ducado, el 15 de abril, á la cabeza de un excelente ejército de treinta y siete mil hombres. El rey de Sajonia solo tenia doce mil hombres, mandados por el príncipe José Poniatowski, ministro de la guerra; pero á pesar de su inferioridad, el príncipe José, verdadero patriota polaco, resolvió empezar la campaña dando batalla al Archiduque; aguardó al enemigo en Raszyn, á cuatro leguas de Varsovia y tuvo la gloria de sostener, el 19, durante ocho horas, el esfuerzo de un ejército escogido; los dos ejércitos separados por la noche se replegaron habiendo sufrido una pérdida igual, el Archiduque sobre Falenti y el príncipe José sobre Varsovia. Los Polacos eran demasiado débiles para defender las líneas que rodeaban á la capital; sin embargo, se formaron con entereza, protegidos por cuarenta y cinco piezas de artillería que habian traído á toda prisá.

El Archiduque luego apareció delante de Varsovia y pidió una entrevista al príncipe. Poniatowski, á pesar de la imposibilidad en que se veía de resistir, obtuvo las condiciones mas honrosas, especialmente la neutralidad de Varsovia y la exencion de toda contribucion extraordinaria; pero dentro de dos dias, la ciudad habia de ser y en efecto fue evacuada. El senado, los ministros, el consejo de Estado y las autoridades quisieron seguir la fortuna del ejército nacional á quien se podia atribuir únicamente la salvacion de la capital supuesto que, despues del combate de Raszyn, la caballería y la artillería sajonas habian tomado el camino de su pais. Poniatowski trasladó los penates militares de la patria sobre la orilla derecha del Vistula, entre las plazas del Bug, y de Praga en el centro del reino enfrente de Varsovia. Esta resolucion audaz dejó atónito al Archiduque y Poniatowski resolvió tomar la ofensiva; su pequeño ejército se fue acostumbrando poco á poco con algunos ataques que costaron unos mil hombres al general Mohr. Un cuerpo austriaco puesto en Ostroweck protegía la construccion de un puente en Gora; el príncipe dió el en-

cargo al general Pelletier de ir á tomarlo; esta expedicion fue conducida con rapidez y valor, y los Austriacos perdieron dos mil prisioneros, tres cañones y dos banderas. El Archiduque acudió, pero era demasiado tarde, el puente estaba destruido. El 14 de mayo, Poniatowski se apoderó de Lublin y marchó sobre Sandomir, mientras que el Archiduque tomaba el camino de Thorn. Despues del combate de Ostroweck, un correo austriaco cayó en manos del ejército polaco; traia una carta del general ruso Gortzakoff, en que daba la enhorabuena al archiduque Fernando, y le manifestaba el deseo y la esperanza de contribuir luego á sus sucesos. Esta carta vino á manos de Napoleon que la envió á San Petersbourg, de cuyas resultas se quitó el mando á Gortzakoff.

Tales eran las disposiciones del aliado de Napoleon para con el Austria, al momento en que creia recibir la noticia que los Rusos habian atacado, lo que le hubiera dado la facultad de llamar al cuerpo de Poniatowski. Las hostilidades habian empezado el 17 de abril y habia llegado el fin de mayo; los Rusos en número de quince mil, en lugar de ciento y cincuenta mil prometidos, estaban andando

hácia Galicia, bajo las órdenes del príncipe Gallitzin. Les estaba prohibido pasar el Vistula y los paises situados á la altura de Cracovia. La indecision de la Rusia entre la Francia y el Austria era todavía mas sospechosa que la de la Prusia que no se hallaba comprometida por un tratado de cooperacion á la guerra actual. En Prusia habia, desde Tilsitt, dos poderes muy distintos: el rey y el gabinete; el rey queria mantener sus empeños con la Francia, con el beneplacito de la Rusia á quien todo lo debia; el gabinete no queria mantener ninguno, y hacia la guerra gérmanica, no pudiendo hacer la de la Prusia. Un gran lazo político, la desmembracion de la Polonia unia secretamente y para siempre á las tres potencias que se habian repartido aquel reino. Esta idea sencilla pero fuerte, bastaba para determinar á Napoleon á que pronunciase el restablecimiento de la Polonia en su integridad primitiva. Esta importante y justa restauracion rompía del todo el pacto de las tres coronas de Viena, de Berlin y de Petersbourg, y hacia renacer el equilibrio. Al dia siguiente de tan noble resolucíon, que hablaba á la conciencia de todos los pueblos, la Polonia, amiga de la

Francia, á quien hubiera debido su resurreccion, se hubiera aliado con la Prusia y con el Austria contra el grande enemigo de la Europa continental, contra la Rusia, conteniendo al Czar dentro de sus límites y pudiendo inquietarle por sus cosacos. Estoy convencido, en vista de los males que han agoviado durante tantos años á la Francia vencedora y á la Europa vencida, que si, desde el principio, Napoleon hubiese adoptado la doctrina del restablecimiento de la generosa Polonia, la mayor parte de los acontecimientos que sucedieron despues no se hubieran efectuado. La decision que los Polacos aguardaban de parte de Napoleon era fundadísima en justicia; Napoleon que pudo realizar este noble proyecto en 1810, cuando el Austria le ofreció las dos Gallicias, no las admitió por no tener guerra con la Rusia que se la estaba preparando desde el dia en que se firmó el tratado de Tilsitt.

El gabinete de Prusia estaba lanzando las guerrillas patrióticas en el Norte de Alemania, mientras que Poniatowski, entregado á sus propias fuerzas y separado de nuestro ejército por mas de doscientas leguas, solicitaba en vano del príncipe Gallitzin su intervencion á favor

del gran ducado. La primera insurreccion del Tugendbund estalló en el nuevo reino de Westfalia. El 3 de abril, el mayor prusiano Katt sublevó á los antiguos militares en la provincia de Stendal, recorrió la Marcha vieja y se atrevió á acercarse á Magdebourg. Perseguido por las tropas westfalianas, se salvó sobre el territorio prusiano de donde fue echado y se refugió á Bohemia, cerca del duque de Brunswick-Oëls, generalísimo de la conjuracion germánica. En el ducado de Anhalt hubo tambien una reunion armada hácia Coërhen. En Westfalia, el gefe secreto de la conspiracion era Doernberg, edecan del rey y coronel de un regimiento de la guardia; antes mandaba un batallon de cazadores carabineros, que entonces se hallaba en España; tuvo bastante crédito para hacerle volver á Cassel. Habiendo estallado la rebelion, el 22 de abril, en varias partes del reino, el rey confió á Doernberg la direccion de las fuerzas destinadas para reprimirla. Doernberg que creyó ser descubierta, corrió á ponerse á la cabeza de los insurgentes. El rey tenia apenas dos mil hombres; se entregó noblemente á la lealtad de sus súbditos, é hizo salir parte de su guarnicion

fuera de su capital. Doernberg llegó con unos veinte mil hombres entre soldados y paisanos; pero, en lugar de seducir á la tropa fiel á quien veía sobre las armas, fue acogido á cañonazos, y la caballería del general Wolf acabó con la derrota de las bandas de Doernberg. Al día siguiente, otra insurreccion se presentó y fue disipada con la misma facilidad. El mariscal Kellermann envió desde Francfort algunos refuerzos que echaron á los rebeldes de Marbourg; y por su lado, las tropas westfalianas se apoderaron de Ziegenhagen, con lo que el reino se halló enteramente libre de agitadores, con la huida de Doernberg, que fue á buscar un asilo cerca del duque de Brunswick. El rey le perdonó, y se contentó con quejarse en Berlin, del mayor Schill director de la sociedad del Tugendbund en Prusia, y antiguo gefe de guerrillas.

Este mayor habia salido de Berlin, donde estaba de guarnicion, el 28 de abril, con quinientos húsares de su regimiento, con el pretexto de hacerlos maniobrar. Se le reunieron trescientos hombres de un batallon de infantería ligera que llevaba su nombre, se dirigió sobre Wittemberg y restableció en varios pue-

blo las autoridades prusianas. Su tropa se aumentó en el camino; entró en el reino de Westfalia y luego se vió á la cabeza de un pequeño ejército, publicando en todas partes que el rey de Prusia acababa de declarar la guerra á la Francia. Este príncipe se habia quedado en Koenisberg, pero sus ministros residian en Berlin. Luego que tuvo noticias de nuestros sucesos contra los Austriacos, se dió prisa en desmentir á Schill, que, despues de la batalla de Essling, volvió á aparecer é intentó un golpe de mano sobre Magdebourg; pero fue rechazado y se estableció en Donatztingen, fortaleza que le fue entregada por los cien invalidos que formaban la guarnicion. Allí dejó á dos escuadrones y se dirigió sobre Stralsund, intimando la rendicion al duque de Meklenbourg. Esperaba con razon comunicar libremente con la escuadra británica del mar Báltico. Halló partidarios en toda la Pomerania, aumentó su ejército, entró en la ciudad, y se ocupó inmediatamente en ponerla en estado de defensa, poniendo cien cañones de grueso calibre. Schill tenia ya seis mil hombres, pero no le fue posible entrar en comunicacion con la escuadra inglesa.

Entretanto, el general Gratien, con una division holandesa de dos mil y quinientos hombres, aumentada de mil y quinientos Dinamarqueses, habia seguido las huellas del fugitivo. El 31 de mayo, Gratien llegó delante de Stralsund y se apoderó de la ciudad á viva fuerza escalando las murallas. El combate continuó en las calles; Schill pereció con la mayor parte de sus tropas, el resto se dispersó. Los Ingleses tuvieron el espectáculo de la toma de Stralsund; llegaron al momento en que Gratien entraba en la plaza. Con algunas horas mas de resistencia de parte de Schill, Stralsund hubiera venido á ser, con el socorro de la escuadra inglesa, una de las plazas de armas mas importantes de la coalicion. La guerra de los pueblos se iba estableciendo bajo las banderas de Schill y de sus semejantes, sobre todo el litoral del Báltico; y la Prusia entera se hallaba envuelta en el movimiento. En aquel mismo momento, el coronel Steingenstegh estaba desempeñando una comision secreta cerca del rey de Prusia en nombre del Austria. Entretanto que Schill salia de Sajonia, el duque de Brunswick, que habia perdido en Jena su padre y sus Estados que se habian hecho pro-

vincias westfalianas, penetraba en aquel reino con un cuerpo prusiano levantado en Nachold por cuenta del Austria. El general Thielmann, fiel por entonces, le obligó, el 22 de mayo, á retirarse á Bohemia por Zittau.

Es preciso notar, para ver cuan profunda estaba la conspiracion en la Alemania septentrional, que nuestros sucesos desde Pfaffenhoffen hasta despues de la batalla de Eckmülh, solo servian para irritar la venganza germánica en vez de comprimirla; así es que cuando la noticia de Essling se esparció por los boletines austriacos, la animosidad de los gefes de la liga no conoció mas límites en Koenigsberg, en Berlin y en Hanover, donde treinta mil soldados licenciados se hubieran reunido, ni en la corte de Cassel, cuyas primeras dignidades se hallaban entre las manos de las personas mas principales de todos estos paises, tan hostiles, que componian el reino de Westfalia. Entretanto, el archiduque Fernando no tenia mejor fortuna en Polonia que los agitadores de Alemania, el mayor austriaco Nostilz, el mayor prusiano Schill y el duque de Brunswick. Una diplomacia insurreccional, nuevo derecho público de fábrica inglesa, unia se-

cretamente á todos los enemigos de Napoleon, y acababa con él, porque la fuerza de las armas no puede nada contra el espíritu de traicion. El 14 de mayo, época de los sucesos de Schill, el dia mismo en que Poniatowski entraba en Lublin, el Archiduque se presentó delante de Thorn, y atacó la ciudad con mucho vigor sobre las dos orillas del Vístula; perdió mucha gente y tuvo que retroceder hácia Varsovia. Dombrowski, cuyo nombre se une gloriosamente á los combates de la libertad en su país, y á los de la República francesa, se habia separado del ejército de Poniatowski con un escuadron y habia vuelto de Posen á la cabeza de un cuerpo numeroso. Sokolniki habia salido de Lublin y, en la noche del 18 al 19, hizo capitular la guarnicion austriaca de Sandomir; dos mil dociientos prisioneros y veinte cañones, fueron los resultados de esta brillante empresa. El 20, Zamosk fue tomado á viva fuerza por el general Pelletier, que cogió dos mil prisioneros y sesenta cañones. Poniatowski, á quien sus tenientes secundaban con tanto valor, audacia y talento, estaba ya dueño de Lemberg y amenazaba á la Hungría. Dombrowski, Zayoncheck antiguo edecan del

general en gefe del ejército de Oriente, y otros generosos compañeros de Poniatowski, unieron sus esfuerzos en esta lucha patriótica. El general Pelletier vino de parte de Poniatowski al cuartel general del príncipe Gallitzin, para instarle á que se pusiese en movimiento. Gallitzin dió á Pelletier una órden para el general Suwaroff, en que le mandaba ponerse en marcha inmediatamente. Suwaroff contestó francamente á Pelletier, que no queria pasar por cobarde á sus ojos, y que un edecan de Gallitzin, que acababa de llegar, le habia dicho de no hacer cuenta de la órden. El 30, el archiduque Fernando salió de Varsovia, donde Zayoncheck entró, el 22 de junio, con sus milicias. El príncipe austriaco sitió á Sandomir, que capituló despues de la mas valiente resistencia en que Sokolniki se cubrió de gloria. La guerra de Polonia ofreció un espectáculo singular; los Rusos, auxiliares ostensibles de los Franceses, entraron en las provincias que los Austriacos no podian guardar, pero no empeñaron accion ninguna.

El Tirol, antigua provincia de la casa de Austria, bajo cuyo dominio habia disfrutado durante muchos siglos de un gobierno verda-

deramente paternal, habia sido cedido á la Baviera por el tratado de Presbourg, pero alzó el primero el estandarte de la insurreccion. La conspiracion en aquel pais tenia el carácter salvaje de la localidad; los Tirolese manifestaron, si cabe, mas audacia que los antiguos libertadores de la Suiza, cuyas costumbres habian conservado, pero no tenian los mismos motivos, que era el ódio á los tiranos, y no se vió entre ellos unos héroes como Guillermo Tell y sus compañeros; la conjuracion tenia mas del fanatismo religioso que dominaba á la poblacion, y como la fomentaban los sacerdotes y los frailes, se mostró pérfida y cruel.

Los Tirolese eran el solo ejército que la corte de Roma podia oponer á Napoleon en Alemania, y el pueblo entero se sublevó en el mes de abril, no porque odiase al gobierno suave é ilustrado de la Baviera, ni por los intereses políticos del Austria, sino únicamente contra Napoleon proscripto por el Vaticano. Esta crisis, enteramente popular, se efectuó bajo la divisa de las cruzadas: *Dios está con nosotros*. Sus actores principales fueron un posadero y un capuchino. El primero, Andres Hofer, especie de Hércules fanático, ejerció

desde el principio mucho imperio sobre sus compatriotas, por su estatura atlética y por su exaltacion religiosa; pero, antes que estallase la guerra, habia ido á Viena, donde habia sido acogido como el futuro libertador de su patria. El sistema bárbaro de hostilidades de que se valió Hofer y los socorros de toda clase que recibió de los enemigos de la Francia, luego dieron á conocer las instrucciones y las promesas que este partidario habia traído de la capital del Austria. El Voralberg, separado del Tirol por el valle del Inn, hizo causa comun. Las señales aparecieron de golpe sobre las peñas en los primeros dias de abril, y los habitantes de la montaña y de las llanuras reconocieron el antiguo telégrafo del patriotismo de sus abuelos, todos acudieron á las armas. La Baviera, confiada en la fidelidad de sus nuevos vasallos, solo tenia en el Tirol cinco batallones esparcidos en Inspruck, Brixen, Trento y Kússtein con algunos centenares de caballos. El mismo Napoleon estaba tan ageno de tener la menor inquietud con respecto á los Tirolese, cuya complicidad en las pascuas venecianas tenia olvidada, que habia dispuesto que cuatro mil conscriptos atrave-

sasen el país en dos destacamentos. El 8 de abril, día en que el ejército austriaco empezó su movimiento, una insurrección general estalló en el Tirol; los Bávares se vieron acometidos por todas partes; Inspruck fue tomada á viva fuerza por veinte mil paisanos, y casi todos los oficiales y soldados bávares, en número de mil y quinientos, perecieron en esta jornada. Uno de los dos destacamentos franceses, sorprendido en un camino de montaña, tuvo que deponer las armas, el otro logró por su valor abrirse un camino y llegó á Trento. En el discurso de cuatro días, los Tirolese libertaron su país, cogiendo seis mil prisioneros incluidos dos mil Franceses. El resto de los Bávares pereció. « A las doce, decia el *boletín austriaco*, todos los enemigos habian muerto ó quedaban heridos ó prisioneros. » El posadero Hofer hizo su entrada en Inspruck en medio de dos capuchinos. En seguida hubo una procesion, con motivo de la institucion de la fiesta del sagrado corazon de Jesus, en que venia un carro uncido de cuatro caballos blancos, donde estaba la estatua de la Virgen, siendo de notar que esta fiesta suele celebrarse en todas las revoluciones en que el fanatismo

domina; en fin nada faltó para que esta insurrección recordase las costumbres del siglo décimo-quinto.

El general austriaco Chasteler llegó á Inspruck el 15, y envió tropas sobre Kufstein que se defendia aun, y sobre Munich. La Suabia fue inundada de insurgentes tirolese y su rebelion organizada por Chasteler, cundió hasta las llanuras de Lombardia donde el archiduque Juan mandaba un ejército opuesto al príncipe Eugenio. La Valtelina se sublevó tambien, y las partidas de los insurgentes llegaron hasta veinte leguas de Milan, mientras que el oro de los Ingleses y las bendiciones de Roma, habian penetrado en todas las regiones de los Alpes.

Chasteler estableció el gobierno insurreccional y luego fue á juntarse con el ejército del príncipe Juan; pero, habiendo tenido noticia, el 28 de abril, de los brillantes sucesos de Napoleon, volvió á Inspruck con un cuerpo de tropas. Entretanto, el mariscal Lefebvre perseguia á Jellachich que habia tenido que abandonar la capital de la Baviera. El general de Wrede le alcanzó y le echó hasta Saltzbourg donde entraron los Bávares. Lefebvre puso

esta ciudad en estado de defensa, y marchó sobre Inspruck, donde llegó el 19; los generales, oficiales y soldados bávaros, vencedores en Abensberg, tomaron una venganza terrible del ataque pérfido de los Austriacos que los habian sorprendido en medio de la paz. El mariscal Lefebvre, encargado por el Emperador de la comision difícil de pacificar el Tirolo, era el único Frances que hubiese en el ejército. La noticia de la toma de Viena quitó á los insurgentes su mas fuerte apoyo, Chasteler habiendo sido llamado por el Archiduque de resultas de este acontecimiento. La junta insurreccional se entregó á la clemencia del rey de Baviera, y la capital abrió sus puertas al mariscal. El Voralberg se sometió tambien y con tan poca sinceridad, y por las mismas causas que eran la marcha de los Franceses y de los Wurtembergeses, y la retirada de los Austriacos. La confianza de los vencedores igualó á la perfidia de los vencidos; el mariscal, creyendo la paz restablecida, salió para Saltzbourg, dejando una division bávara en Inspruck; pero, á la primera noticia de la batalla de Essling, esta ciudad se halló bloqueada de repente por una segunda insurreccion.

Las tropas de Italia mandadas por el virey, formaban el ala derecha del ejército grande, cuya izquierda estaba peleando en Polonia bajo el príncipe Poniatowski. Desde sus bivagues del Inn, de la Saltza y del Danubio, Napoleon dirigia todos los movimientos. El ejército del príncipe Eugenio puesto en escalones, desde el Isonzo al Chiuza, aguardaba los cuerpos que se hallaban todavía á una gran distancia; sus fuerzas no pasaban de cincuenta mil hombres. El ejército del archiduque Juan, de mas de ochenta mil hombres, tenia ciento y sesenta cañones, y contaba con el auxilio de los insurgentes de los Alpes, de las escuadras inglesas que cubrian el Adriático, de los Anglo-Sicilianos y de la neutralidad de la Santa Sede. Eugenio se veia por consiguiente reducido á un sistema de defensa apoyado sobre el Adige. El 10 de abril, la guerra anunciada á una avanzada del virey por un parlamentario austriaco, empezó al instante como una invasion de bárbaros. Despues de varios encuentros el Archiduque llegó á Udino. El virey le aguardó en Sicilia donde fue batido el 16, habiendo perdido siete mil hombres, cuya mitad quedaron prisioneros con quince cañones; el

enemigo perdió tres mil seiscientos soldados, lo que era lo proporcional de los dos ejércitos, pues Eugenio había tenido que batirse contra unas fuerzas dobles de las suyas. A pesar del resultado funesto de esta batalla empeñada con imprudencia, fue glorioso para los Franceses haber sostenido durante doce horas el choque de la masa austriaca, y para Eugenio, de haber podido retirarse con lentitud sobre el Adige, donde logró ocupar el 26 de abril, la fuerte posición de Caldiero. El Archiduque estaba acampado en frente de nosotros, y se hallaba reforzado con la insurrección tirolesa mandada por Chasteler, que había llegado cerca de Brescia, después de haber incorporado á su ejército unos quince mil insurgentes. La situación del virey era crítica; el Archiduque se puso en marcha el 27, con la certidumbre de entrar en Verona; por la tarde se oyó un fuerte cañoneo por la parte de aquella ciudad, y el Archiduque que acababa de tener un encuentro con el ejército italiano á las orillas del Alpon, discurrió que los Tiroleses, contestando á su ataque, estaban peleando contra el ala izquierda del virey. Por algunos momentos el campo austriaco se llenó de espe-

ranza y el de los Italianos se alarmó; pero luego llegaron los correos que anunciaron que el cañoneo oído no era otra cosa que las salvas de artillería hechas en Verona por la victoria de Eckmühl que salvaba la Italia. El correo del emperador Francisco, que había salido el 24 de Scharding, trajo esta noticia al archiduque Juan. Chasteler sin aguardar órdenes se retiró inmediatamente sobre Inspruck y el Archiduque después de haber intentado en vano de dar la vuelta por Caldiero, y después de un combate en que los regimientos italianos merecieron ser llamados hermanos de armas de los Franceses, tomó el mismo partido. Desde luego, los dos ejércitos mudaron de actitud; el virey persiguió al archiduque y le alcanzó el 8 de mayo, sobre el Piave que pasó á viva fuerza á sus ojos. Esta acción obstinada y sangrienta, costó al enemigo diez mil hombres y quince piezas de cañón. De este modo se reparó nuestro desastre de Sicilia. Los dos ejércitos pasaron el Tagliamento el uno el 10, al vado de Spilimbergo, y el otro el día siguiente en Valvasona. La retaguardia austriaca fue batida en San Daniel y en Venzone donde perdió dos mil hombres. El 18, el vi-

rey ocupó á Trieste, y se apoderó de los atrincheramientos de Malborgheto y de la posición de Tarvis; el 20, su cuartel general estaba en Villach, y el 22, obligó á la ciudad de Laybach á capitular haciendo cuatro mil prisioneros. La marcha de los dos príncipes participaba de su destino; el uno estaba llamado por la victoria y la victoria le acompañaba; el otro lo estaba por los desastres de su país y en el camino experimentaba desgracias diarias. El 25, el virey destrozó en San Miguel al cuerpo de Jellachich, que se salvó con dos mil hombres, y llegó el 26 á Leoben. El archiduque Juan aguardaba, el 24, á cuarenta leguas de Viena en Gratz, las tropas de Jellachich para detener al virey; pero cuando vió llegar los restos de las tropas austriacas huyendo desordenadamente delante de la vanguardia italiana, salió precipitadamente, el 26, de Gratz, y se retiró sobre Kermend en Hungría. Al día siguiente, el príncipe Eugenio se unió en Bruck, sobre la Murh en Stiria, con el ejército grande.

El general Marmont mandaba en Dalmacia un cuerpo de doce mil hombres destinado á apoyar á los Rusos ó á los Musulmanes segun

las circunstancias y á cerrar á los Ingleses sus excelentes puertos militares. La agresion del Austria vino de golpe á aislarle del teatro de la guerra actual. Estaba observado por las tropas de Stoichewitz, que hacian parte del ejército del archiduque Juan; pero habiendo recibido de parte del virey la noticia de la retirada de este príncipe, Marmont empezó su movimiento el 14 de mayo, día del paso del Houro, y, despues de un encuentro muy vivo en Mont-Kitta donde el general enemigo fue hecho prisionero y el general frances herido, destrozó otra vez á los Austriacos en Gospiez y en Ottoszacz, llegó el 28 á Fiume, y el 3 de junio á Laybach. Al fin de esta campaña de Dalmacia, el 25 de junio, mil trescientos hombres del 84º regimiento mandados por el coronel Gambin, atrincherados en el cementerio del barrio de San-Leonardo en Gratz, sostuvieron solos, durante diez horas, un sitio contra el ejército del general Ignacio Giulay, fuerte de mas de veinte mil hombres; Napoleon mandó esculpir en el águila del 84º regimiento esta inscripcion heróica: *Uno contra diez*. El 1º de julio, Marmont con el 11º cuerpo, se incorporó al ejército en la isla de Lobau.

Tal era la situación de los negocios militares, desde el Báltico hasta el Adriático, en la época de la batalla de Essling, que fue celebrada, en todos los países donde la coalición ejercía algún influjo, como una victoria decisiva, cuyas consecuencias habían de ser la destrucción de Napoleón y del ejército frances. El comité de París obraba en el mismo sentido; apretaba sus lazos y hacia causa común con los agentes de la Inglaterra y del Austria. Una grande expedición inglesa estaba pronta y se estaba aguardando la noticia de su llegada sobre las costas de la Bélgica y de Holanda, y se aguardaba, con mas impaciencia aun, el resultado de la primera batalla que había de empeñarse, después del descanso de los dos ejércitos. Conforme á estas disposiciones, el Austria volvió á su sistema de insurrecciones. El general Amende y el duque de Brunswick volvieron á aparecer sobre la escena con nueve mil hombres. El 12 de junio, se reunieron en Dresde y marcharon sobre Leipzig, esparciendo proclamas para excitar á los Sajones. Las mismas maniobras tuvieron lugar en Francia. En el país de Wurtemberg, la insurrección tomó un carácter mas peli-

groso con motivo de la vecindad del Voralberg y del Tirol. El rey de Wurtemberg dirigió en persona las operaciones contra los rebeldes que habían sublevado á los habitantes de Mergentheim, de Bareuth y de Stocack; con las pocas tropas que tenía, los obligó á deponer las armas, y los hizo sentenciar como lo exigía el rigor de las circunstancias. El Tirol, conmovido por el Austria, rompió su tratado y fue auxiliado por el ejército insurreccional de Hofer, sostenido por las divisiones regulares del cuerpo de Chasteler. El general bávaro Deroi tuvo que retirarse de Inspruck. Mientras tanto, los insurgentes del Tirol y del Voralberg, habiendo bajado á los valles del Danubio y del Pó, amenazaban á Ulm, á Munich, á Villach, á Belluno, á Bassano y á Feltri; ocuparon estas tres últimas ciudades y se pusieron en comunicación con los Austriacos que estaban en la Carniola. Los insurgentes formaban ya un ejército de veinte mil hombres organizados, y amenazaban á la Lombardia enteramente desguarnecida. El reino de Italia lo estaba igualmente por los Austriacos que habían vuelto sobre el Isonzo, por los Tirolese, y acaso por los Piamonteses que tenían

con cuidado á los departamentos franceses limítrofes. El Papa parecia haber dado la señal de la invasion con la bula de excomunion, expedida el 10 de junio, contra Napoleon y que fue oida por los hereges. El almirante Stuart salió de Sicilia con una escuadra que llevaba un ejército de quinze mil Ingleses y Sicilianos, mandados por el príncipe Leopoldo, y apareció, el 12, sobre las costas de Nápoles, y el 25, delante de la capital. La marina napolitana, prescindiendo de su debilidad, se acordó de la barbarie de Nelson; peleó con gloria y rechazó con vigor al pabellon británico. Los Ingleses bajaron á Procida y á Ischia, cuyo castillo resistió á sus ataques. Intentaron tambien apoderarse del fuerte de Scilla en Calabria, pero el general Parthouneaux los precipitó en el mar, y se apoderó de todo lo que habian preparado para el sitio. Los Ingleses, no pudiendo hacer con ventaja una guerra de accion, se ciñeron á hacerla de corrupcion y de amenazas; se colocaron en las Islas de Poura que estan situadas entre Roma y Nápoles, con la esperanza de que una señal de la costa romana ó napolitana les avisaria de la insurreccion de alguna provincia y les facilitaria el desembarco.

Entretanto, echaron sobre el pais unas partidas de malhechores que llevaron el terror y la mortandad hasta las puertas de Roma; otros agentes esparcieron el oro y las proclamas. El general Miollis gobernador de los Estados romanos se hallaba expuesto á los mayores peligros. Roma dista del mar no mas que cinco leguas; podia y debia entrar en las combinaciones de una expedicion inglesa fomentar una rebelion, por cuyo medio el Santo Padre hubiera podido retirarse sobre la escuadra británica, y no hubiera sido poco triunfo para los apóstatas de la Gran-Bretaña, llevar á Palermo y sobre todo á Cadiz al Sumo Pontífice. Roma se hallaba dividida entre el Vaticano á quien se respetaba y el excomulgado á quien se temia. La sabiduría, el vigor del general Miollis y la estimacion que disfrutaba, contenian los espíritus, pero la ciudad estaba expuesta á un golpe de mano sostenido por un partido interior; así es que el rey Joaquin que se hacia cargo de toda la importancia de la conservacion de esta capital para salvar la suya, envió algunas tropas de su guardia al general Miollis. Al mismo tiempo, volvió á instar acerca de la consulta encargada

por Napoleon de la organizacion de los Estados romanos, para que hiciese salir al Papa y le enviase á Francia hasta la paz. El rey daba por motivo el peligro que corria el mismo Papa, si la guerra civil llegaba á encenderse en Roma dividida por las facciones; y presentaba el Santo Padre como el instrumento mas peligroso de que podia valerse la Inglaterra para alimentar las facciones. El rey de Nápoles tenia otro objeto oculto que consistia en apoderarse de algunas porciones del territorio pontifical, y particularmente de la marcha de Ancona. Pero la consulta no se hallaba con las facultades necesarias para tomar la determinacion solicitada por el rey de Nápoles, supuesto que esta comision ni siquiera tenia autoridad para conseguir del Papa la ejecucion del tratado propuesto por Napoleon, en virtud del cual Pio VII debia residir en Roma con una renta de dos millones de francos, con tal que consintiese en la reunion de sus Estados al imperio frances. Joaquin resolvió valerse de otros medios

Napoleon empleó los primeros dias del mes de junio en preparar medios poderosos para reprimir las insurrecciones del Tirol, del Vo-

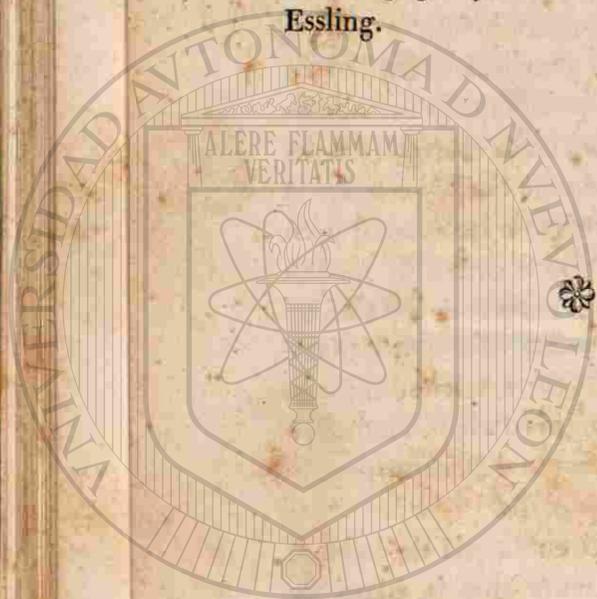
ralberg y de Alemania, y contra las incursiones de las tropas austriacas en Sajonia y en la Franconia. El rey de Westfalia, el mariscal Kellermann, y el general Junot cumplieron con las intenciones del Emperador. El ejército del rey de Westfalia, fuerte de quince mil hombres, echó á los Austriacos de Leipzick, el 25 y el 30. Un cuerpo de ochocientos hombres ocupó á Bregentz y otro entró á viva fuerza en Nuremberg. El mariscal Davoust se apoderó de Engerau sobre el Danubio, se fortificó, trasladó su cuartel general á Hambourg y bloqueó el puerto de Presbourg. La ciudad de Neustadt era el punto de reunion de las divisiones del ejército de Italia; pero antes de llamarlas cerca de su persona, Napoleon quiso que acabasen, bajo el mando del príncipe Eugenio, con lo que habian empezado tan gloriosamente. El Archiduque estaba siempre en Kormend; el 7 de junio, el virey tuvo la órden de ponerse en movimiento sobre aquella ciudad; el Archiduque la evacuó el 9 y se dirigió sobre Raab, donde llegó el 13; halló en Raab á su hermano el archiduque Palatino á la cabeza de la insurreccion húngara. El príncipe formó su ejército en batalla sobre

las alturas, en número de cuarenta y cinco mil hombres, y el mismo día tuvo que combatir al general Monbrun que no le había perdido de vista desde Kormend. El día siguiente, 14, Eugenio presentó el combate y previno de un día los designios de su contrario. El virey aprovechó la ocasión de celebrar la jornada de Marengo que había vuelto á conquistar á la patria italiana y de ilustrar el aniversario de Friedland; jamás batalla fue empeñada por un general frances bajo unos mejores auspicios. La acción fue muy reñida, duró cuatro horas y costó á los Austriacos mas de seis mil hombres de tropas de línea. Los Archidukes se retiraron sobre Komorn, donde el virey los persiguió inútilmente, habiendo pasado el Danubio. La victoria de Raab fue para Napoleon la señal de volver á empezar las operaciones meditadas desde la batalla de Esling; pero Raab estaba todavía ocupado por los Austriacos y el bloqueo de Presbourg no estaba asegurado. En consecuencia, Napoleon se dió prisa en tomar á Raab cercada desde el 15 por el general Lauriston. La trinchera se abrió el 19, el fuego empezó el 21; y el 22, la plaza capituló con dos mil hombres de guar-

nición. Luego que el Emperador supo la rendición de aquella fortaleza, mandó al mariscal Davoust atacar á Presbourg é intimar la rendición al comandante; pero no habiendo tenido satisfacción, nuestra artillería empezó el 26 á echar bombas dentro de la ciudad. Se hizo otra intimación que tampoco fue admitida y el fuego continuó hasta el medio día del 28. Entonces el archiduque Carlos se quejó al Emperador, y éste atendió á sus quejas; pero el 29, el mariscal recibió la orden de apoderarse á toda costa de la cabeza de puente de Presbourg ó de una de las islas que la flanqueaban. El general Gudin, á quien se encargó esta expedición, la dirigió con habilidad, confiando su ejecución al coronel Decour que cogió cuatrocientos prisioneros.

Todo estaba pronto en la isla de Lobau, que fue durante cuarenta días la plaza de armas la mas formidable de la Europa, y el teatro de los mayores prodigios de concepción, y de audacia del ingenio militar. Tres grandes puentes paralelos, destinados á servir de camino á un ejército de ciento y cincuenta mil hombres y á quinientas piezas de artillería, estaban dispuestos para levantarse sobre las

aguas terribles del Danubio, y á ligar aquellas islas, á quienes la piedad guerrera de Napoleon habia dado los nombres gloriosos de Lannes , de d'Espagne y de Saint-Hilaire muertos en Essling.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LIBRARY
UNIVERSITY OF TORONTO